

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Rodrigo Abarca

Índice

Índice	1
Los santos olvidados: Introducción	4
La Historia según Dios	4
El modelo celestial.....	5
Conociendo nuestra historia	6
Los hermanos olvidados	7
Los montanistas: hombres y mujeres de espíritu.....	11
Clericalismo e intelectualismo	11
La reacción montanista	12
La historia posterior	14
Los novacianos.....	16
El clamor por una iglesia santa	16
La reacción novaciana	18
Los priscilianos	22
Un buscador de la verdad.....	22
Reacción oficial	23
Un patrón recurrente.....	25
Conclusiones.....	26
Los paulicianos	27
Constantino Silvano	29
Sergio	30
La lucha contra la idolatría	30
La llave de la verdad.....	31

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Los bogomiles o Amigos de Dios	34
«Peores que demonios».....	34
Una opinión más ponderada	35
Prosperidad en Bosnia	36
La hora de la prueba	36
Los cátaros y albigenses	38
Historia y ficción	38
La causa de la herejía.....	39
Indagando en los orígenes.....	40
Líderes inspirados.....	41
La cruzada contra los albigenses	42
Los valdenses: el Israel de los Alpes	45
Sus orígenes.....	45
Pedro de Valdo	47
Fe y prácticas.....	48
Persecuciones y martirios.....	49
Consideraciones finales	51
Los Hermanos Unidos: testigos de la unidad de la Iglesia	53
Precursores.....	53
La llama se enciende en Bohemia	54
Fe y crecimiento	55
Guerras y persecuciones.....	57
Un testimonio imperecedero	58
Los Anabaptistas y las raíces del Evangelio	60
Los comienzos	61
Causas de la divergencia anabaptista	62
Enseñanzas y prácticas	64
Baltasar Hubmaier	66
Johanes Denck	67

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Michael Sattler.....	69
La tragedia de Munster.....	70
Crecimiento y persecuciones.....	71
Menno Simon.....	72
Legado.....	73
Hermanos No Conformistas en Inglaterra.....	75
Retazos de luz entre nubes oscuras.....	75
La Reforma en Inglaterra.....	75
Los No Conformistas.....	77
Iglesias independientes y persecuciones.....	79
La posición de la Iglesia Oficial.....	80
Las primeras congregaciones.....	83
Tranquilidad y persecuciones.....	84
Luces y sombras.....	87
Los Cuáqueros, guiados por la luz interior de la vida.....	89
El contexto histórico.....	89
Un hombre enviado por Dios.....	90
Sus enseñanzas y conducta.....	91
Su historia y sufrimientos.....	93
Legado espiritual.....	95
El pietismo: La necesidad de nacer de nuevo.....	96
Los comienzos.....	97
Augusto Herman Francke.....	100
Legado del pietismo.....	102

Los santos olvidados: Introducción

Si queremos conocer la historia de la iglesia, desde sus comienzos en Jerusalén hasta nuestros días, debemos preguntarnos, en primer lugar, sobre la naturaleza de aquello que nos proponemos estudiar. Pues la iglesia, en su sentido escritural y neotestamentario, es un organismo estrictamente espiritual; que está en este mundo, pero no es parte de él. La iglesia es, ante todo, el cuerpo de Cristo, cuyo propósito es contener y expresar la plenitud de su persona y su obra. Todas las riquezas contenidas en Cristo deben ser encarnadas y manifestadas por medio de la iglesia. Es decir, ella debe convertirse en la perfecta expresión de Cristo en el universo. Por ello, estudiar la historia de la iglesia requiere una perspectiva diferente a la del experto o profesional de la materia.

La Historia según Dios

Por cierto, en cuanto a la investigación, selección y evaluación de los datos históricos se debe proceder con el mismo rigor que en cualquier otro campo de la investigación histórica. Los hechos que nos llegan del pasado, vienen siempre como el testimonio de quienes los presenciaron. Por ello, el relato está a menudo teñido por la óptica particular de los testigos. No sólo vemos los hechos, también los interpretamos a la luz de nuestra propia visión del mundo, nuestros valores, opiniones, y aun prejuicios. Por ello, quien quiera estudiar la historia de la iglesia se encontrará con una tarea doblemente complicada.

Por un lado, deberá tratar de reconstruir los hechos de la manera más pura posible, tras despojarlos de su ropaje interpretativo; para luego, con el indispensable socorro del Espíritu de Verdad, intentar comprenderlos a la luz del propósito eterno de Dios y su desarrollo en el mundo. Pues la historia, desde la perspectiva divina, no es más que el espacio abierto para la consecución de sus pensamientos eternos con respecto al hombre. El mundo tiene su propia historia, confusa, triste y desdichada, a pesar de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

todos los avances tecnológicos y científicos que se puedan invocar, cuyas causas y efectos pertenecen por completo al ámbito humano y también al de las potestades hostiles a la voluntad de Dios, las cuales tejen tras bastidores la trama invisible de la historia de este mundo.

Pero ha ocurrido un milagro. Una invasión. Algo procedente de más allá de esa trama ha descendido y entrado en el mundo: algo cuya fuente y causalidad está enteramente en Dios mismo. Cristo ha venido y rasgado en dos la trama de la historia humana. La historia de este mundo ha sido invadida por otra historia: La historia divina. Para entender la primera el hombre puede emplear su razón y sentidos naturales. Para comprender la segunda se requieren un nuevo conjunto de facultades que están más allá de las posibilidades del hombre natural. Dios es Espíritu, y para conocerlo y registrar su paso por la historia se requiere el espíritu humano regenerado, vivificado y habitado por la vida divina. Esto último no excluye el uso de los sentidos y habilidades naturales, pero indica que estos deben ser alumbrados y guiados por un órgano o facultad superior.

Dios nos ha revelado en Cristo la totalidad de sus pensamientos para esta edad o dispensación. Y lo que él se propone llevar a cabo se puede resumir en una breve frase del mismo Señor Jesús: «Edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella». He aquí los dos elementos a tener en cuenta en la historia de la Iglesia: la obra que Dios hace; y la obra que Satanás hace para estorbar la obra de Dios. La historia de la iglesia es la historia de lo que el Espíritu Santo ha venido haciendo a partir de Pentecostés. Pero lado a lado con ella encontramos siempre la obra del Diablo, como la cizaña junto al trigo. Si comenzamos con la obra de Dios, nuestra atención debe enfocarse en quien o quienes han venido llevando el testimonio de Cristo a lo largo de los años. Es decir, quien o quienes han permanecido fieles al original divino revelado en las páginas del Nuevo Testamento. Pues la iglesia está llamada a ser la expresión plena de Cristo, tal y como éste se encuentra revelado en las páginas inspiradas del Nuevo Testamento.

El modelo celestial

Puesto que la iglesia no es una invención humana, todo lo que los hombres quiten o añadan a la revelación del Nuevo Testamento no forma parte de ella. Sólo aquello que

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

procede de Cristo puede ser considerado iglesia. Todo lo demás está excluido. Así, al estudiar la historia tal vez nos sorprenda hallar que el testimonio de Cristo no ha estado donde naturalmente creemos que debiera estar: Con el tamaño, el poder, la influencia y la grandeza a los ojos humanos. Vale decir, con aquellas instituciones y organizaciones que por siglos han pretendido ser sus portadoras oficiales. Por el contrario, ha estado más bien con los pobres, débiles, y pequeños a la vista de los hombres. Hermanos y hermanas casi desconocidos. Nosotros nos deslumbramos fácilmente con lo aparente y visible, pero Dios pone su acento en lo real e invisible.

Hemos dicho que el patrón divino para la iglesia se encuentra en la revelación del Nuevo Testamento. Ir más allá de él es dar un paso fuera del propósito y la voluntad de Dios. Y es esto lo que en realidad ha ocurrido. A fines del primer siglo muchos elementos extraños y ajenos comenzaron a ser introducidos en la iglesia. Esta era la obra de Satanás. Algunos de ellos podían parecer inocentes, e incluso beneficiosos, pero su efecto fue devastador. Muy pronto la sencilla, flexible y cristocéntrica iglesia del primer siglo fue deformada y trastocada por completo. Los hombres comenzaron a moldearla y adecuarla conforme a sus ideas y conceptos mundanos. En el corto espacio de tres siglos, un completo sistema de ritos, creencias, prácticas, autoridad y organización fue desarrollado ¿Era esto la iglesia? ¿Era este el resultado de su desarrollo natural? Quizá las palabras de T. Austin Sparks puedan ayudarnos:

«Tenga mucho cuidado en no reducir la Casa de Dios a una técnica. De inmediato, si ella se resuelve en un sistema, está en peligro de perder su vida. Esto es lo que realmente ha sucedido una y otra vez en la historia de la Iglesia ¡Antes de que usted llegue al final del libro de los Hechos, encuentra que esto es lo que está sucediendo! El completo sistema presente de la Cristiandad está empezando... La Casa de Dios no es un sistema: es una Casa espiritual» (las negritas son nuestras).¹

Conociendo nuestra historia

¿Por qué estudiamos la historia de la iglesia? Para responder a esta pregunta debemos considerar el carácter universal de la iglesia. Con frecuencia olvidamos que la iglesia está constituida por todos aquellos que pertenecen a Cristo a través del tiempo y el espacio. No sólo son de Cristo quienes están vivos, también quienes han ya partido con el Señor los son. Todos juntos forman el único cuerpo de Cristo que

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

reinará con él por la eternidad. En consecuencia, la edificación de la iglesia no es la tarea de una sola generación. Por el contrario, a través de muchas y sucesivas generaciones el Espíritu Santo ha venido edificando la iglesia, conformándola al original divino que es Cristo. Esta ha sido una obra de siglos e incluso de milenios. Por medio de distintos vasos a lo largo del tiempo, sean estos individuales o corporativos, el Espíritu Santo ha venido incorporando a Cristo en los santos. Y todo aquello que ha sido obrado por el Espíritu por y en los santos tiene un valor eterno. Todo ello será hallado de nuevo en la Nueva Jerusalén: «Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el señor. Sí, dice el Espíritu... porque sus obras con ellos siguen» (Ap. 14:13).

Por esta razón, el legado espiritual de los santos y testigos del pasado es el fundamento de la obra que el Espíritu hace en el presente. Dios no comienza desde cero en cada nueva generación. No debemos tener una visión tan estrecha de su obra. La mayor parte de las riquezas que hoy conocemos de Cristo han sido descubiertas y nos han sido legadas por hombres y mujeres que en el pasado rindieron sus vidas a Cristo de una manera completa y radical. Conocer su historia es conocer nuestra historia. No como mera información del pasado, sino como una herencia viva y espiritual en Cristo. Como nos dice el Cantar de los Cantares, si es que queremos hallar a Cristo y no sabemos dónde hallarlo: «Si tu no lo sabes... ve sigue las huellas del rebaño» (Cant. 1:8). Las huellas que dejaron tras de sí aquellos que vinieron antes que nosotros

Por otra parte, al estudiar la historia de la iglesia podremos descubrir también las dificultades, peligros y problemas que han acechado desde siempre al pueblo de Dios sobre la tierra. Satanás, como hemos dicho, siempre ha buscado estorbar y detener la obra de Dios. Y en la historia de la iglesia encontramos muchos ejemplos. Tantas obras que comenzaron llenas de vida espiritual y luego degeneraron en sistemas meramente humanos, llenos de ideas, conceptos y organización humanas, con la consiguiente pérdida de vida, poder y realidad espiritual.

Los hermanos olvidados

En general, los libros de texto de historia se centran en la «historia oficial» de la cristiandad. Y llamamos cristiandad a algo más amplio que la iglesia. Pues por iglesia

entendemos, en rigor, aquello que el Nuevo Testamento denomina así; mientras que por cristiandad entendemos el sistema más amplio de creencias, costumbres e instituciones que se ha desarrollado más allá de los límites espirituales de la iglesia. No queremos decir con ello, que la iglesia siempre ha sido distinguible de la cristiandad. Por el contrario, en ciertas épocas, distinguir entre ambas fue una tarea prácticamente imposible. En dicha historia oficial los nombres de Ignacio, Ireneo, Agustín, Bernardo de Clairvaux, Tomás de Aquino, Lutero, Calvino, Wesley y otros son fácilmente distinguibles. Ellos representan la línea oficial y conocida. Pero junto a ellos, existen otros hermanos mucho menos conocidos, cuyos nombres e historias son casi siempre pasados por alto, o mencionados como disidentes y, a veces, injustamente, como herejes.

En una primera etapa, antes de que Constantino acabase oficialmente con la persecución de los creyentes en el 312 D. C., la cristiandad permaneció exteriormente unida. Sin embargo, ya muchos elementos extraños habían entrado en la vida y el testimonio de las iglesias: la distinción entre clero y laicos; la filosofía griega, y algunas costumbres paganas todavía en germen.

Contra ese estado de cosas reaccionaron algunos hermanos, quienes, a pesar de sus diferencias permanecieron en comunión con los demás creyentes. Primero fueron los así llamados Montanistas, con un hombre llamado Montano en Frigia, el año 156 DC. Su principal demanda estaba enfocada en recuperar la dirección del Espíritu y el sacerdocio de todos los creyentes, como miembros dotados del cuerpo de Cristo. Aunque fueron ridiculizados y tergiversados por sus detractores (y también cometieron algunos excesos), es interesante notar que ganaron para su causa a uno de los teólogos más importantes de su tiempo: Tertuliano. También contaron entre sus filas a algunos de los mártires más distinguidos de la fe, como Perpetua y Felicitas.

Tras ellos, cuando el cristianismo se había convertido en la religión oficial del imperio, muchos hermanos rechazaron la unidad entre la «iglesia y el estado» que la mayoría recibió con entusiasmo. Este es el período conocido como postnicénico, pues comenzó tras el Concilio de Nicea, que declaró la divinidad e igualdad de Cristo con el Padre, en contra de los arrianos.² El problema es que junto con ello, este concilio inició la práctica de perseguir y castigar a los disidentes y a los herejes. Pues ahora, a la autoridad eclesiástica para excomulgar, la cristiandad organizada unía el poder

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

secular del emperador para castigar. Así se produjo la trágica fusión entre la «iglesia» y el estado, cuyas consecuencias serían imprevisiblemente funestas y devastadoras.

En el futuro, aquellos hermanos que, siendo esencialmente ortodoxos en su fe, no se avinieron con las prácticas y doctrinas oficiales de la así llamada «iglesia», fueron acusados de herejía, desterrados y, cuando no, ejecutados. En unos pocos años, muchos de los que habían sido perseguidos se unieron al poder que los había perseguido para convertirse, a su vez, en perseguidores. Fue en medio de este estado de cosas, cuando la cristiandad se volvía cada vez más pagana, ambiciosa, rica y mundana, que Dios levantó a numerosas compañías de creyentes, quienes mantuvieron en alto el testimonio de Jesucristo, eligiendo el camino del descrédito, la difamación, y el martirio.

¿Ha oído usted hablar alguna vez de los novacianos, los priscilianos, los cátaros, los bogomiles, los paulicianos, los valdenses, los anabaptistas, los moravos, los pietistas, etc.? Por supuesto, ellos no usaron nunca estos nombres, ya que preferían llamarse simplemente ‘hermanos’. Fueron acusados de los crímenes y herejías más espantosas por sus perseguidores desde la cristiandad organizada, mientras que su fe y sus prácticas fueron sistemáticamente distorsionadas, y cuando no, borradas enteramente del registro de la historia. Por mucho tiempo se les consideró, en base al testimonio de sus enemigos, como herejes de la peor clase. Lo que se sabía de ellos se basaba hasta ahora en el testimonio de sus perseguidores y ejecutores. Sin embargo, el testimonio de sus perseguidores estaba enteramente prejuiciado, y estaba, además, viciado en sí mismo, pues debían, a cualquier precio, probar sus cargos de herejía para destruirlos. No eran, en verdad, testigos muy confiables.

Pero con los avances de la investigación histórica más reciente, su verdadera historia ha salido a luz. Y se ha descubierto que eran, en general, representantes de una fe más sencilla y pura, que buscaba volver a los patrones revelados en el Nuevo Testamento: A la centralidad y supremacía del Señor Jesucristo. Y porque ellos perseveraron en su fe, a través de una indecible oposición, hostilidad y sufrimiento, la luz del evangelio nunca se apagó del todo, y prosiguió adelante aún en las épocas de mayor apostasía y oscuridad. Es cierto, nada parecido al poder, el reconocimiento y la fama mundana los siguió jamás. Incluso hoy, su trágica epopeya sólo merece una pequeña nota al pie de página, muchas veces desfavorable, en algunos eruditos y

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

voluminosos tomos de historia cristiana.

Existe en nuestra naturaleza humana una incurable atracción por lo grande y poderoso según los estándares del mundo. Pero Dios, que habita en la altura y en la santidad, también habita con los humildes y quebrantados, y no se deja conmover por el tamaño, el poder y la riqueza de este mundo. La historia de la iglesia es, a sus ojos, la historia de aquellos que buscaron centrar en Cristo todas las cosas. La historia de aquellos que se pararon de su lado, de su palabra y su testimonio en los días de la ruina y la adversidad.

En los números siguientes quisiéramos revisar la historia de algunos de estos hermanos olvidados. Pues gracias a ellos el testimonio de Cristo nunca fue borrado del mundo. La antorcha continuó alumbrando y nosotros hemos recibido su testimonio, aunque, en general, no estemos conscientes de ello. No queremos decir con esto que sólo en ellos brilló el testimonio de Cristo, y que ellos eran la «verdadera» iglesia en oposición a una cristiandad falsa y apóstata. Estamos conscientes que Dios ha tenido numerosos testigos dentro de la cristiandad organizada, que han alumbrado, por así decirlo, la oscuridad desde adentro. Muchos creyentes verdaderos y santos permanecieron dentro de los sistemas eclesiásticos de su tiempo. Pero otros fueron expulsados y puestos al margen. Todos ellos conforman la iglesia de Cristo sin distinción. Sin embargo, en muchas épocas de la historia, quienes llevaron la antorcha con mayor firmeza y altura fueron los santos olvidados. Y creemos que su historia es parte fundamental de la obra que el Espíritu ha venido haciendo a lo largo de esta dispensación. Esta es la historia que deseamos rescatar, al menos en parte, para nuestros lectores.

Los montanistas: hombres y mujeres de espíritu

En el año 156 después de Cristo comenzó en las montañas de Frigia, Asia Menor, una ferviente reacción entre los creyentes simples y comunes contra el creciente deterioro espiritual de la cristiandad, liderados por un hombre llamado Montano. En ese tiempo, pasados poco más de 50 años desde la muerte de Juan, el último de los apóstoles del Señor, las iglesias habían perdido gran parte de la vida y frescura espiritual del principio, para desarrollarse como un sistema cada vez más organizado y jerárquico, en el que la antibiblica separación entre clérigos y laicos se habría de establecer con firmeza. De los primeros se esperaba una vida más espiritual y consagrada, mientras que de los últimos, el simple asentimiento pasivo a la autoridad que emanaba del oficio clerical, a cuya cabeza se encontraba el obispo.

Clericalismo e intelectualismo

Esto, por supuesto, está en abierta contradicción con la práctica de las iglesias del Nuevo Testamento, donde todos los creyentes eran participantes activos de la vida, el culto y el ministerio; y donde, además, el Espíritu Santo era quien gobernaba todas las cosas. Pero, a partir de Ignacio de Antioquía (117 d. C.), el clericalismo había comenzado a desarrollarse con fuerza, subordinando a los creyentes a la autoridad suprema de los obispos, y demás oficios eclesiásticos, y coartando por completo la antigua libertad del Espíritu entre ellos: «Seguid todos a vuestro obispo, como Jesucristo siguió al Padre... y al presbiterio (los ancianos bajo los obispos)... y a los diáconos, como al mandamiento de Dios. Considerad como Eucaristía (cena del Señor) válida la que tiene lugar bajo el obispo... No es legítimo, aparte del obispo, ni bautizar ni celebrar una fiesta de amor, pero todo lo que él aprueba, esto es agradable también a Dios» (Ignacio, a los Esmirneanos, 8). Aquí tenemos ya en germen los grandes

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

lineamientos del sistema clerical que en pocos siglos habría de dominar por completo a las iglesias para dar paso a la poderosa y mundana cristiandad organizada.

Por cierto, los motivos que originaron estos puntos de vista eran bien intencionados. Sin embargo, cuando algo que es menos que Cristo –por muy bueno que pueda parecer– se introduce en la vida y práctica de los creyentes, la consecuencia es la ruina y la muerte espiritual. Ignacio mismo fue un creyente sincero y también un valiente mártir de Jesucristo. Sin embargo, su celo por salvaguardar a las iglesias de la creciente amenaza de las herejías gnósticas y conservar la unidad lo llevó a imaginar, más allá de las Escrituras, un sistema jerárquico absoluto que las protegiera de dichas amenazas y las mantuviera internamente unidas. Olvidando que, como nos dice el apóstol Juan, la mejor defensa contra la mentira está en nuestra fidelidad a la Palabra que recibimos en el principio y en una vida totalmente subordinada al Espíritu de Verdad, la unción que recibimos de Cristo, quien nos enseña todas las cosas.

Además, y paralelamente, el ataque de parte de la filosofía griega bajo la forma del gnosticismo, produjo una decidida respuesta entre las iglesias, las cuales debieron hacer una defensa y explicación más intelectual de la fe. Sin embargo, esto también importó el inmenso riesgo de convertir la fe viva de los primeros cristianos en poco más que el asentimiento exterior y formal a un credo ortodoxo, pero sin vida. Esta defensa demandó un considerable esfuerzo intelectual y teológico, que muy pronto quedó fuera del alcance de las mentes menos educadas y sencillas. De este modo, el naciente sistema clerical se reforzó en sus pretensiones de control, pues se requería una casta educada y profesional que se hiciera cargo de «proteger a la iglesia» de la mentira y el error. Así, trágicamente, el sacerdocio fue arrebatado de los santos y la fe puesta bajo el resguardo de los obispos, quienes desde entonces se convirtieron en los únicos guardianes, intérpretes y representantes autorizados de la iglesia católica (universal) y verdadera. Para pertenecer a la iglesia había que estar bajo la autoridad de los clérigos.

La reacción montanista

La respuesta a este estado de cosas, como hemos dicho, comenzó con Montano, en Frigia, el año 156 d. C. Ese año, en un pequeño pueblito situado entre las montañas,

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

éste comenzó a predicar en contra del clericalismo y el intelectualismo de la cristiandad, enfatizando el sacerdocio de todos los creyentes y la autoridad soberana y absoluta del Espíritu sobre la iglesia.

Rechazaba el naciente sistema episcopal de sus días y abogaba por un reestablecimiento de la profecía y los dones del Espíritu, como también por la exclusiva autoridad del Espíritu para establecer profetas y maestros aparte del consentimiento y la autoridad oficial de los obispos. Sus reuniones carecían del ritualismo formal de la cristiandad de su tiempo, estaban abiertas a la participación de todos los hermanos y hermanas por igual, y los predicadores procedían de entre los hermanos sencillos, lo cual irritaba mucho a los obispos de las iglesias. Además, anunciaban fervientemente la inminente venida del Señor para establecer su reino milenial sobre la tierra.

Esto atrajo sobre ellos el rechazo de los obispos de Asia Menor, quienes condenaron sus enseñanzas en un sínodo y lo expulsaron de la «iglesia católica». Sin embargo este sínodo no tuvo aceptación universal y muy pronto el «montanismo» se propagó como un fuego por vastas zonas de África y Europa. El ardiente celo montanista por una vida cristiana más consagrada y profunda no estuvo ausente de excesos, aunque mucho de lo que sabemos de ello se debe a las tergiversaciones y calumnias de sus perseguidores y enemigos. En verdad, la cristiandad de su tiempo había caído en una completa relajación moral, y la vida de muchos creyentes estaba muy por debajo de la norma neotestamentaria. Los montanistas tuvieron muchos mártires entre sus seguidores, y jamás debieron afrontar el dilema de qué hacer con aquellos creyentes que, habiendo negado al Señor en tiempos de persecución, pedían ser reincorporados a las iglesias una vez que ésta había cesado. Por todas partes los obispos se debatían con este problema, pero no los montanistas. De hecho, algunos de los mártires más heroicos de la iglesia antigua se encuentran entre ellos, como Perpetua y Felicitas, y los demás mártires de Cartago.

Los montanistas rechazaban a los cristianos desertores e incluso desaprobaban a aquellos que se escondían o huían para salvar sus vidas. Esto último, por cierto, era parte de su extremismo y excentricidad en algunas materias de vida y práctica cristianas.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Debe decirse, además, que los montanistas fueron estrictamente ortodoxos en cuanto a su fe y se opusieron tenazmente al gnosticismo de su tiempo. De hecho, ganaron para su causa al gran apologista y teólogo cartaginés Tertuliano (201 d. C.), uno de los primeros en exponer con claridad la doctrina de la Trinidad, quien es además considerado el fundador de la teología latina.

Su énfasis estaba en la restauración de la vida y la obra del Espíritu en la iglesia. Por ello, enseñaban que se debía distinguir entre la iglesia espiritual y aquella puramente carnal, donde el Espíritu no es obedecido y se da indulgencia a los deseos de la carne. Esto, por cierto, les atrajo el rechazo y el ostracismo por parte de la cristiandad organizada, quienes los acusaron de cismáticos; aunque, en realidad, fueron los obispos quienes primero los expulsaron de su comunión. La división se originaba en su rechazo a reconocer la autoridad eclesiástica organizada y en su insistencia en sostener, de acuerdo con Tertuliano, que la iglesia no consiste en obispos, y que los (así llamados) laicos son también sacerdotes.

Se ha escrito mucho acerca del carácter ingenuo, entusiasta y rigorista de los montanistas. Sin embargo, debe observarse que a lo largo de la historia de la iglesia, en tiempos de decadencia y ruina espiritual, a menudo Dios ha utilizado formas extremas para llamar a su pueblo al arrepentimiento. Es cierto que podemos hallar excesos entre los montanistas, y un cierto desequilibrio en cuanto a las profecías y visiones espirituales, un excesivo rigor en cuanto a sus demandas, cierta falta de compasión hacia las debilidades humanas, y una cierta propensión al exclusivismo y «elitismo» espiritual. No obstante, en lo esencial, estaban en lo cierto.

Cuando el Espíritu Santo deja de ser quien gobierna la Iglesia, y su lugar es sustituido por los hombres, con cargos y posiciones cuya autoridad no depende en absoluto de su condición espiritual, entonces se ha comenzado a descender por el camino que se hunde inexorablemente en la ruina y la muerte espiritual. Muy pronto, la cristiandad organizada, incapaz ya de escuchar la voz del Espíritu, sería arrastrada a la más terrible de las simbiosis con el mundo, incorporando en su seno un sinnúmero de prácticas paganas y acumulando un poder terrenal que la deformaría hasta los cimientos.

La historia posterior

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Los montanistas se esparcieron por todas partes y en muchos lugares contaron con el favor de los hermanos y hermanas, pues en ese entonces las doctrinas clericales no estaban del todo asentadas en el corazón de las iglesias. En Francia contaron con la simpatía de Ireneo de Lyon, gran defensor de la fe contra los gnósticos, quien intercedió por ellos ante el obispo de Roma.

Por mucho tiempo continuaron existiendo en comunión con la totalidad de los creyentes gracias a estas y otra simpatías, pues muchos en la cristiandad organizada percibían el peligro de adoptar un línea supresiva contra de ellos, y «apagar el Espíritu». De este modo, permanecieron como grupos de creyentes dentro de las iglesias organizadas. No obstante, con el paso del tiempo, a medida que la cristiandad ganaba en poder y organización, y en especial, con el advenimiento del emperador Constantino, quien pondría fin a las persecuciones (312 d. C.), la intolerancia creció y los montanistas fueron separados por completo y obligados a reunirse en congregaciones independientes. A partir de entonces, los sucesivos emperadores «cristianos» promulgaron varios decretos, declarándolos fuera de la ley. A pesar de ello, continuaron existiendo hasta el siglo VI d. C., al menos en Frigia, su lugar de origen, cuando fueron finalmente destruidos por el emperador Justiniano.

Sin embargo, su ardiente celo por una vida cristiana más pura y separada del mundo, su cálida comunión y ministerio compartido por todos los santos, su expectante anhelo por la segunda venida del Señor, y sobre todo, su vehemente deseo de que el Espíritu tuviera el gobierno de la iglesia en todo, quedaron como un legado espiritual imperecedero para las generaciones de hermanos que vinieron después.

Los novacianos

El clamor por una iglesia santa

En la historia de la iglesia, los 200 años posteriores a Pentecostés fueron testigos de una lenta, pero inexorable declinación espiritual en medio de los creyentes. Por un lado, la organización, y jerarquización de la cristiandad darían lugar a un vasto sistema eclesiástico gobernado por una casta superior y sacerdotal; por otro, el sencillo culto del principio, flexible y participativo, que daba lugar a la libre expresión de todos los miembros del cuerpo, fue reemplazado por un ritual cada vez más rígido, exterior y formal, bajo el control exclusivo de la nueva casta sacerdotal. Los obispos, convertidos en verdaderos monarcas, reclamaban la autoridad sobre todo y en todo. Ya hemos visto como Ignacio de Antioquía inició esta tendencia hacia la importancia superlativa de los obispos, la que se vio reforzada por el «rol» que les asignaron algunos connotados apologistas, conceptuándolos como los «auténticos» guardianes de la «tradición apostólica».

Es justo señalar, sin embargo, que los grandes apologistas (Ireneo, Tertuliano, etc.) que escribieron contra los gnósticos (los cuales pretendían poseer una tradición secreta y superior del Evangelio), acudieron a la autoridad de las sedes apostólicas más antiguas (como Roma, Jerusalén, Antioquía, etc.) para buscar en ellas la interpretación aceptada como regla universal de interpretación de los escritos apostólicos, y no como fuente de nuevas tradiciones que se alejaban de la sencillez original. De hecho, como se ha señalado en el capítulo anterior, Tertuliano, quien apela resueltamente a la autoridad de las sedes apostólicas contra los gnósticos, no duda en denunciar la creciente autoridad episcopal como una novedad que modifica la antigua tradición de las iglesias en cuanto al gobierno y el culto.

En verdad, el siglo segundo y tercero fueron un extenso campo de batalla entre el antiguo orden de la iglesia, heredado de los apóstoles, sencillo, flexible y horizontal, y

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

el nuevo orden obispal, rígido, formal y vertical. Muchas iglesias se opusieron a este cambio, pero con el paso del tiempo se hallaron formando parte de una minoría cada vez más reducida, que contemplaba entristecida cómo la cristiandad se alejaba más y más de los principios neotestamentarios.

Alrededor del año 250 d. C. las tendencias episcopales llegaron a su máxima expresión con Cipriano, obispo de Cartago. Este, al igual que Ignacio, fue un hombre consagrado y un valiente mártir de Jesucristo, quien, además, paradójicamente, consideraba a Tertuliano como su maestro. Fue Cipriano quien desarrolló hasta el máximo la idea del obispo monárquico como encarnación suprema y final de la iglesia: «El obispo está en la iglesia, y la iglesia en el obispo; y si alguno no está con el obispo, no está en la iglesia». Así surgió la idea de la iglesia como algo aparte y distinto de todos los creyentes. En el Nuevo Testamento, la iglesia era, sobre la tierra, el cuerpo entero de creyentes; jamás Pablo, Pedro o Juan se habrían atrevido a afirmar que «ellos eran la iglesia», sin incluir a todos los hermanos en ella, aún siendo apóstoles de Jesucristo. Pero para el año 250 d. C., la iglesia vendría a ser, por definición, el sistema clerical.

Además, para Cipriano, la iglesia, encarnada en los obispos, era la mediadora visible y exclusiva de la gracia de Dios, por medio de sus sacramentos. Quien no se sometía a la autoridad de «esta iglesia» estaba fuera de la gracia y debía ser considerado como un hereje de la peor clase, sin importar cuán ortodoxo, y fiel pudiera ser como creyente en Jesucristo. Todo era una cuestión de sumisión a la iglesia organizada, fuera de la cual no había salvación.

Esta terrible y trágica distorsión de la naturaleza de la iglesia habría de ser la fuente de muchos males posteriores. Un entero sistema terrenal había usurpado el lugar y el nombre de Cristo y su iglesia sobre la tierra, y esta ya no sería más considerada como la comunidad de los redimidos y regenerados por el Espíritu. Además, en conexión con esto mismo, se desarrolló la idea del bautismo como sacramento regenerador, que tenía eficacia por sí mismo. Bajo este concepto, Cipriano y otros desarrollaron y extendieron la práctica de bautizar niños, abriendo las puertas de la «iglesia» a hombres y mujeres no regenerados.

La reacción novaciana

Este era el estado de cosas en la cristiandad cuando en el año 250 d. C., el emperador Decio lanzó una terrible ola de persecución contra los santos. Pero las iglesias habían llegado a una condición espiritual tan deplorable, que en esta oportunidad cientos de miles de creyentes salvaron sus vidas apresurándose a negar su fe, adorando la imagen del emperador y denunciando a sus hermanos. Es verdad que algunos cedieron después de horribles torturas, pero con muchos sólo bastó la amenaza del castigo. Esto, por supuesto, causó escándalo en muchas conciencias espirituales. Cuando la persecución terminó, muchos de estos hombres y mujeres que habían negado su fe, pidieron ser readmitidos en la «iglesia». Y la gran mayoría de los obispos estuvo dispuesta a recibirlos, alegando que el espíritu del evangelio era el perdón. Pero en verdad, detrás de mucho de este supuesto espíritu evangélico, se escondía una ambición secularizada y contemporizadora que sólo buscaba prosélitos y poder, sin ningún interés por la condición espiritual de la iglesia.

No obstante, quienes fueron testigos de esta tragedia y de la posterior reacción de los obispos, y tenían una conciencia y un celo por la condición espiritual de la iglesia, vieron en tal apostasía causas mucho más profundas. Y entre éstos hubo en particular dos hombres: Novato y Novaciano.

El primero era presbítero en la ciudad de Cartago y se oponía a las tendencias monárquicas y jerárquicas de los obispos, en especial de Cipriano. Novato buscaba reestablecer la antigua igualdad entre los obispos y los presbíteros, pero Cipriano lo resistió vehementemente. Novato se fue a Roma, donde continuó con sus enseñanzas. Allí conoció a Novaciano quien a su vez, al igual que los montanistas, se negaba a aceptar que quienes habían desertado de su fe fuesen readmitidos. A ellos se unieron por todas partes muchos hermanos y hermanas que deploraban profundamente el estado de cosas en la cristiandad organizada. Se les llamó Novacianos, por causa de Novaciano, pero ellos difícilmente habrían aceptado ser llamados así. Eran simples hermanos y hermanas que buscaban regresar a un estándar más puro, sencillo y elevado de la fe cristiana.

Muchos los han acusado de un rigor y extremismo que difiere del espíritu del evangelio de la gracia y del perdón. Se dice que exigían una perfección más allá de las

posibilidades humanas (perfección que, por lo demás, el mismo Señor demandó, por ejemplo, en el Sermón del Monte). Y, tal vez, haya en esta acusación algo de cierto, pues en ocasiones pecaron de falta de compasión y misericordia hacia quienes genuinamente se arrepentían de su deserción. No obstante, para comprender su reacción extrema se debe antes considerar la condición general de la cristiandad de sus tiempos. Ellos veían en estos cristianos desertores el signo de que la iglesia se había convertido en un sistema terrenal, sin poder ni eficacia para producir vidas verdaderamente regeneradas.

Rechazaron el bautismo de niños, pues lo consideraban una de las causas de la ruina espiritual. Para ellos, quienes habían negado la fe, no eran en verdad cristianos, es decir hombres y mujeres regenerados por el Espíritu. Habían entrado en la iglesia como producto de la laxitud moral y la ambición de algunos obispos que promovían un cristianismo sin demandas espirituales, convirtiéndolo en un rito exterior y sacramental (incluyendo el bautismo de niños), con miras a acrecentar casi indiscriminadamente el número de fieles, abriendo así una puerta para toda clase de elementos y costumbres paganas. Por ello, llegaron a considerar al sistema obispal mismo como una deformación y un gran mal para la iglesia.

Los Novacianos anhelaban una iglesia santa, pura, más sencilla y compuesta sólo de hombres y mujeres regenerados. Para ellos, la prueba de esa regeneración debía ser hallada en una vida de consagración y santidad para el Señor. No aceptaban que la santidad era la vocación de unos pocos en el cuerpo de Cristo, mientras que el resto podía contentarse con un cristianismo diluido y acomodado a sus «debilidades humanas». Rechazaban, por lo mismo, el sistema clerical, y los sacramentos como medios de gracia, que promovían esta visión dual de la vida cristiana,¹ y creían en

¹ La reacción contra este estado de cosas tuvo, dentro de la cristiandad organizada, el nombre de monasticismo, a partir de Pablo, el eremita, el año 251 d. C., quien se retiró a la soledad del desierto de Egipto. Hombres y mujeres se separaban de la mundanalidad de sus días para intentar vivir vidas más santas y conformes con el evangelio, aunque sin pretender que todos los creyentes siguieran su ejemplo. De hecho, entre ellos encontramos a la mayoría de los queridos santos que iluminaron desde adentro la terrible oscuridad de la cristiandad organizada. Las órdenes monásticas, sin embargo, decaían con el tiempo, y una nueva orden venía a reemplazarlas. Se destacan entre ellos los nombres de Benito de Aniano, Agustín de Hipona, Odo de Cluny, Bernardo de Clairvaux, Tomás de Aquino y Francisco de Asís. Sin embargo, con el monasticismo se afianzó también el errado concepto de que había dos clases de cristianismo posible: uno diluido e inferior para el común de los creyentes y otro más exigente y elevado para quienes escogían la vida monástica. Este trágico hecho nos muestra la importancia y pertinencia de la demanda novaciana.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

iglesias independientes en cuanto a organización y funcionamiento, dirigidas por una pluralidad de presbíteros o ancianos, cuyo estándar, como se ha dicho, era la santidad.

De hecho, y de acuerdo con la Escritura, creían que los obispos y los presbíteros eran lo mismo. Sin embargo, su protesta se topó con la férrea oposición de algunos obispos de su época. Cipriano, junto con Cornelio, obispo de Roma, a cuya designación se había opuesto Novaciano debido a su laxitud moral, convocaron un sínodo de obispos y lograron que los Novacianos fuesen excomulgados y expulsados de la iglesia organizada. No había ninguna cuestión doctrinal que los separase, sino sólo cuestiones de autoridad eclesiástica y práctica cristiana. Novaciano mismo escribió un excelente tratado sobre la Trinidad y, al escribir en latín, entregó a occidente la capacidad de desarrollarse teológicamente. También escribió tratados refutando algunas herejías gnósticas. Fue él quien por primera vez usó la expresión «Verbo encarnado».

Tristemente, nada de esto impresionó a Cipriano y a los demás obispos, como tampoco el carácter espiritual irreprochable de Novaciano y los hermanos que estaban con él. Los así llamados Novacianos comenzaron desde entonces una obra separada de la cristiandad organizada, que se extendió rápidamente por muchas partes de Europa y Asia menor. Lo que de paso prueba que en muchas partes había hermanos y hermanas descontentos con el desarrollo de la cristiandad organizada. Debido a su celo por una vida más santa y pura fueron llamados cátaros (del griego kataroi o «puros»). Y con ese nombre aparecen en la historia posterior, como también con muchos otros apodos, dados por sus detractores y perseguidores. En los siglos siguientes, tras la unión de la «iglesia organizada» y el estado bajo Constantino, se convirtieron en un pueblo perseguido y difamado. Su historia posterior constituye quizá una de las mayores tragedias en la historia de la iglesia. Perseguidos hasta casi el exterminio, sus prácticas y creencias fueron distorsionadas, deformadas, y cuando no, borradas casi por completo del registro de la historia. Hoy es poco lo que sabemos de ellos, excepto por las supuestas confesiones extraídas por sus torturadores y ejecutores. Como mínimo, se les ha acusado de sostener las peores herejías gnósticas y maniqueas, pues la cristiandad organizada siempre quiso mantener la ilusión o ficción de que fuera de ella nunca existió verdadera fe. Todo lo demás no podía ser

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

sino herejía y falsedad.²

Sin embargo, una investigación histórica más exacta probará que en verdad la mayoría de las llamadas sectas medievales, conocidas como valdenses, albigenses, cátaros y muchos nombres más, eran en verdad sucesores directos de aquellos antiguos hermanos que se negaron a aceptar la decadencia de la cristiandad y escogieron así el terrible camino del descrédito, la difamación, la persecución, el martirio y, finalmente, el olvido.

Pero, gracias a ellos, la antorcha nunca se apagó del todo, incluso en los tiempos de mayor apostasía y oscuridad. Más adelante, como ya se ha dicho, volveremos a encontrarnos con estos valientes testigos de Jesucristo, ya sea escondidos en los valles alpinos, u ocupando extensas regiones del sur de Francia, manteniendo aún la primitiva sencillez, santidad y organización de las iglesias apostólicas.

² Al respecto, muchos historiadores y novelistas modernos, siguiendo esta línea de interpretación han escrito supuestos libros y novelas «históricas» sobre los cátaros, mostrándoles como sectas gnósticas o maniqueas. Pero su línea de razonamiento y su método de reconstrucción es débil y extemporáneo: Puesto que sus acusadores dicen que sostenían herejías gnósticas, investigan acríticamente el pensamiento de gnósticos como Marción y Valentino, de mediados del siglo II, y lo superponen luego extemporánea y arbitrariamente sobre los cátaros de los siglos IV en adelante. Sin embargo, ningún documento histórico contemporáneo escrito por ellos da base para dichas acusaciones, pues éstos no existen o fueron destruidos. De hecho, en este caso lo que primero debe ser puesto en duda es la confiabilidad del testimonio de sus perseguidores y verdugos. En verdad, la primera vez que los cátaros aparecen en la historia es siendo estrictamente ortodoxos y trinitarios en su fe, tal como lo fue el mismo Novaciano.

Los priscilianos

Alrededor del año 354 d.C., tuvo lugar en España un importante intento de restauración de la iglesia al patrón escritural, cuyo representante más prominente fue Prisciliano, más tarde obispo de Ávila. La importancia de este movimiento de hermanos radica, entre otras cosas, en que con ellos la Cristiandad Organizada inició la práctica de ejecutar por mano del estado a aquellos que divergían de las prácticas y doctrinas eclesiásticas oficiales, mediante juicios espurios, donde se intentaba probar cargos de herejías maniqueas y gnósticas. La pena por dichas faltas era la muerte, de acuerdo con el derecho romano que imperaba en esos días.

Un buscador de la verdad

Prisciliano era un hombre rico y de elevada posición social. Durante su juventud fue un ardiente buscador de la verdad. Abandonó las creencias paganas y por un tiempo estudió las doctrinas maniqueas y neoplatónicas, que finalmente rechazó, considerándolas espiritualmente insatisfactorias. También estudió acuciosamente los clásicos de la filosofía y literatura, tanto griega como romana. Finalmente, decidió investigar el Cristianismo, que en un principio había rechazado. Allí, en la vida y enseñanza del Señor Jesucristo, halló por fin lo que andaba buscando.

A partir de su conversión, se volvió un ávido lector de las Escrituras, y muy pronto empezó a compartir sus enseñanzas con otras personas. Como se trataba de un hombre erudito y rico, muchas personas de su entorno social se unieron a él y comenzaron a estudiar la Escritura, reuniéndose en pequeños grupos, donde tanto hombres como mujeres participaban activamente en las conversaciones.

Prisciliano, gracias a su apasionado estudio de las Escrituras, se convirtió rápidamente en un poderoso maestro y predicador. Junto a los demás hermanos que estaban con él, comprendió muy pronto que algunas doctrinas y prácticas oficiales de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

la Cristiandad de su tiempo carecían de fundamento bíblico

Por ello, en oposición a la enseñanza oficial, defendían el derecho de todos los creyentes a leer y estudiar sus Biblias, y rechazaban tomar la Cena del Señor con personas de dudosa espiritualidad y carácter mundano. También, rechazaban las disputas teológicas intrincadas e intelectualizadas de su época acerca de la Trinidad y de la naturaleza de Cristo, enseñando que estos hechos debían ser más bien objeto de una fe viva y real, y no de un mero asentimiento mental, o un debate intelectual.

Por otra parte, consideraban que la salvación no se obtenía mágicamente por medio de «los sacramentos» de la iglesia oficial, sino como resultado de una conversión espiritual, que implicaba, a su vez, un decidido cambio de vida y conducta. Las Escrituras, asimismo, eran consideradas como la única regla válida de fe y conducta, a las cuales todos los creyentes debían acceder para obtener sustento y dirección diarias, por medio del Espíritu Santo que habita en ellos. Cada creyente, afirmaban, ha de tener una vida de fe y comunión constante con el Señor. Puesto que una nueva vida ha sido depositada en él, las buenas obras vienen a ser el resultado de la operación de dicha vida en su corazón por medio de la fe. Por otra parte, enseñaban que las iglesias debían ser independientes las unas de las otras en cuanto a gobierno y dirección. En resumen, abogaban por una iglesia sencilla, santa y espiritual, muy diferente de la mundana, organizada y jerárquica Cristiandad de sus días.

Reacción oficial

Prisciliano era un «laico», pero su gran habilidad fue notada por la iglesia oficial y se le confirió el cargo de obispo de Ávila. Sus enseñanzas, su vida santa y su popularidad, sin embargo, provocaron una dura reacción del clero español. No sin razón, vieron en sus enseñanzas una gran amenaza contra las doctrinas y prácticas establecidas, pues tendía a disolver la distinción entre clérigos y laicos, al negar la eficacia de los sacramentos como medios de gracia, y a exaltar la Escritura como único medio de gracia a través de la fe. Esto, por supuesto, volvía innecesario el oficio sacerdotal³, pues cada creyente podía acceder directamente a Dios. Además, proponía

³ Para el año 350, el sistema sacerdotal que hace diferencia entre clérigos y laicos, estableciendo a los primeros como único camino hacia Dios para los últimos, estaba casi completamente desarrollado, y tenía como principal apoyo las doctrinas sacramentalistas.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

que la autoridad de la iglesia debe fundarse en una vida espiritual de consagración y santidad antes que en oficios y cargos exteriores, y era, por consiguiente, accesible a todos los creyentes, quienes poseen el Espíritu por igual. Esto atacaba la misma raíz del sistema obispal y jerárquico de sus días y, por lo mismo, la reacción no se hizo esperar.

En el 380 D. C., los obispos españoles convocaron un sínodo en el que acusaron a Prisciliano y a los que estaban con él de sostener doctrinas maniqueas. La acusación no pudo ser probada, y esta primera tentativa de destruirlo fracasó. No obstante, la situación no acabó allí. El ataque se reanudó el año 385, en el Sínodo de Burdeos, donde bajo la dirección del obispo Itacus, un hombre de mala reputación, se les volvió a acusar de maniqueísmo, y, además, de inmoralidad y hechicería. Pero esta vez, las circunstancias eran más favorables, pues el emperador Máximo, quien había ascendido al trono tras asesinar al legítimo heredero Gracián, necesitaba el apoyo de los obispos españoles y franceses para legitimar su posición. Rechazó por tanto la apelación de Prisciliano, y ratificó las decisiones del sínodo. Prisciliano junto a otros seis hermanos, entre los que se contaba una distinguida viuda llamada Eucrotia, fueron entregados a las autoridades civiles para ser ejecutados por decapitación.

La ejecución se realizó el mismo año 385 en la ciudad francesa de Treves. Pero, la impiedad del juicio contra Prisciliano escandalizó a las conciencias más sensibles dentro de la Cristiandad organizada, entre las cuales se destacaban los obispos Martín de Tours y Ambrosio de Milán, quienes condenaron abiertamente el acto, tras intentar en vano detenerlo. Inclusive, después de la muerte de Prisciliano, se negaron a permanecer en comunión con Itacus y los obispos españoles responsables de su muerte. Por ello, cuando cayó el emperador Máximo, Itacus fue depuesto de su cargo de obispo.

Los restos de Prisciliano, y los otros seis hermanos ejecutados con él, fueron llevados a España y enterrados con la honra que se daba a los mártires. Sin embargo, un próximo sínodo en Treves avaló el juicio de Prisciliano al sancionar oficialmente la autoridad de la Cristiandad Organizada para ejecutar a los herejes y disidentes. Esto fue ratificado por el sínodo de Braga, 176 años después.

Un patrón recurrente

La importancia de este triste acontecimiento no debe subestimarse. Este fue el primer caso en la historia en que creyentes disidentes de la iglesia oficial fueron ejecutados por esta misma. Desde la época de Constantino hasta entonces, la práctica común era el destierro. Y aún antes, sólo la excomunión. Pero ahora, la alianza entre la Cristiandad Organizada y el poder político estaba consumada.

El procedimiento estándar contra los hermanos disidentes de la línea eclesiástica oficial fue, a partir de entonces, el siguiente: Acusación de herejía gnóstica (no son verdaderos cristianos) y maniquea (pues ésta se castigaba con la pena de muerte de acuerdo con el antiguo derecho romano); inmoralidad y brujería (para desacreditarlos a los ojos del pueblo); condena a muerte tras un juicio viciado por calumnias, testigos falsos y confesiones extraídas bajo tortura; ejecución (por decapitación, hoguera, ahogamiento, etc); exilio para los supuestos «seguidores», tras la confiscación de todas sus propiedades y bienes; y, finalmente, la posterior destrucción de todos los escritos y documentos de los condenados. Después de todo esto, la historia podía ser reescrita de acuerdo a las necesidades de la Cristiandad Oficial.

Este fue el destino de los así llamados «Priscilianos», quienes, a pesar de todo, subsistieron en España, Francia y Portugal por cerca de 200 años. Pero, por muchos siglos la «verdad oficial» sobre ellos se aceptó sin mayor discusión, al igual como ocurriría luego con tantos otros grupos de hermanos perseguidos (vgr. Cátaros, Paulicianos, Bogomiles, Valdenses, etc.). No obstante, en 1886 se descubrió en la biblioteca de la Universidad de Wurzburg un conjunto de manuscritos que contenía once obras escritas por los priscilianos. En ellos se demuestra que las acusaciones contra Prisciliano son totalmente falsas, pues era un hombre de un carácter santo, sano en su doctrina, y un valiente reformador. También se encuentra en ellos una enérgica refutación del maniqueísmo que se les atribuyó en su momento y un gran apego y fidelidad a la Escritura. Gracias a estos escritos, la verdadera historia de estos valientes testigos de Jesucristo pudo ser recuperada.

Conclusiones

La historia de los «hermanos olvidados» nos muestra, en toda su crudeza, sufrimiento y deformación posterior, que los hijos de Dios estamos envueltos en un conflicto de proporciones cósmicas. ¿Cómo entender tanto odio y crueldad contra hermanos y hermanas que sólo buscaban ser fieles al testimonio de Jesucristo tal como lo encontraban en la Escritura, por parte de otros que también profesaban ser cristianos? Sin embargo, debemos recordar que el Señor mismo nos advirtió sobre esto; pues, nos dijo, la cizaña crecería juntamente con el trigo hasta la siega. Satanás teme y odia a la iglesia y su testimonio más que a ninguna otra cosa. Por eso, desde el principio él ha intentado acallararlo usando todas las armas a su alcance, atacándola desde adentro y desde afuera.

Ya hemos visto que durante los primeros 300 años de historia de la iglesia, las sencillas y cristocéntricas iglesias del primer siglo dieron paso a un vasto y complejo sistema eclesiástico, en el que la vida espiritual y el testimonio de Cristo fueron progresivamente desplazados y substituidos por prácticas y costumbres de origen meramente humano y mundano. Esta simbiosis con el mundo dio un nuevo e importante paso cuando la Cristiandad comenzó a usar el brazo secular para castigar a aquellos que disentían de sus políticas y prácticas, y suponían un peligro para su recién adquirido status en el mundo.

No obstante, aunque Satanás se empeñe en deformar, suplantar y destruir la obra de Dios en el mundo, la historia nos demuestra, una y otra vez, que Dios siempre se ha reservado un remanente fiel, que, a pesar de todo, ha seguido adelante con la antorcha del testimonio, para declarar que la victoria final pertenece a Cristo y a su Iglesia. Aun cuando su testimonio deba ser sellado con sangre. Pues la Iglesia es fruto de los padecimientos de Cristo, y también de aquellos que comparten sus sufrimientos hasta la muerte. «Matadnos –decía Tertuliano a los antiguos emperadores romanos–. No nos podréis destruir. La sangre de cristianos es semilla de cristianos». También los Priscilianos comparten el privilegio de los mártires que con su propia sangre regaron el jardín donde habrían de florecer las futuras generaciones de testigos de Jesucristo.

Los paulicianos

La historia de las iglesias que se apartaron de la corriente principal del cristianismo organizado, tiene en Armenia y Asia Menor a sus más valientes representantes en los así llamados 'Paulicianos'. Perseguidos durante siglos hasta su casi completo exterminio, lo poco que sabemos de ellos nos ha llegado a través del testimonio prejuiciado e incluso malintencionado de sus perseguidores, y un libro escrito por ellos, recientemente encontrado.

Como hemos visto antes, la sola existencia de alguna clase de cristianismo verdadero resultó siempre intolerable para la cristiandad organizada, pues el contraste entre ésta y la pureza espiritual de aquellos grupos de creyentes perseguidos, ponía de manifiesto su ruina espiritual y moral. Y también colocaba en entredicho sus pretensiones de ser la 'única iglesia verdadera'.

Por ello, no sólo se dedicó a perseguir y matar los creyentes que disentían de sus prácticas y no se sometían a su dominio, sino que también a deformar, envilecer y destruir su memoria con perversas y absurdas acusaciones de herejía y maldad.

Por cierto, detrás de tanta hostilidad no cabe descubrir otra cosa que al mismo dragón escarlata de Apocalipsis 12, cuya ira contra los santos que retienen el testimonio de Jesucristo desata las más crueles persecuciones en su contra.

Este es el contexto en que se desenvuelve la historia de los Paulicianos, quienes florecieron con mayor intensidad entre los siglos VII y IX d. de C., en las regiones orientales de Armenia, el monte Ararat y aún más allá del río Eufrates, aunque su origen, de acuerdo con algunos historiadores, puede ser trazado incluso hasta el período apostólico. Ellos mismos afirmaban ser parte de la «santa iglesia apostólica y universal de Jesucristo», y sólo se llamaban a sí mismos «cristianos» o «hermanos» y decían descender de las antiguas iglesias apostólicas.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Que esto sea o no verdad en un sentido temporal, tiene menos importancia que su veracidad espiritual. Pues estos hermanos buscaron mantenerse fielmente dentro de la enseñanza apostólica del Nuevo Testamento. De hecho, debido a su gran amor y respeto por las Escrituras, y en especial por los escritos del apóstol Pablo, fueron probablemente llamados «Paulicianos» por sus perseguidores. Y por esta causa, se encontraron en conflicto con la mayor parte de la cristiandad oficial de su tiempo.

A partir de la Escritura, rechazaban firmemente la unión de la iglesia y el estado, y veían en ella la fuente de muchos de los males de la cristiandad. Por lo mismo, se oponían también a la veneración de imágenes, el culto a María, el bautismo de niños, y la autoridad eclesiástica centralizada y jerarquizada del sistema episcopal. Sus iglesias estaban dirigidas por ancianos de probado carácter espiritual, y no poseían ninguna clase de control centralizado. Existían también maestros itinerantes que viajaban extensamente entre las iglesias para instruirlos y fortalecerlos. Hombres de carácter apostólico cuyos nombres aún se recuerdan debido a la gran influencia que ejercieron en sus días.

La comunión de estas iglesias era de carácter eminentemente espiritual y no estaba basada en un credo doctrinal bien definido y admitido por todas. No estaban tan interesadas en el rigor doctrinal, como en el amor, la comunión y la experiencia cristiana genuina y práctica. Bien se podría decir que eran cristianos ‘pre-dogmáticos’, en el sentido de que se desarrollaron ajenos a todas las controversias doctrinales que agitaron amargamente las aguas de la cristiandad organizada. Por ello, no cabe esperar de ellos definiciones dogmáticas precisas y acabadas¹, sino más bien un inconfundible sabor evangélico y bíblico en los pocos escritos que les sobrevivieron.

Sin embargo, esto se encuentra a años luz de las acusaciones de herejía que recibieron de sus perseguidores. De hecho, bajo esa óptica dogmática e intransigente, también los grandes padres de la iglesia antigua, que tanto trabajaron por el «desarrollo del dogma», pueden ser sospechosos de herejía al ser confrontados en forma extemporánea con los credos de una cristiandad posterior a su tiempo. Si los credos tienen algún valor, este se deriva de su fidelidad a la Escritura, y por lo mismo, no tienen la autoridad final de esta última. Son como señales en el camino que nos indican los caminos que no debemos tomar. Algo muy distinto es hacer de ellos lanzas

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

y espadas afiladas para perseguir, acusar y condenar a otros creyentes, tal como trágicamente ha ocurrido en la historia de la cristiandad.

Por cierto, como ya se ha visto en otros casos, la acusación principal contra ellos fue la de maniqueísmo, pues este cargo, de ser probado, conllevaba la pena de muerte en la ley romana de ese tiempo. No obstante, según consta en los mismos testimonios de sus ejecutores, ellos siempre rechazaron ese cargo como una calumnia, y se declararon fieles discípulos de Cristo. Por lo demás, esto es mucho más coherente con el gran amor y fidelidad que profesaban hacia la Escritura como única fuente de autoridad, lo cual resulta totalmente incompatible con su supuesta adhesión al maniqueísmo. Finalmente, uno de sus pocos escritos que sobrevivieron a la destrucción, llamado «La Llave de la Verdad» no muestra traza alguna de maniqueísmo en su contenido, sino una fe esencialmente bíblica.

Aunque no conocemos el nombre del autor de dicho libro, sí sabemos que hubo entre ellos algunos prominentes ministros de la Palabra, como ya mencionamos, quienes derramaron sus vidas por causa del Señor Jesucristo, cuya vida y testimonio merecen ser recordados.

Constantino Silvano

Como se ha dicho, la historia de este grupo de hermanos comienza a ser conocida a partir del siglo VII. En ese tiempo, alrededor del año 653 d. de C., un hombre llamado Constantino recibió en su casa a un viajero armenio, quien en gratitud le dejó un valioso regalo: los manuscritos de los cuatro evangelios y las epístolas paulinas. De hecho, muchos han querido ver en Constantino al fundador de los Paulicianos, pero ellos siempre alegaron un origen mucho más antiguo. Mientras leía aquellos escritos, la luz entró en su corazón y se convirtió en un valiente testigo de Cristo. Muy pronto, un grupo de creyentes se reunía con él para estudiar las Escrituras fuera de la tutela de la iglesia organizada. Constantino fue recibido pronto entre los hermanos como un dotado maestro y viajó extensamente predicando el evangelio y enseñando en las iglesias. Cambió su nombre por el de Silvano, debido a su admiración por el apóstol Pablo, estableció su hogar en Kibossa y desde allí viajó hacia el este siguiendo el curso del río Eufrates y hacia el oeste, a través de Asia Menor. Su ministerio se extendió por más de 30 años.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Finalmente, debido a su extensa labor e influencia, el emperador romano de oriente (Bizancio) emitió un decreto en su contra. En el año 684 fue capturado por un oficial del imperio llamado Simeón, y apedreado hasta morir. Sin embargo, Simeón quedó tan impresionado con lo que vio y escuchó durante el arresto y la ejecución de Constantino Silvano, que, tras su regreso a la corte de Bizancio, no pudo conseguir paz ni tranquilidad para su alma. Finalmente, tras dos años de lucha interior, decidió abandonar todo y regresar al lugar donde había muerto Constantino. Allí se entregó al Señor, fue bautizado, y continuó la obra que Constantino había realizado. Muy pronto se unió al ejército de los mártires, pues también fue capturado y quemado públicamente junto a muchos otros hermanos. No obstante, esto no detuvo al resto de los creyentes, y su obra continuó expandiéndose.

Sergio

Después de Constantino Silvano, otro hombre de considerable influencia entre los hermanos fue Sergio, quien ejerció su ministerio entre los años 800 al 834. También se convirtió al Señor tras leer atentamente la Escritura, particularmente los evangelios. A partir de allí, comenzó un extenso ministerio por cartas, además de sus viajes. Dichas cartas circularon con gran autoridad entre las iglesias y ayudaron a sanar las divisiones que estaban surgiendo entre ellas. Viajó extensamente de este a oeste, hasta que, según nos dice: «mis rodillas estuvieron fatigadas».

Aunque siempre trabajó como carpintero, sirvió a innumerables hermanos en el ministerio de la palabra por 34 años, visitando prácticamente todas las regiones de las tierras altas de Asia Central. Su vida acabó bajo el hacha del verdugo imperial el año 834 d. de C.

La lucha contra la idolatría

Una de las mayores batallas entre los hermanos y la iglesia organizada se libró en torno al asunto de las imágenes. Diferentes emperadores bizantinos se declararon sucesivamente a favor o en contra del uso de imágenes. Como los hermanos rechazaban abiertamente el uso y la veneración de éstas, su situación también fluctuaba de acuerdo con la posición que tomaba el emperador de turno. Bajo el reinado de León III (660-740 d. de C.), quien publicó un edicto imperial en contra de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

las imágenes, fueron protegidos por el emperador, y se les permitió ejercer su fe sin persecuciones. Incluso, algunos de ellos fueron trasladados por el mismo hijo del emperador hasta los Balcanes, donde iniciaron una extensa y fructífera obra.

No obstante, esta política fue variando con los siguientes emperadores. A la muerte de Teófilo (842 d. de C.), quien se oponía a las imágenes, subió al trono la emperatriz Teodora, ardiente defensora de éstas, quien inició la más terrible y sangrienta de todas las persecuciones contra los paulicianos. Bajo sus órdenes fueron decapitados, ahogados y quemados millares de hombres, mujeres y niños. Se calcula que durante ese tiempo (842-867 d. de C.) cerca de 100.000 hermanos perdieron la vida.

Las terribles persecuciones y tormentos que debieron soportar inclinaron, infelizmente, a algunos hermanos a tomar las armas y unirse a los musulmanes para luchar contra el imperio que cruelmente los perseguía. Este hecho marcó el comienzo de la decadencia espiritual entre ellos. Pues toda vez que, en la historia, los creyentes han tomado la espada para defenderse, han cosechado ruina y destrucción. La advertencia del Señor a Pedro es determinante: «Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada también perecerán».

A pesar de todo, debe consignarse la fidelidad de estos hermanos, conocidos como paulicianos, quienes por cerca de 300 años mantuvieron en alto el estandarte de la fe y la pureza evangélica, en medio de las más crueles difamaciones y persecuciones. Resistieron valiente y pacíficamente todos los esfuerzos que, a lo largo de esos años, se hicieron para destruirlos. Y aunque en siglos posteriores, cuando su condición espiritual había declinado, algunos tomaron el camino de la lucha armada contra el imperio, muchos de ellos continuaron fieles y se esparcieron hacia el oeste, llevando consigo su mensaje de simplicidad y pureza evangélica, como fieles seguidores de Cristo. Allí, en occidente, los volveremos a encontrar con el nombre de Bogomiles, o amigos de Dios, dispuestos a escribir un nuevo capítulo de heroísmo y fe.

La llave de la verdad

Una última palabra debe ser dicha acerca del único libro importante que sobrevivió a los paulicianos, llamado «La Llave de la Verdad». Fue descubierto a fines del siglo 19. Se trata de una serie de consejos, escritos a las iglesias por un autor desconocido.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Aunque sus enseñanzas no deben ser tomadas como un credo dogmático, son, en general, una clara exposición de su fe y práctica. En ellas hay un inconfundible sabor evangélico. Rechaza el bautismo de niños y declara que éstos deben ser criados por sus padres en la fe y la piedad según el consejo de los ancianos de la iglesia. Esto debe ser acompañado por oraciones y la lectura de la Escritura.

También, al hablar sobre la ordenación de ancianos, declara que éstos deben ser de perfecta sabiduría, amor, prudencia, gentileza, humildad, coraje y elocuencia. Se les debía preguntar si estaban dispuestos a beber del vaso del Señor y ser bautizados con su bautismo, y su respuesta debía ser una clara demostración de los peligros que estos hombres debían enfrentar por causa del Señor y su rebaño: «Tomo sobre mí los azotes, prisiones, torturas, oprobios, cruces, golpes y tribulaciones, y toda tentación del mundo, que nuestro Señor e Intercesor de la iglesia apostólica y universal tomó sobre sí mismo, aceptándolos con amor. También yo, un indigno siervo de Jesucristo, con gran amor y pronta voluntad, tomo sobre mí todo esto, hasta la hora de mi muerte».

Estas palabras demuestran el valiente espíritu de fe con que estos hombres y mujeres se entregaban al Señor Jesucristo, conscientes de que podían sellar su testimonio con la corona del martirio, tal como en verdad ocurrió con cientos de miles de ellos.

Este libro despeja también cualquier duda sobre su supuesto gnosticismo o maniqueísmo. Ninguna traza de estas herejías aparece en él. Quizá el único pasaje controversial es el que describe el bautismo del Señor, donde se dice que en ese acto, a los 30 años de edad, «nuestro Señor recibió el señorío, el sumo sacerdocio, y el reino... y fue lleno de la divinidad». Estas afirmaciones no parecen negar la divinidad del Señor antes de su bautismo², sino más bien enfatizar que a partir de entonces, comenzó a manifestar esos atributos divinos, que hasta entonces permanecieron escondidos. Por lo demás, el pasaje no afirma nada más al respecto, ya que su intención no es teológica sino práctica. Su propósito parece ser la fundamentación del bautismo en personas conscientes de sus actos, en oposición al bautismo de niños.

Los así llamados paulicianos representaban una fe más práctica que especulativa, más bíblica que dogmática, que se desarrolló por fuera de las definiciones y controversias dogmáticas de la cristiandad organizada de su tiempo. Por ello, su

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

testimonio nos habla más bien de un cristianismo más antiguo y original que buscó mantenerse ardientemente fiel a las enseñanzas apostólicas sobre Cristo y su iglesia, contra todo y a pesar de todo, hasta teñirse por completo con la sangre de sus mártires.

Los bogomiles o Amigos de Dios

Durante las severas y sistemáticas persecuciones que los paulicianos sufrieron a manos del Imperio Bizantino, varios grupos, como se señaló en nuestro artículo anterior, se trasladaron hacia el occidente y fijaron su residencia en los Balcanes. Las semillas de aquellos sufridos mártires germinaron nuevamente en territorio europeo, donde fueron conocidos con el nombre de bogomiles o tomraks, que en idioma eslavo quiere decir ‘Amigos de Dios’.

La primera gran migración se produjo bajo los auspicios del emperador Constantino V, enemigo de las imágenes, quien trasladó a algunos de ellos hasta Tracia. Después, a mediados del siglo X, otro emperador, Juan Zimisce, quien liberó a Bulgaria del dominio ruso, condujo una segunda gran migración de hermanos hacia los recién anexados territorios. Allí estos nuevos inmigrantes de Asia Menor se expandieron rápidamente y fundaron numerosas iglesias en las que buscaban ceñirse a la fe bíblica y las prácticas sencillas del Nuevo Testamento. Y en occidente, entraron en contacto con otros hermanos de similares características, tales como cátaros, valdenses y albigenses.

«Peores que demonios»

Las iglesias que los bogomiles fundaron en Europa central fueron objeto de acerba persecución tanto del imperio Bizantino como de la Cristiandad Occidental. Las comunes acusaciones de herejía (el ya consabido maniqueísmo), malignidad y depravación moral no se hicieron esperar. Un escritor del siglo X, llamado Eutimio, dice lo siguiente: «Ellos (los bogomiles) invitan a aquellos que escuchan sus doctrinas a guardar los mandamientos del evangelio, a ser mansos y humildes, y a mostrar amor fraternal. Así, seducen a los hombres enseñándoles cosas buenas y doctrinas útiles, pero los envenenan gradualmente y los arrastran a la perdición». Cosmas, un presbítero de la iglesia organizada búlgara, dice así: «Más horribles y peores que

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

demonios... Ustedes pueden encontrar herejes callados y pacíficos como corderos.. pálidos por sus ayunos hipócritas, que no hablan, ni ríen demasiado». Y, otra vez «cuando los hombres ven su conducta modesta, piensan que sus creencias han de ser verdaderas. Se les aproximan, en consecuencia, y les consultan sobre la salvación de sus almas. Pero ellos, semejantes a lobos que engullen a un cordero de un bocado, inclinan su cabeza, suspiran, y responden llenos de humildad, y se colocan a sí mismos en la posición de conocer lo que ha sido ordenado desde los cielos».

Estas acusaciones de sus perseguidores y otras semejantes, nos recuerdan las palabras de el Señor: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros mintiendo» (Mt. 5:12). Tampoco los bogomiles escaparon a la suerte de los hermanos que levantaron el testimonio antes que ellos. El descrédito, la difamación y el martirio por causa de Jesucristo los siguió por dondequiera que fueron.

Una opinión más ponderada

Sin embargo, otras voces, más objetivas y sobrias se levantaron para hablar de ellos. Gregorio de Narek, uno de los así llamados «padres de la iglesia», dice que no se les podía acusar de vidas inmorales, sino más bien de libertad de pensamiento y desconocimiento de la autoridad: «A partir de una consideración negativa acerca de la iglesia, esta secta ha tomado una línea positiva y ha comenzado a investigar el fundamento mismo, la Santa Escritura, buscando allí enseñanzas puras y sana dirección para la vida moral».

De este modo, aun con las voces de sus detractores, nos llega el eco de su vida y testimonio evangélico, en medio de una cristiandad hostil y apóstata. Era precisamente ese testimonio superior de vida y conducta, que sus enemigos caracterizaban de «hipócrita», lo que atraía a tantas personas a sus sencillas iglesias, pues veían y encontraban en ellos una espiritualidad mucho más genuina.

Al igual que sus antecesores, los paulicianos, estos hermanos se reunían en sencillas asambleas presididas por ancianos de carácter probado, rechazaban el culto a las imágenes y a María, y la doctrina de la transubstanciación en la cena del Señor. Tampoco reconocían la autoridad de la Iglesia Oficial.

Prosperidad en Bosnia

La persecución del imperio Bizantino llevó a muchos hermanos más hacia el oeste todavía, hasta Serbia. Y desde allí, perseguidos por la cristiandad oficial, hasta Bosnia. Fue en esa tierra donde tuvo lugar su desarrollo más importante. El rey de Bosnia, Kulin, se convirtió a la fe de los hermanos junto con toda su familia. En ese entonces su número se multiplicó hasta cerca de 10 mil personas. Miloslav, príncipe de Herzegovina hizo lo mismo, y también el obispo de la ciudad. El país entero se apartó de la iglesia oficial, y experimentó un tiempo de prosperidad nunca visto hasta entonces, debido a la laboriosidad ejemplar de los hermanos. Dicha prosperidad llegó a ser proverbial. Por todas partes las iglesias eran dirigidas por ancianos. Las reuniones se realizaban por las casas, y los lugares regulares de reunión eran sencillos; sin adornos u ornamentos, sólo una mesa donde se ponía el pan y la copa para conmemorar la cena del Señor. También separaban una parte de sus ingresos para ayudar a los enfermos y apoyar a los hermanos que viajaban predicando el evangelio.

La hora de la prueba

Sin embargo, la reacción no se hizo esperar. La Cristiandad oficial amenazó al rey de Bosnia y sus principales gobernantes con la guerra. Estos, atemorizados, se sometieron al Papa, abjuraron de su fe y prometieron traer al pueblo bajo el dominio de la iglesia oficial. Sin embargo, el pueblo rehusó aceptar la decisión de su rey, pues habían aprendido a obedecer a Dios antes que a los hombres. Por otra parte, el país se había convertido en una ciudad de refugio para hermanos perseguidos de otras latitudes. Hasta allí llegaban los albigenses del sur de Francia, que escapan al horror de la cruzada de exterminio emprendida en su contra. También valdenses perseguidos del norte de Italia, y otros de Bohemia y Alemania.

Entonces, el Papa, al ver que el Rey bosnio era incapaz de someter a sus súbditos bajo la iglesia oficial, y que el número de los herejes crecía en forma alarmante en los Balcanes, encargó al rey de Hungría una cruzada para exterminar la herejía, tal como lo había hecho unos años antes en el sur de Francia.

La guerra entre Bosnia y Hungría duró muchísimos años, con suerte cambiante. El

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

país entero fue devastado, aunque las asambleas de hermanos continuaron existiendo por, al menos, dos siglos más. Entre tanto, un nuevo terror se sumó a la guerra: la Inquisición, que, fundada en 1291 en el Concilio de Toluse, contaba con amplios poderes para perseguir, torturar y quemar «herejes». Así, la persecución continuó por al menos todo el siglo XIV y el XV. Finalmente el país, cansado de tanta guerra, casi sin oponer resistencia, abandonó a su rey para rendirse al dominio turco en el año 1463. Y, de este modo, con la llegada del Islam, la historia de los valientes «amigos de Dios» pareció llegar a su fin en las tierras balcánicas. En Bulgaria, en tanto, algunos bogomiles, cansados de las persecuciones de la Cristiandad Oriental, se pasaron a la Cristiandad Occidental, aunque conservaron algunos recuerdos de su pasado y sus prácticas, especialmente en lo concerniente a reunirse para comer todos juntos.

Prácticamente nada quedó de la literatura y los escritos de los hermanos. Todo fue barrido por la furia de la persecución y la guerra. No obstante, se sabe que sus prácticas distaban mucho de ser uniformes, pues no adherían a un credo dogmático común o a un gobierno centralizado, sino más bien a una fe sencilla y bíblica. Sin embargo, es evidente que se esforzaron por vivir una vida conforme a la enseñanza de la Escritura y rechazaron como extrañas todas las prácticas paganas introducidas por la iglesia oficial. Al mismo tiempo, fueron conscientes de la existencia de muchos hermanos que, en diversas latitudes, habían escogido el mismo camino que ellos. De este modo, crearon una poderosa corriente de influencia espiritual al servir de puente entre las antiguas iglesias apostólicas de Asia Menor, y las iglesias de hermanos en Francia (cátaros y albigenses), Italia (valdenses) y Bohemia (hussitas).

Su testimonio, sellado tantas veces con la sangre del martirio, en una resistencia heroica que se prolongó por siglos, fue la semilla y el ejemplo que más adelante inspiraría a otros hermanos a tomar el estandarte del testimonio allí donde ellos lo habían dejado, para dejar tras sí tan sólo el rastro de un recuerdo, un aroma, casi un murmullo de su paso por la historia, pero, con todo, inextinguible: el testimonio de su amor por Cristo.

Los cátaros y albigenses

Testigos en la hora más oscura de la fe

Historia y ficción

Quizá ningún grupo de creyentes haya sido objeto de tanta especulación como los albigenses o cátaros. En la actualidad, con el resurgimiento del esoterismo, se han escrito numerosos libros y novelas donde se pretende ‘rescatar’ el verdadero legado de los cátaros y sus enseñanzas. Y, siguiendo las muy dudosas declaraciones de sus perseguidores e inquisidores, se les asocia en forma extemporánea con los gnósticos de principios de la era cristiana (Siglos II y III). Existen, inclusive, documentos donde los inquisidores ponen en boca de los cátaros confesiones de tipo gnóstico copiadas letra por letra del libro «Contra Herejías», escrito por Ireneo de Lyon a fines del siglo II, sin molestarse en cambiar o adaptar sus párrafos.

Por esta razón, ante la evidente falta de objetividad y la innegable parcialidad de los documentos que sobrevivieron a los cátaros, muchos historiadores seculares se abstienen de promulgar cualquier juicio histórico y prefieren mantener silencio. Otros, sin embargo, especulan sin apoyo histórico, y crean las más fantásticas teorías sobre su origen y creencias.

Sin embargo, cuando estudiamos en paralelo la historia de bogomiles, cátaros y valdenses, descubrimos que, de hecho, existía una fluida y constante comunión entre estos grupos, lo cual no podría haber ocurrido si algunos de ellos hubieran sido gnósticos o maniqueos. De los valdenses se han preservado numerosos documentos que prueban, fuera de toda duda, el carácter evangélico y escritural de sus creencias. Y es un hecho que, para los inquisidores de su época, los valdenses, cátaros y

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

albigenses, eran una misma cosa. Distintos nombres dados a idénticos hermanos, dependiendo del lugar y la ocasión, pues, debe recordarse que ellos rehusaban tomar nombre alguno sobre sí, a excepción de «cristianos» o «hermanos». Por cierto, es posible identificar la persistencia de algunas herejías gnósticas, diseminadas aquí y allá en algunas sectas medievales, las que, sin embargo, no pueden ser asociadas sin más a los cátaros y albigenses. Además, se debe recordar que en el período apostólico y post-apostólico muchas herejías gnósticas se desarrollaron al alero de las iglesias de Cristo, tal como el mismo apóstol Juan advirtió en su Primera Carta.

La causa de la herejía

La presencia del error y el engaño nunca está muy lejos de cualquier desarrollo verdaderamente espiritual. Esto no nos debe asombrar. Las iglesias de Cristo, al colocarse bajo la autoridad de la Escritura y el Espíritu Santo, evitando cualquier uniformidad y organización exterior, dependen exclusivamente del Señor para su éxito y continuidad. No existe entre ellas ningún credo exterior, rígido y uniforme, vigilado y defendido por alguna institución humana. Pues su persistencia delante de Dios no puede depender de su adhesión a una ortodoxia fría y muerta, sino del contacto vivo con su Cabeza, que es Cristo. Sólo ese contacto puede librarlas del error y la deformación.

Las herejías gnósticas surgieron en estrecho contacto con la fe bíblica, pues forman parte de la estrategia de Satanás para confundir y apartar a la iglesia de Cristo, su cabeza. De hecho, en Colosas ya habían aparecido los primeros brotes, aún en los días del apóstol Pablo. Y lo mismo se puede constatar en las cartas a las siete iglesias del Apocalipsis. Sin embargo, la respuesta de Pablo y Juan no fue ni remotamente un llamado a la persecución, la difamación y la tortura de los herejes, como ocurriría más tarde con la cristiandad organizada, sino una exposición más plena y profunda de Cristo, la Verdad, con claridad y autoridad espiritual. Sólo esto es suficiente para desbaratar los planes del diablo y salvar a los hermanos de la confusión y el error. Y, por supuesto, nada más lo es.

Por ello, a lo largo de la historia de los hermanos olvidados, encontraremos siempre, lado a lado con la fe bíblica, siempre distinguibles, algunas creencias heréticas y distorsionadas. Este hecho, unido a la ilimitada ambición de la cristiandad organizada

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

por ser considerada la única y verdadera «iglesia de Cristo», que la llevó a perseguir infatigablemente a los cristianos disidentes que no reconocían su autoridad ‘oficial’, deformando y destruyendo el registro casi completo de su paso por la historia, ha tenido éxito en hacer de muchos de aquellos valientes hermanos, «herejes», aún a los ojos de otros sinceros hermanos que vinieron después. Esta es la trágica historia de aquellos mártires que valientemente levantaron el estandarte de Cristo en la hora más oscura de la fe.

Indagando en los orígenes

El origen de los cátaros y albigenses permanece aún en el misterio. Lo más probable es que fueran fruto de la conjunción de varios factores. En primer lugar, existían diseminados por Europa occidental pequeños grupos de creyentes que se apartaron de la cristiandad organizada en el tiempo de Constantino, entre los cuales los más conocidos fueron los novacianos, quienes también fueron conocidos con el nombre de cátaros o ‘puros’ (gr. cataroi). Por otro lado, durante la temprana Edad Media, la corrupción generalizada de una gran parte de la cristiandad llevó a hermanos sinceros a apartarse de sus males y abusos. Entre esos hermanos se destacaron hombres de gran celo espiritual, quienes denunciaron abiertamente los males de la cristiandad y ganaron un considerable número de seguidores para una fe más bíblica y sencilla, entre los cuales se destacan Pedro de Bruys y Enrique de Cluny. Además, existió una continua corriente migratoria de hermanos que eran perseguidos en oriente (paulicianos y bogomiles), quienes, al llegar a occidente entraron en contacto con las iglesias de cátaros, albigenses y valdenses.

Todos estos factores ayudan a explicar el surgimiento de una poderosa corriente espiritual durante la Alta Edad Media (Siglos X al XV), conformada por numerosos grupos de creyentes que se apartaron decididamente del cristianismo oficial de su tiempo. Fueron conocidos por muchos nombres: cátaros, albigenses, valdenses, petrobrusianos, patarinos, etc. Y, aunque existía entre todos ellos una estrecha comunión e interrelación, el nombre de cátaros y albigenses se aplicó más bien a los grupos de hermanos que florecieron al sur de Francia y norte de España. El nombre valdenses se aplicó en especial a aquellos hermanos que se desarrollaron en los valles del norte de Italia y Suiza, y de ellos quisiéramos ocuparnos en un artículo posterior.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

El nombre ‘cátaro’, aplicado a los hermanos, parece derivar de la costumbre de sus predicadores itinerantes de vender todas sus propiedades y hacerse así «perfectos» para seguir al Señor y predicar el evangelio, tomando literalmente el consejo del Señor (Mateo 19:21). No obstante, esta no era una costumbre generalizada entre los hermanos, pues la mayoría de ellos permanecía en sus trabajos, oficios y familias. Por otro lado, el término ‘albigense’ apareció recién a mediados del siglo XII, en la ciudad francesa de Albi, donde un grupo de hermanos fueron quemados en la hoguera bajo el cargo de herejía maniquea (aunque esta no pudo ser probada). A partir de entonces, se hizo costumbre asociar a los hermanos del sur de Francia con la ‘herejía de Albi’, y de allí el nombre, ‘albigenses’.

En este artículo nos vamos a enfocar especialmente en aquellos hermanos que fueron conocidos como cátaros y albigenses. Entre la gente común fueron llamados normalmente ‘los Hombres Buenos’, en reconocimiento a su carácter santo y espiritual, que contrastaba notablemente con el clero de la cristiandad de su época.

Líderes inspirados

Ya hemos mencionado que entre los factores que explican el surgimiento de estas compañías de hermanos está el ministerio de algunos notables líderes espirituales, como Pedro de Bruys y Enrique de Cluny.

El primero, Pedro de Bruys, viajó infatigablemente por más de veinte años, recorriendo diversas provincias de Francia: el Delfinado, Provenza, Languedoc y Gasconia. Multitudes de personas asistían a sus predicaciones en las que denunciaba abiertamente el uso de imágenes, especialmente de la cruz, la veneración de María, los sacramentos, y el bautismo de niños, como costumbres contrarias a la Escritura. Para escucharlo, la gente dejaba los servicios religiosos y se reunía en cualquier punto donde él estuviese. Como no reconocía tampoco la autoridad de la Iglesia organizada, fue perseguido y finalmente arrestado en 1116 d. de C. Fue quemado públicamente en la plaza de Saint Gilles ese mismo año. No obstante, sus seguidores continuaron con su obra y con el tiempo se unieron al resto de los hermanos perseguidos.

Enrique de Cluny continuó con la obra de Pedro de Bruys, de quien fue discípulo. Este era monje y diácono del famoso monasterio de Cluny. Poseía una gran capacidad de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

oratoria y un aspecto físico imponente. Pero era, además, un hombre extraordinariamente devoto y encendido de celo espiritual. Sus predicaciones atraían a millares, y producían cientos de conversiones, entre ellas, las de algunos reconocidos pecadores, quienes cambiaban radicalmente sus vidas. El avivamiento que él ayudó a encender se extendió rápidamente por todo el sur y el mediodía de Francia. Los líderes de la iglesia organizada se encontraban amilanados y hasta aterrados ante el poder de su predicación, y no se atrevían a hacer nada en su contra. Fue tan grande su impacto en esas regiones que gran parte de los templos y monasterios quedaron abandonados.

Finalmente, Bernardo de Clarvaux, el hombre más poderoso de Europa, fue llamado a detenerlo. Este era un hombre de carácter santo y místico, cuyos himnos en honor a Cristo se recuerdan hasta hoy. Sin embargo, en este asunto actuó con todo el celo de la cristiandad oficial, pues consideraba a Enrique el peor de los herejes, un demonio salido del mismo infierno. Y con respecto a los hermanos, quienes se negaban a reconocer su identidad con hombre alguno, inclusive con Enrique de Cluny o Pedro de Bruys, se quejaba: «Inquirid de ellos el nombre del autor de su secta y no la asignarán a nadie. ¿Qué herejía hay, que, entre los hombres no tiene su propio heresiarca?... ¿Pero, por qué apellido o por cuál título enrolan ellos a estos herejes? Porque su herejía no se ha derivado del hombre, ni tampoco de un hombre la han recibido». Su conclusión fue que, por consiguiente, habían recibido sus enseñanzas ¡de los demonios!

Enrique se vio forzado a huir de Bernardo, y continuó con su infatigable labor, hasta que fue finalmente apresado y condenado a un destino desconocido, tal vez ser emparedado vivo, o la pena de muerte, en Tolouse. Los hermanos, no obstante, continuaron adelante con su valiente testimonio y pasaron a formar parte de aquellos grupos de hermanos perseguidos, conocidos por sus enemigos como cátaros y albigenses.

La cruzada contra los albigenses

El importante despertar espiritual de aquellos años entre los hermanos, tuvo su epicentro en la región conocida como el Mediodía de Francia, especialmente en el Languedoc. Allí multitudes de hombres y mujeres de toda clase y condición,

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

incluyendo nobles y obispos del clero, se sumaron a las filas de los hermanos, y sus congregaciones crecieron en un número alarmante a los ojos de la jerarquía de la cristiandad. En 1167 se realizó una conferencia de maestros que congregó a hermanos de todas partes de Europa, inclusive de Constantinopla. Allí estaban los paulicianos, cátaros, albigenses, valdenses, bogomiles, reunidos simplemente como hermanos, sin aceptar ninguno de los apellidos que sus detractores les colocaban. Se dieron informes del avance de la obra en lugares tan distantes como Rumania, Bulgaria y Dalmacia. Y este hecho nos ayuda a visualizar la amplitud y alcance del despertar espiritual que ellos protagonizaron en aquellos años.

Finalmente, el Papa Inocencio III decidió acabar por completo con los 'herejes', tras fracasar en sus tentativas de convencer, mediante sus legados, a los albigenses, pues éstos se negaron a reconocer otra autoridad que la de las Escrituras, y a la cristiandad organizada como la «verdadera novia de Cristo». Intentó, entonces, convencer al conde de Provenza y a los demás gobernadores de las provincias del sur de Francia para que lo apoyaran en sus intentos de aniquilación de los «herejes». Sin embargo, frente al rechazo de sus pretensiones, convocó una cruzada de exterminio contra los albigenses y las provincias del Mediodía francés. En esa región, debido a la influencia de los hermanos, se había desarrollado la civilización más rica y próspera de Europa.

Cientos de miles se unieron a la cruzada convocada por el Papa, atraídos por las riquezas que quedarían a merced del pillaje y la devastación. Liderada por el terrible Simón de Monfort, la cruzada contra los albigenses devastó el sur de Francia hasta reducirlo a la más completa desolación. Uno tras otro, los pacíficos pueblos del sur fueron tomados y todos sus habitantes pasados a filo de espada. En La Minerva, Monfort encontró 140 hermanos, quienes se negaron a abjurar de su fe, por lo que fueron entregados a las llamas de una gran hoguera que él mismo preparó en el centro del pueblo. En Beziers, viendo rodeada la ciudad y comprendiendo que toda resistencia sería inútil, el conde Rogelio, junto con el obispo, salió a pedir clemencia para mujeres y niños y aún para aquellos que no eran 'herejes', pues no todos en ella eran albigenses. La respuesta de Simón de Monfort fue: «Matad a todos. Dios reconocerá a los suyos».

La sangrienta cruzada se extendió por cerca de veinte años, hasta devastar totalmente el país. En 1211 cayó Albi y en 1221, Tolouse y Aviñón. Sus habitantes

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

corrieron la misma suerte de todos los demás, y fueron pasados a filo de espada. Cientos de miles de hermanos murieron, ya en la guerra o quemados en la hoguera. Sin embargo, los pocos que lograron sobrevivir, huyeron a diferentes países llevando consigo su fe y testimonio. No obstante, la cristiandad oficial no cejó en su esfuerzo por destruir 'la herejía albigense'. En el Concilio de Tolouse, en 1229 se creó la Inquisición, con el fin de continuar la persecución en cada rincón de Europa. Y la Inquisición completó la obra inconclusa de la cruzada contra las provincias del Mediodía francés. De este modo, la civilización de Provenza se extinguió por completo.

A pesar de todo, la fe de los hermanos no murió. A dondequiera que fueron, volvieron a levantar el testimonio de Jesucristo. Por toda Europa, numerosos hermanos salían de la cristiandad organizada, y aquí y allá volvían a aparecer, para luego ocultarse, durante los terribles siglos en que la Inquisición ejerció su imperio. Hasta que por fin, con el advenimiento de la Reforma, salieron nuevamente a la luz, cuando se contaban por cientos de miles, dispuestos a escribir un nuevo capítulo de su heroica historia, ya sea uniéndose a la misma Reforma, o tomando parte de la reforma más radical, con el nombre de anabaptistas.

Los valdenses: el Israel de los Alpes

Durante toda la Edad Media, numerosos grupos de hermanos se separaron de la Cristiandad oficial para buscar una forma de cristianismo más puro y apegado a la simplicidad evangélica. Ya hemos visto el alto precio que debieron pagar muchos de ellos por causa de su fidelidad a la Palabra de Dios. El camino de la fe fue regado con la sangre de su martirio.

En Europa occidental, cátaros y albigenses prosperaban, especialmente en Francia y España. Y en los valles alpinos del norte de Italia y el sur de Suiza, prosperaron por largos siglos un grupo de hermanos de características singularmente especiales a quienes la historia designó con el nombre de Valdenses.

Sus orígenes

Aunque estrechamente emparentados con los albigenses, su origen parece remontarse a una época anterior. La antigüedad de los valdenses está atestiguada por varias fuentes, tanto internas como externas al movimiento, y también por algunas características muy particulares de su fe y prácticas. El inquisidor Rainero, quien murió en 1259, escribió: «Entre todas estas sectas... la de los leonistas (léase valdenses).. ha sido la que por más ha tiempo ha existido, porque algunos dicen que ha durado desde los tiempos de Silvestre (Papa en 314-335 DC), otros, desde el tiempo de los apóstoles».

Marco Aurelio Rorenco, prior de San Roch en Turín, en su recuento e historia de los mismos, escribió que los valdenses son tan antiguos que no se puede precisar el tiempo de origen. Además, los mismos valdenses se consideraban muy antiguos y hacían descender su fe de los tiempos apostólicos.

Otra evidencia a favor de su antigüedad es su relativa falta de antagonismo hacia la

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

cristiandad oficial, a diferencia de otros grupos (albigenses incluidos) que se escindieron de ella como una reacción contra sus errores. Los valdenses se caracterizaban por una actitud más tolerante, pues estaban dispuestos a reconocer que había muchos hombres que caminaron y aún caminaban con Dios allí. Por ello, más adelante y cuando entraron en negociaciones con los Reformadores, se mostraron dispuestos a reconocer lo que había de bueno dentro de la iglesia organizada, lo cual estos últimos rechazaban de plano.

El reformador suizo Guillermo Farell se lamentaba, por ejemplo, de la falta de rigor y concordancia con las doctrinas protestantes más duras y anticatólicas, entre los valdenses con quienes entró en contacto. En una de sus cartas se queja de esta «característica» que él atribuía a la declinación espiritual del movimiento, sin percibir la larga historia espiritual que existía tras ella.

En verdad, aunque resulta imposible precisar sus inicios, es probable que fuesen en su núcleo esencial un remanente que se apartó de la cristiandad oficial rechazando la unión de la iglesia y el estado, después de la ascensión de Constantino en 311 DC (por ej, los novacianos). Algunos de ellos pudieron haber emigrado hacia los valles remotos y aislados valles alpinos, donde conservaron intactas por muchos siglos su fe y pureza evangélicas, ajenos a todas las controversias y luchas posteriores. Aunque más adelante tuvieron estrecha comunión con otros grupos de hermanos perseguidos.

De hecho, los numerosos hermanos perseguidos, conocidos por los diferentes nombres que les dieran sus perseguidores, llegaron, con el tiempo, a constituir un testimonio unido y de vasto alcance, fuera de la cristiandad organizada. Gracias a que los escritos de los valdenses lograron perdurar a pesar de la persecución.

Y hoy podemos saber que aquellos grupos de hermanos, unidos por estrechos lazos de comunión, no eran en absoluto herejes gnósticos o maniqueos, tal como pretendían quienes les perseguían y mataban, sino verdaderos creyentes ortodoxos en su fe y bíblicos en sus prácticas. Así el Papa Gregorio IX declaraba: «Nosotros excomulgamos y anatemizamos a todos los herejes, cátaros, patarinos, Hombres Pobres de Lyon (valdenses), arnaldistas... y otros, cualquiera sea el nombre por el cual son conocidos, ya que tienen de hecho diferentes rostros, pero están unidos por sus rabos y se

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

reúnen en el mismo punto, llevados por su vanidad».

También el inquisidor David de Augsburgo reconocía el hecho de que en principio las sectas, que resistían juntas en la presencia de sus enemigos, «eran una sola secta».

Pedro de Valdo

Uno de los hombres más conocidos y destacados entre ellos fue Pedro de Valdo, un exitoso comerciante y banquero de Lyon que, tras una atenta lectura de la Biblia fue impactado profundamente por las palabras del Señor en Mateo 19:21, «Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres y tendrás tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme». En consecuencia, en 1173 dio una buena cantidad de su fortuna a su esposa, repartió el resto a los pobres y se entregó a una vida itinerante de predicación. Otros compañeros se le unieron y viajaron junto a él predicando del mismo modo. Fueron llamados ‘Los Hombres Pobres de Lyon’. En 1179 pidieron al Papa Alejandro III una licencia especial para continuar con sus labores, pero esta les fue negada. Más adelante fueron incluso excomulgados.

Pedro de Valdo entró en íntima relación con los valdenses de los valles alpinos, y, quizá por esa razón, muchos historiadores lo han considerado erróneamente su fundador, tras observar la aparente coincidencia entre su apellido ‘Valdo’ y el nombre ‘valdenses’. Pero este supuesto viene más bien de la costumbre de querer ver un fundador o líder en el origen de todo movimiento espiritual. De hecho, el nombre ‘valdenses’ parece derivarse más bien del francés ‘Vallois’ (gente de los valles), que aparece en muchos manuscritos anteriores a Pedro de Valdo.

Sin embargo, De Valdo llegó a ser considerado como uno de sus apóstoles por los mismos valdenses, a quienes ayudó a salir del relativo aislamiento en que se encontraban para darles un notable empuje misionero. Realizó numerosos viajes y esparció la fe en muchos países. Así, diversas congregaciones de hermanos florecieron por toda Europa occidental, y se convirtieron en refugio de otros hermanos perseguidos, tales como albigenses y cátaros.

Pedro de Valdo murió probablemente en Bohemia el año 1217, donde trabajó arduamente para sembrar la semilla del Evangelio, que florecería más tarde entre

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

los Hermanos Unidos y Juan Huss.

Fe y prácticas

Los valdenses reconocían en la Escritura la única autoridad final y definitiva para su fe y prácticas. Creían en la justificación por la fe y rechazaban la obras meritorias como fuente de salvación. En 1212 un grupo de 500 valdenses de varias nacionalidades fue arrestado en Estraburgo y quemado en la hoguera por la Inquisición. Entonces, uno de sus pastores declaró poco antes de morir: «Nosotros somos pecadores, pero no es nuestra fe la que nos hace tales; tampoco somos culpables de la blasfemia por la cual somos acusados sin razón; pero esperamos el perdón de nuestros pecados, y esto sin la ayuda del hombre, y tampoco a través de los méritos o de nuestras obras».

Aparte de la Escritura no sostenían ningún credo o confesión de fe particular. A pesar de ello, lograron conservar casi intactas su fe y sus prácticas a lo largo de varios siglos; lo cual prueba de paso que el mejor remedio contra la herejía y el error es la espiritualidad apoyada en una profunda fidelidad y apego a la Escritura.

Tenían, en particular, el más alto aprecio por las palabras y obras del Señor Jesucristo en los Evangelios. Su meta principal era seguir a Cristo, guardando sus palabras e imitando su ejemplo. No daban mucha importancia al conocimiento meramente teológico y mental de la verdad, pues insistían en que ésta solo podía ser entendida por medio de la luz que el Espíritu Santo concede al corazón de aquellos que obedecen las palabras de Dios. Por lo mismo, colocaban en un lugar central de su vida las enseñanzas del Sermón del Monte, y las consideraban como una regla de vida para todos los hijos de Dios.

Además, rechazaban las disputas doctrinales como infructíferas, y aceptaban las enseñanzas de los hombres de Dios de toda época y lugar, si se conformaban a la Escritura. Su mayor interés estaba en una espiritualidad real y práctica.

El inquisidor Passau dice acerca de ellos: «Uno puede conocerlos por sus costumbres y sus conversaciones. Ordenados y moderados evitan el orgullo en el vestido, que son de telas ni viles ni lujosas. No se meten en negocios, a fin de no verse expuestos a

mentir, a jurar ni engañar. Como obreros viven del trabajo de sus manos. Sus mismos maestros son tejedores o zapateros. No acumulan riquezas y se contentan con lo necesario. Son castos, sobre todo los lioneses, y moderados en sus comidas. No frecuentan las tabernas ni los bailes, porque no aman esa clase de frivolidades. Procuran no enojarse. Siempre trabajan y, sin embargo, hallan tiempo para estudiar y enseñar. Se les conoce también por sus conversaciones que son a la vez sabias y discretas; huyen de la maledicencia y se abstienen de dichos ociosos y burlones, así como de la mentira. No juran y ni siquiera dicen ‘es verdad’, o ‘ciertamente’, porque para ellos eso equivale a jurar».

En cuanto al orden de la iglesia, no tenían ninguna clase de organización centralizada, ni jerarquía superior. Sus asambleas eran dirigidas por ancianos o presbíteros a quienes llamaban ‘Barbas’. Celebraban juntos la Cena del Señor, sin excluir a ningún creyente de ella.

También reconocían la existencia de un ministerio apostólico extra local e itinerante. Los apóstoles valdenses viajaban continuamente entre las iglesias para enseñar, alentar y ganar nuevos convertidos. No poseían bienes económicos ni familias, ya que sus vidas estaban en continuo peligro y aflicción. Sus necesidades eran suplidas por los hermanos, quienes los tenían en la mayor estima y reconocimiento. Viajaban de dos en dos, siempre uno mayor con uno más joven como aprendiz. Muchos tenían conocimientos de medicina para ayudar a los necesitados. También había entre ellos hombres altamente educados y eruditos. A menudo la gente los llamaba ‘Amigos de Dios’ debido a su profunda espiritualidad y sencillez. Pedro de Valdo, como hemos visto, fue uno de ellos.

Persecuciones y martirios

A pesar de su relativamente tranquilo aislamiento, las constantes actividades misioneras de sus apóstoles les atrajeron finalmente la atención y el odio de la cristiandad organizada. Los numerosos santos perseguidos en otras latitudes encontraban refugio en sus asambleas, que se habían esparcido por varios países de Europa. Este hecho muy pronto atrajo sobre ellos la mirada implacable de los inquisidores.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

En 1192, alarmado por el creciente número de valdenses en España, el Rey Alfonso de Aragón emitió un decreto contra ellos en los siguientes términos: «Ordenamos a todo valdense que, en vista de que están excomulgados de la santa iglesia, enemigos declarados de este reino, tienen que abandonarlo, e igualmente a los demás estados de nuestros dominios. En virtud de esta orden, cualquiera que desde hoy se permita recibir en su casa a los susodichos valdenses, asistir a sus perniciosos discursos, proporcionarles alimentos, atraerá por esto la indignación de Dios todopoderoso y la nuestra; sus bienes serán confiscados sin apelación, y será castigado como culpable del delito de lesa majestad... Además cualquier noble o plebeyo que encuentre dentro de nuestros estados a uno de estos miserables, sepa que si los ultraja, los maltrata y los persigue, no hará con esto nada que no nos sea agradable». Muchos hermanos sufrieron el martirio durante la persecución que desató el decreto real.

Más adelante, en 1380, un emisario de la iglesia oficial fue enviado para tratar con ellos en los valles del Piamonte. Durante los próximos 30 años, 230 hermanos fueron quemados en la hoguera y sus bienes repartidos entre sus perseguidores. La persecución se agudizó en el 1400 y, entonces, muchas mujeres y niños buscaron refugio en las altas montañas. Allí la mayor parte de ellos murió de hambre y frío. En 1486 se emitió una bula en su contra y los valles fueron invadidos por un ejército de 8000 soldados del Archidiácono de Cremona, cuyo objetivo era extirpar a los herejes. Pero esta vez los pacíficos campesinos valdenses tomaron las armas para defenderse, por lo que el sangriento y desigual conflicto se extendió casi por 100 años. La resistencia de los hermanos fue entonces tan heroica, que recibieron el nombre de 'Israel de los Alpes'.

Cuando comenzó la Reforma, los ejércitos de la iglesia organizada aprovecharon de tomar venganza contra los valdenses, y arrasaron literalmente varias de sus aldeas y pueblos. En Provenza, al sur de Francia, florecían 30 aldeas valdenses que habían comenzado a tomar contacto con los líderes de la Reforma.

Enterados sus enemigos, convencieron mediante ardides y mentiras al rey de Francia, Francisco I. Presionado por el Cardenal Tournon, ordenó que todos los valdenses fueran exterminados (19 de enero de 1545). Se envió un ejército contra ellos, que, tras siete semanas de matanzas, terminó con la vida de entre 3 a 4 mil hombres y mujeres. La brutalidad y el horror se extendieron por la región. 22 aldeas resultaron

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

destruidas por completo. Los pocos sobrevivientes fueron enviados a las galeras de por vida y tan sólo un reducido número logró escapar a Suiza.

Consideraciones finales

A pesar de todo, los valdenses, a diferencia de otros grupos perseguidos, sobrevivieron. En los días de la Reforma muchos pasaron a formar parte de las filas protestantes, mientras que otros se unieron a la así llamada Reforma Radical de los Anabaptistas. Junto a ellos sobrevivieron importantes escritos que nos ayudan a entender la fe de aquellos hermanos cuyos testimonios fueron acallados por el martirio, tales como cátaros y albigenses, con quienes los valdenses se encontraban estrechamente unidos. Y por ellos aprendemos que un remanente fiel luchó, sufrió y murió por Cristo durante los largos siglos de oscuridad y apostasía, cuando parecía que la fe bíblica había desaparecido de la tierra. Y ahora un cuadro enteramente diferente surge ante nuestros ojos. No se trataba de herejes, sino de verdaderos hermanos y hermanas en Cristo.

Aquí y allá, en todas partes de Europa donde hombres y mujeres fieles buscaban al Señor, la luz de su palabra resplandecía y un testimonio se levantaba en medio de la oscuridad. Pero el enemigo que enfrentaban era formidable, astuto y cruel. Sus armas preferidas eran la difamación y el martirio. Ante ellas, todos sus esfuerzos parecían destinados al fracaso y la aniquilación. Las hogueras se multiplicaban y los horrores parecían no tener fin. Sin embargo, su fe sobrevivió y prevaleció a través de toda aquella inmensa marea de malignidad que amenazó con anegarlos por completo.

Y la luz se levantó al final de aquella época de tinieblas aún invicta y resplandeciente. De esta manera, junto a albigenses y cátaros y otros cuyo testimonio fue silenciado y borrado de la historia, los valdenses mantuvieron en alto la antorcha y la hicieron llegar hasta nuestros días, para hablar por todos los hermanos cuyo invencible testimonio de fe y amor por Cristo se creyó acallado para siempre; y decirnos que en todos ellos brilló de manera clara y singular la luz invencible de Cristo y su Evangelio eterno, en medio de la adversidad más implacable. Por ello, su legado espiritual resulta imperecedero.

«Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada
adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus
trabajos, porque sus obras con ellos siguen» (Ap. 14:13).

Los Hermanos Unidos: testigos de la unidad de la Iglesia

La historia de los hermanos olvidados tuvo en la antigua Bohemia (actual Checoslovaquia) una trayectoria trágica y heroica. Los nombres de Juan Huss y Jerónimo de Praga, entre otros, son recordados con amor por muchos creyentes de hoy. Sin embargo, pocos saben o recuerdan a aquellos fieles santos que junto a ellos y después de ellos combatieron ardientemente por la fe e influyeron poderosamente en los acontecimientos posteriores a la Reforma.

Precursores

Durante el siglo XV, Inglaterra fue el escenario de un importante intento de retornar a una fe más bíblica y espiritual por parte de un notable grupo de creyentes, a quienes sus enemigos dieron el nombre de Lolardos. En un principio, la suya fue una reacción contra la corrupción y la escandalosa riqueza de una parte del clero. Pero, progresivamente, fue derivando hacia un interés mucho más profundo con respecto a los asuntos básicos de la fe.

En el centro de esta reacción se encontraba John Wycliff, quien era considerado el erudito más eminente de la Universidad de Oxford en su tiempo. Éste enseñó la libertad de todo hombre de relacionarse con Dios directamente y sin intermediarios. También, que la Biblia era la única fuente de autoridad y verdad para los creyentes. No obstante, su contribución más importante fue su traducción de la Biblia al inglés común de su tiempo.

También organizó y preparó numerosos grupos de predicadores itinerantes, quienes esparcieron la semilla del evangelio por toda Inglaterra y aún más allá. Wycliff tuvo una vida larga y fructífera, y nunca pudo ser alcanzado por la mano de sus enemigos.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

No obstante, después de su muerte, la iglesia organizada obtuvo del rey Enrique IV la firma de varias leyes para perseguir a los Lolardos. Como consecuencia, muchos creyentes fueron capturados y ejecutados como herejes. Sin embargo, aunque exiliados y escondidos, los hermanos permanecieron activos por muchos años más.

La llama se enciende en Bohemia

Entre los estudiantes que escuchaban ávidamente a John Wicliff en Oxford, había un joven extranjero llamado Jerónimo de Praga, natural de Bohemia. Éste regresó a su patria encendido con el fuego de las enseñanzas del notable erudito inglés, y comenzó a enseñar osadamente que la cristiandad organizada se había alejado completamente del evangelio de Jesucristo, y que la salvación sólo se encontraba en las enseñanzas del mismo.

Otro joven, alto y delgado, y no obstante su juventud, también un gran erudito, lo escuchó con atención y pronto fue ganado para su causa. Se llamaba Jan Huss, y era doctor en teología, predicador oficial de la ciudad de Praga y confesor de la reina de Bohemia.

Era, además, elocuente, de maneras amables y una profunda fe, por lo que muy pronto sus predicaciones atrajeron poderosamente la atención de sus conciudadanos. La verdad es que estaba trabajando sobre un terreno largamente abonado por los valdenses, quienes habían llegado hasta allí en los tiempos de Pedro de Valdo. Y también, hablaba y predicaba en lengua checa, lo que concordaba con el sentimiento patriótico antigermano que se respiraba en su tierra, sometida bajo el yugo alemán.

La rivalidad entre teutones y checos tomó entonces una forma religiosa, pues los primeros se alinearon con la iglesia organizada, mientras que los últimos con las enseñanzas de Wycliff. El Arzobispo de Praga excomulgó a Huss y quemó públicamente los escritos de Wycliff. Sin embargo, El rey de Bohemia, la nobleza y el pueblo, le dieron su apoyo. Entonces se realizó el Concilio de Constanza, y Huss fue llamado a comparecer amparado en un salvoconducto del Emperador, quien comprometía su palabra garantizándole protección. Sin embargo, los clérigos del concilio lo arrestaron de inmediato y lo arrojaron a un calabozo, después de recibir y promulgar la conveniente e infalible «revelación» de que la iglesia no está obligada a

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

guardar la palabra dada a los herejes.

Huss resistió valientemente el escarnio, la burla, las amenazas y las torturas a las que fue sometido para que abjurara de su fe. Nada logró intimidarlo. Finalmente, fue condenado a ser quemado en la hoguera por «estar infectado con la lepra de los valdenses» y haber sostenido las doctrinas heréticas de John Wycliff. La sentencia se cumplió el 6 de Julio de 1415.

Pero las enseñanzas de Jan Huss no murieron con él. Jerónimo de Praga continuó predicando en su ciudad, y pronto lo siguió en el camino del martirio. Sus seguidores se dividieron en tres grandes corrientes: Aquellos que dispusieron a tomar las armas y luchar por «su fe y su patria»; aquellos que buscaron un entendimiento y arreglo con la iglesia organizada; y, finalmente, aquellos que dispusieron a afrontar valiente y pacíficamente el sufrimiento y la muerte, sin transar su fe.

Los primeros, llamados taboritas, iniciaron una larga guerra contra el emperador y la iglesia organizada, con desastrosas consecuencias para ambos lados, aunque por un tiempo consiguieron imponer sus términos tras ganar lagunas batallas importantes. Los segundos, conocidos como utraquistas, convinieron en formar una iglesia nacional checa, sometida al papado, pero con algunos privilegios «relativos». Los últimos, no obstante, siguiendo las antiguas enseñanzas valdenses, prefirieron poner su confianza en Cristo solamente y procuraron encontrar en la Escritura una expresión más pura y original de la iglesia, sin importar el precio que podrían pagar. Así se convirtieron en los «Hermanos Unidos».

Fe y crecimiento

Entre ellos se destacó Peter Cheltschizki, quien poseía una claro y poco común entendimiento de la iglesia, según las Escrituras. En su libro, La Red de la Fe, escribió: «En los tiempos de los apóstoles, las iglesias de los creyentes eran nombradas de acuerdo con las ciudades, villas y distritos, y eran asambleas e iglesias de creyentes, y de una fe. Estas iglesias fueron separadas de los incrédulos por los apóstoles. No pretendo que los creyentes puedan, en un sentido físico y local, estar todos separados en una calle particular de la ciudad, sino más bien, que estén unidos y asociados por la fe y se reúnan en reuniones locales, donde tengan comunión unos con otros en las

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

cosas espirituales y en la Palabra de Dios. Y en acuerdo con tal asociación en fe y en las cosas espirituales sean llamados iglesias de creyentes».

En las palabras citadas más arriba, vemos que los «Hermanos Unidos», alcanzaron una comprensión de la verdadera naturaleza de la iglesia muy superior a la de su tiempo. Las asambleas de creyentes que menciona Cheltschiziki, se esparcieron rápidamente por todo el país. Se oponían decididamente al uso de las armas en defensa de la fe y también a cualquier acuerdo con la iglesia organizada que comprometiera la esencia de la fe. Sin embargo, tenían un espíritu abierto e inclusivo, debido quizá a la influencia valdense, y tendían a considerar y recibir a todos los hijos de Dios como verdaderos hermanos, sin importar el contexto de donde procedieran.

En 1457, un hermano llamado Gregorio fundó una comunidad de hermanos al noreste de Bohemia, en la villa de Kunwald. Muchos creyentes confluieron allí, incluyendo seguidores de Cheltschiziki y valdenses. Aunque mantenían contacto con la iglesia utraquista, en muchos asuntos procuraron retornar a la fe y prácticas del Nuevo Testamento. Pronto, sin embargo la persecución se abatió sobre ellos desatada por la misma iglesia utraquista. Gregorio fue apresado y torturado; otro de sus líderes, Jacobo Hulava fue quemado, en tanto los hermanos se escondieron en bosques y montañas. A pesar de todo su número aumentó significativamente en todas partes.

En 1463 y luego en 1467 se realizaron conferencias generales de Hermanos donde volvieron a considerar los principios básicos de la iglesia. En esa oportunidad afirmaron nuevamente su separación de la Iglesia Oficial y se llamaron a sí mismos 'Jednota Bratraskâ', o 'Unitas Fratrum', vale decir, 'Los Hermanos Unidos'. No hicieron esto para marcar diferencias con otros hermanos de las otras muchas iglesias esparcidas en otras regiones, sino simplemente para dar un testimonio de unidad y alentar a otros creyentes que se estaban separando de la Iglesia Oficial.

En esa misma reunión fueron nombrados algunos ancianos que fueron enviados a Austria para ser confirmados por el obispo valdense, Esteban, estableciendo así una continuidad con los antiguos portadores de la antorcha del testimonio. No consideraban esto como esencial, pero deseaban expresar su unidad y continuidad

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

con aquellos que desde los tiempos del papa Silvestre habían preservado un vínculo espiritual con la enseñanza apostólica.

Después de esto, informaron su decisión al obispo utraquista Rokycana, diciendo que en su acto de separación no estaban excluyendo a otros creyentes, pues reconocían que fuera de sus asambleas habían muchos hijos de Dios. Uno de ellos escribió: «Nadie puede decir que nosotros condenamos y excluimos a todos quienes permanecen obedientes a la iglesia Romana. Esta no es, de ningún modo, nuestra convicción... tal como no excluimos a los elegidos en las iglesias India o Griega, tampoco condenamos a los elegidos en medio de los romanos». Este espíritu inclusivo y abierto a la unidad de todos los hijos de Dios, caracterizó siempre a los Hermanos Unidos.

Las comunidades de Hermanos florecieron en muchos lugares, especialmente en Holanda y Alemania. Además de su notable desarrollo espiritual, hubo entre ellos muchos hombres de gran preparación y capacidad intelectual, así como de posición social y riqueza, quienes estuvieron siempre dispuestos a compartir lo que tenían con sus hermanos más pobres, de modo que se puede decir también de ellos, como se escribió de los santos del Nuevo Testamento, que «no había entre ellos ningún necesitado».

Uno de sus avances más significativos fue hecho en el campo de la educación. Su meta era tener una educación basada en el Evangelio de Cristo. Sus escuelas fueron muy apreciadas y respetadas en Holanda y Alemania. Erasmo, el famoso erudito renacentista, fue alumno en una de ellas, en Deventer, Holanda. De hecho, hasta el día de hoy se estudian sus métodos y aportes al campo de la educación en muchos campus universitarios del mundo, especialmente en los escritos de uno de sus líderes más prominentes, Nicolás Comenius.

Guerras y persecuciones

En 1507, sus perseguidores de la iglesia oficial lograron persuadir al rey de Bohemia de que el poder creciente de los Hermanos era una amenaza. Este publicó entonces el edicto de Saint James, ordenando que todos ellos se unieran a la iglesia oficial o abandonaran el país. Como consecuencia, sus reuniones fueron cerradas, sus libros

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

quemados y ellos mismo encarcelados, exiliados o cruelmente martirizados.

Con el advenimiento de la Reforma, los hermanos entraron en contacto con los líderes protestantes y sus príncipes. Cuando estalló la guerra entre católicos y protestantes, los nobles bohemios que pertenecían a los Hermanos Unidos decidieron apoyar el bando protestante. Las consecuencias fueron, una vez más, desastrosas. Pues tras ser derrotados en la batalla de Mühlberg (1547), los nobles fueron encarcelados y ejecutados por el rey de Bohemia, Ferdinand. Una vez más sus posesiones fueron confiscadas y sus reuniones clausuradas. Pero además se les ordenó dejar el país en un plazo de seis meses.

Comenzó entonces una masiva emigración, en la que grandes caravanas de hermanos se dirigieron a Polonia, y luego a Alemania buscando refugio. Allí fueron recibidos después de muchos esfuerzos y sufrimientos. Sin embargo su peregrinaje no acabó aún. Lograron regresar a su país, pero, por casi 70 años, su suerte varió de acuerdo con los vaivenes de las guerras entre protestantes y católicos, que devastaron Europa por 30 años. Pero en aquellos años realizaron la gran obra de traducir la Biblia desde las lenguas originales a su idioma nativo, el checo (1579 a 1593). Esta traducción ha sido la base de la Biblia checa hasta hoy, y además puso el fundamento para el desarrollo de la literatura checa.

La última batalla entre protestantes y católicos en Bohemia se libró en White Mountain (1620). La derrota protestante fue completa y como consecuencia 36.000 familias de creyentes fueron nuevamente obligadas a dejar Bohemia. Y esto supuso el fin de la llamada 'religión Hussita' que desapareció junto con la independencia de Bohemia.

Un testimonio imperecedero

No obstante, a pesar de todo, un pequeño remanente siempre se mantuvo fiel, negándose a participar de las guerras y tomar la espada. En ellos pervivió el espíritu y la visión original de los Hermanos. Estos vivieron perseguidos, errantes y ocultos, en diferentes lugares de Europa central, incluso en bosques remotos y oscuros, por muchos años. Y después de una larga peregrinación e indecibles sufrimientos, arribaron en una época posterior a una pequeña aldea en Moravia, donde el Conde

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Zinzendorf había construido una ciudad de refugio para los hermanos perseguidos. Y allí contribuyeron a encender una vez más la llama del testimonio de Jesucristo, proveyendo la base del futuro movimiento moravo. Sin embargo ese es otro capítulo de la historia, que será narrado más tarde.

Quizá la mejor conclusión para esta historia, que resume la visión y testimonio que por largos años levantaron los Hermanos Unidos, se encuentre en las proféticas palabras de Jan Comenius (1592-1670), referidas a las dos grandes fuerzas religiosas en pugna: «...Cada iglesia se reconoce a sí misma como la verdadera, o al menos, la más pura, mientras se persiguen entre sí con el odio más amargo. Ninguna reconciliación se puede esperar entre ellas, pues responden a la enemistad con más irreconciliable enemistad. A partir de la Biblia forjan sus diferentes credos; estos son fortalezas y baluartes detrás de las cuales se atrincheran y resisten todos los ataques. No diría que estás confesiones de fe... son malas en sí mismas. Pero se convierten, no obstante, en aquello que alimenta el fuego de la enemistad... ¿Qué se logra con esto? ¿Alguna vez ha tenido éxito una disputa erudita? Nunca. El número de ellas simplemente ha crecido... Los sacramentos, dados como símbolos de unidad, de amor y de nuestra vida en Cristo, han sido ocasión del más amargo conflicto, la causa del odio mutuo, el centro del sectarismo...».

«De esta suerte, la Cristiandad se ha convertido en un laberinto. La fe ha sido separada en miles de pequeñas partes y usted es considerado un hereje si no acepta una de ellas... ¿Qué nos ayudará? Sólo, la única cosa necesaria: Retornar a Cristo, mirar a Cristo como al único Líder, y caminar en sus pisadas, dejando de lado todo otro camino, hasta que alcancemos la meta, y vengamos a la unidad de la fe (Ef. 4:13)... Así que tú sabes, oh Cristiandad, cual es la única cosa necesaria. O bien regresas a Cristo, a vas hacia la perdición como el Anticristo. Si eres sabia y anhelas la vida, sigue al Líder, Jesucristo».

«Pero ustedes, cristianos, regocíjense en su exaltación,... escuchen las palabras del Líder Celestial: «Venid a Mí»... y respondan a una voz: «Así sea, venimos».

Los Anabaptistas y las raíces del Evangelio

A lo largo de toda la Edad Media, numerosos grupos de creyentes dejaron el cristianismo organizado de sus días, para experimentar una fe más viva, sencilla y real, conforme al patrón de fe y práctica que encontraban en la Biblia. Fueron perseguidos y martirizados por miles a causa de su testimonio y, en algunas regiones, casi exterminados. Sin embargo, no fueron destruidos totalmente y permanecieron ocultos, esparcidos aquí y allá por toda Europa, hasta el advenimiento de la Reforma. Entonces salieron nuevamente a la luz, animados por la llama que un remoto monje agustino había encendido al clavar sus 95 tesis en la puerta de la catedral de Wittenberg, por vuelta del año 1517.

Estaba naciendo la Reforma, y aquel oscuro monje no podía sospechar aún que la pequeña llama recién encendida, pronto se convertiría en una hoguera que haría arder Europa entera, y trastocaría para siempre la historia del cristianismo y aún de la propia civilización occidental.

Martín Lutero encendió la llama, pero muchos otros habían trabajado antes preparando la hoguera. Por eso, cuando se escuchó su grito de batalla «sola fe y sola Escritura», la mirada de muchos se alzó esperanzada hacia la promesa del nuevo día que parecía despuntar en el horizonte, entre las ruinas de la decadente cristiandad de su tiempo. Sin embargo, el día llegó cargado de enormes contrastes, con una tormenta de luces y sombras, nubes oscuras y relucientes rayos de sol.

Los Reformadores protestantes buscaron regresar a la Biblia como única norma de fe y conducta. No obstante, a los ojos de muchos cristianos de aquellos días, la restauración que propiciaron no fue lo suficientemente radical y se quedó, por así decirlo, a medio camino. Estos «otros» hermanos procuraron una restauración mucho

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

más fundamental, que regresara a la misma esencia de la iglesia, tal como la encontraban en las páginas del Nuevo Testamento. Sus enemigos los llamaron anabaptistas, palabra griega que significa «rebautizadores», debido a su rechazo del bautismo infantil y su fuerte énfasis en la conversión individual, confirmada por el bautismo voluntario como señal exterior. Pero ellos se llamaban a sí mismos simplemente «hermanos».

Los comienzos

Los historiadores fechan comúnmente el origen de los anabaptistas en 1525, en la ciudad suiza de Zurich. Allí el reformador Ulrico Zwinglio estaba comenzando la reforma protestante en estrecha alianza con los magistrados de la ciudad. Entre sus seguidores tempranos estaban dos brillantes eruditos, que pertenecían a algunas de las familias más acomodadas de la ciudad: Conrad Grebel y Félix Manz. Este último era amigo cercano del reformador suizo. Sin embargo, muy pronto comenzaron a discordar de algunas de sus enseñanzas, especialmente en lo relativo a naturaleza de la iglesia y la salvación. Zwinglio enseñó, en un principio, que la restauración de la fe debía ser un retorno completo a las Escrituras, y que todo aquello que no estuviese explícitamente contenido en ellas debía ser desechado. Manz y Grebel adhirieron calurosamente a este principio.

No obstante, poco después, Zwinglio cambió de opinión, y desarrolló lo que vendría a ser la postura protestante clásica, sostenida también por Lutero, y más adelante por Calvino: Todo aquello que se encuentra explícitamente prohibido en las Escrituras debe ser desechado, mientras que lo demás puede ser mantenido, mientras no contravenga sus enseñanzas. La magnitud de esta divergencia era enorme, pues permitía a muchos reformadores contemporizar en diversos asuntos de práctica eclesiástica con los príncipes y magistrados de su tiempo, a fin de garantizar su respaldo a la causa protestante. En verdad, todos ellos estaban, en mayor o menor grado, convencidos de que la reforma protestante no podía tener éxito sin el apoyo político y militar de los príncipes.

Así, Zwinglio intentó crear una iglesia nacional «suiza», que incluyese a todos los «ciudadanos suizos» en ella, sin importar si eran o no verdaderamente cristianos. Por esta y otras razones, continuó aceptando el bautismo infantil, pues, lógicamente, en

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

su concepto de iglesia no cabían la necesidad de conversión y regeneración individual.

Contra este estado de cosas reaccionaron Manz, Grebel y todos los demás anabaptistas. Para ellos, el principio resultaba inaceptable, pues violaba la clara enseñanza de la Escritura sobre la iglesia como una nación compuesta únicamente de hombres y mujeres redimidos, visiblemente separados del mundo, y sometida sólo a la autoridad de Cristo su cabeza. Para nosotros hoy, esta verdad puede parecer obvia, pero, por muchas razones no era así para la mayoría de los líderes protestantes.

Causas de la divergencia anabaptista

Durante la larga noche medieval, la identidad entre iglesia y cristiandad, considerada esta última como la suma de las naciones cristianas, se consideró un dogma incontrovertible de la fe. Este modo de ver las cosas se originó con la conversión del emperador romano Constantino en 312 D. C., y en su posterior confirmación del cristianismo como religión oficial del imperio.

Luego vino otro emperador, Justiniano, que en su famoso código lo declaró la religión exclusiva, y autorizó el uso de la fuerza y la espada contra los disidentes, fuesen «cismáticos» o «herejes». De este modo, cristianismo e imperio se hicieron casi sinónimos. El imperio protegía a la iglesia y la iglesia legitimaba al imperio. Vale decir, iglesia y estado estaban unidos.

De esta paradójica simbiosis surgió la cristiandad medieval, tras la caída del imperio romano de occidente. Esta caída produjo un inmenso vacío de poder y organización dentro de las zonas geográficas abarcadas por la desaparecida administración imperial y los pueblos que estaban bajo su dominio. Pero, la iglesia cristiana organizada fue llenando ese espacio, debido, en gran parte, a que en ella sobrevivió mucho de la organización y eficiencia administrativa del imperio que muchos recordaban con nostalgia.

No obstante, con el advenimiento de la Reforma, la situación política cambió, pues muchos de los príncipes y reyes europeos estaban cansados de someterse a lo que consideraban un dominio despótico y abusivo. Sin embargo, comprendían que para

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

lograr su independencia debían contar con el apoyo del pueblo y para ello tenían que ofrecer a sus súbditos una religión que sustituyera la oficial y los liberara del control que ésta ejercía sobre sus conciencias.

Pero debía ser una religión para «todos» sus súbditos, vale decir, nacional. Por tanto, su apoyo a la Reforma estuvo siempre condicionado por esta perspectiva y necesidad. Que no se nos malinterprete. Sin duda, algunos de ellos fueron creyentes sinceros y piadosos, pero, inevitablemente su horizonte político-cultural condicionó y limitó su visión de la iglesia, así como la visión de los reformadores a los que prestaron su apoyo político y militar.

Contra esta nueva forma unión de la iglesia y el estado reaccionaron los anabaptistas, reconociendo con claridad el error de perspectiva de quienes la sustentaban y procurando arrojar la luz de la Palabra sobre este trascendental asunto por medios pacíficos.

En este punto se encuentra el origen de la tragedia anabaptista. Comenta Ismael Amaya: «Sin duda que sería difícil encontrar en la historia de la iglesia un acontecimiento más triste que el caso de los anabaptistas. Parecía como que los anabaptistas estaban en contra de todos, y todos en contra de ellos. Puesto que rechazaban las enseñanzas tanto de Lutero como de Zwinglio, y también del catolicismo, fueron víctimas de crueles persecuciones de parte de todos ellos. Pero su rechazo de la unión entre la iglesia y el estado, y del estado mismo, hizo que las autoridades seculares los consideraran como insurrectos.

Según el concepto prevaleciente en aquellos tiempos, la separación entre la iglesia y el estado era imposible. Al afirmar esta doctrina, los anabaptistas escogieron el sangriento camino de los mártires, y su martirio constituye un monumento impresionante de la Reforma. Se sacrificaron por un principio que era inaceptable para la sociedad y la iglesia de su tiempo.

Como se oponían al catolicismo, al luteranismo, y al zwinglianismo, la iglesia los consideraba herejes, y como rechazaban el estado, éste los trataba como rebeldes. En consecuencia, fueron vistos como enemigos por los príncipes, por los reformadores protestantes, y por los líderes católicos, quienes los persiguieron sin piedad».

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Muy pronto, esta discrepancia llevó, tanto a Grebel como a Manz, a distanciarse de Zwinglio. El 21 de enero de 1525, ambos fueron bautizados junto con algunos seguidores radicales de Zwinglio. Pues, después de mucho estudio y cuidadosa oración, habían llegado a la convicción de que debían bautizarse unos a otros. Este acontecimiento marcó el comienzo del movimiento anabaptista. Para ellos el bautismo (que practicaban por rociamiento o «aspersión») era la única forma de testimoniar el verdadero arrepentimiento y la conversión personal. En consecuencia, muy pronto estuvieron predicando y bautizando creyentes a través de toda Suiza.

Zwinglio y los magistrados de la ciudad reaccionaron decretando severas leyes contra quienes se «rebautizaban» (pues todos, a juicio de ellos, ya habían sido bautizados cuando niños), incluyendo la pena de muerte por ahogamiento; castigo que se convirtió en la forma de martirio más común entre los anabaptistas y al cual llamaron, el «tercer bautismo». Y además, convocaron a las autoridades de toda Europa a «cazarlos y aprehenderlos». Grebel huyó junto con otros hermanos, y murió de peste en 1526, después de predicar el evangelio en otras ciudades de Suiza. Félix Manz fue arrestado por Zwinglio y las autoridades de Zurich, atado y arrojado a las frías aguas del río Limmat, que corre por el centro de la ciudad.

La persecución contra los anabaptistas se desató con una crueldad inusitada por toda Europa, tanto en los países católicos como protestantes. Miles de hombres y mujeres fueron ahogados, enterrados vivos, y quemados. Se constituyeron cuerpos especiales de policía para buscarlos, llamados Täuferjäger (cazadores de anabaptistas). Los hijos de los mártires eran arrebatados a sus familias y entregados a familias de grupos eclesiásticos oficialmente reconocidos. En todas partes la persecución de los anabaptistas se convirtió en una política de estado.

Enseñanzas y prácticas

Debido a la temprana muerte de sus líderes más destacados, los anabaptistas nunca llegaron a escribir una exposición detallada y sistemática de sus enseñanzas. En verdad, tampoco deseaban crear un sistema de doctrina acabado y excluyente. Y además, nunca llegaron a constituir un movimiento organizado. Por lo mismo, se suele reunir bajo el rótulo de anabaptistas a grupos con intereses y creencias muy distintas e incluso opuestas.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

En general, se reconocen tres grandes ramas: «los anabaptistas propiamente dichos», «los espirituales», y «los racionalistas anti-trinitarios» – aunque, sus perseguidores no distinguían entre ellos y los consideraban a todos como una sola cosa.

De entre ellos, quienes nos interesan en este artículo son los primeros. Estos adoptaron con sencillez las doctrinas cristianas históricas tales como la Trinidad y las dos naturalezas de Cristo (completamente divino y completamente humano), sin ningún interés especulativo ulterior. Al igual que Zwinglio, Lutero y Calvino, creían en la salvación por la sola gracia, por medio de la fe y sin obras meritorias, la autoridad final de las Escrituras y el sacerdocio de todos los creyentes. Pero divergían de ellos en cuanto a su práctica y aplicación.

Con respecto a la salvación, a la par de la justificación por la fe, enfatizaban la regeneración interior y una vida posterior de verdadera transformación como evidencia de ella. Por lo mismo, daban especial énfasis a la responsabilidad personal y a la conversión individual. No aceptaban el bautismo de niños, al que consideraban ineficaz, pues, decían, sólo quienes se han convertido de manera responsable y consciente pueden recibir el bautismo como señal de esa conversión. Y también, practicaban de modo real el sacerdocio de todos los creyentes, pues sus reuniones eran abiertas a la participación de todos los hermanos y hermanas, mientras que sus pastores y predicadores surgían de entre los mismos hermanos, muchas veces, sin mayor preparación formal. Además, practicaban una intensa vida de comunión entre sí, partiendo el pan y orando juntos por las casas.

En verdad, anhelaban formar iglesias de creyentes según el modelo del Nuevo Testamento, en oposición a las «iglesias estatales», donde era imposible distinguir entre creyentes falsos y verdaderos.

Por otro lado, rechazaban las persecuciones por motivos religiosos y las guerras asociadas con ellas. Fueron convencidos pacificadores en una era donde el odio y la intolerancia parecía ser la norma. Se debe, por lo mismo, rechazar la conocida tesis de que las crueldades de la cristiandad de su tiempo se explican por el «espíritu de la época». Los hermanos dejaron muy claro, para cualquiera que quisiera escucharlos, que el verdadero espíritu del evangelio es muy distinto. Y se debe consignar que tanto Lutero, como Zwinglio, Calvino y los demás líderes de la Reforma conocían muy bien

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

sus enseñanzas. Sin embargo, y al parecer, no les afectaron demasiado.

Baltasar Hubmaier

Gran parte de las principales enseñanzas de los hermanos fueron desarrolladas y expuestas, tras la muerte de Grebel y Manz, por Baltasar Hubmaier, quien se convirtió así en unos de los líderes más importantes e influyentes en la historia de los hermanos. Hubmaier había sido un erudito católico prestigioso y reconocido en toda Europa. Su conversión al protestantismo fue considerada como un gran triunfo para la causa reformada. Era amigo de Erasmo y coincidía con los pacíficos y amables ideales cristianos del famoso humanista. Con respecto a los «cazadores de herejes», tanto católicos como protestantes, escribió: «Los inquisidores son peores que todos los herejes, porque, contrariando al doctrina y el ejemplo de Jesús, condenan a los herejes a la hoguera... Porque Cristo no vino para mutilar, matar, o quemar, sino para que las personas vivan en abundancia».

Después de su conversión, en 1522, fue obligado a dejar su cargo de vice-rector de la universidad católica de Regensburg, Alemania. Desde allí se trasladó a Waldshut, cerca de Zurich, en Suiza, para hacerse cargo de una naciente congregación protestante. No se sabe bien cómo entró en contacto con las ideas anabaptistas, pero es probable que fuese a través de los hermanos asociados con Grebel y Manz. En 1525, comenzó a predicar en oposición al bautismo infantil y poco después llevó a la cerca de 300 personas de la congregación en Waldshut a bautizarse, en un domingo de Pascua.

A partir de allí, comenzó una discusión panfletaria con Zwinglio, defendiendo la causa anabaptista. Pero cuando la policía del emperador apareció en Waldshut, se vio obligado a huir a Zurich, donde fue arrestado rápidamente por Zwinglio y su partido. Después de un tiempo en prisión, debatió públicamente con Zwinglio en un precario estado de salud y fue apabullado fácilmente por su robusto oponente. Acto seguido, este último lo mandó torturar para conseguir su retractación. Hubmaier, cedió bajo la tortura, firmó la retractación requerida, y fue puesto en libertad. Sin embargo, de inmediato se arrepintió con amargura de su debilidad y temor. Huyó a Moravia, donde continuó con su obra. Allí se convirtieron y bautizaron más de 6.000 personas como fruto de su ministerio.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Finalmente, en 1527, los Täufer-jäger del emperador lo apresaron y lo llevaron cautivo a Viena para ser juzgado y ejecutado. Fue quemado públicamente en la plaza del mercado, y mientras las llamas envolvían su cuerpo, se le escuchó repetir varias veces, «¡Jesús; Jesús!», antes de que el fuego silenciara para siempre su voz en este mundo. Tres días después, su valiente esposa fue arrojada desde un puente a las oscuras aguas del río Danubio, con una pesada piedra atada al cuello.

Hubmaier, al igual que todos los anabaptistas, fue acusado de rechazar toda forma de gobierno y aún la misma existencia del estado. Sin embargo, él negaba esta acusación, afirmando que se debe obedecer a los príncipes y gobernadores mientras ello no exija desobedecer la Palabra de Dios. Lo que en verdad rechazaba es la unión de la iglesia y el estado, a la par que abogaba por la libertad de conciencia.

Johanes Denck

Otro líder importante durante los primeros días de los hermanos fue Johanes Denck, quien en Basel había entrado en contacto con Erasmo y trabado amistad con el grupo de destacados eruditos que se reunían en torno a él. Luego fue profesor en una de las escuelas más importantes de Nüremberg, ciudad donde el joven luterano Ossiander llevaba adelante la Reforma.

Denck se desilusionó profundamente de ésta, al observar que muchos de los que se decían nominalmente «justificados por la fe» no mostraban ningún cambio real en sus vidas, ni mucho menos una conducta santa. Para él, esto no era sino el signo de una seria carencia en el evangelio que estaba siendo predicado. Ossiander lo denunció a los magistrados de la ciudad y éstos lo conminaron a abandonarla, sin permitirle una defensa pública de su fe, alegando que era demasiado hábil y astuto en la presentación de sus «errores». Denck se despidió de su familia y partió a una vida de destierro errabundo hasta el fin de sus días.

Dondequiera que fue, lo siguieron la calumnia y la difamación. Sus enemigos le atribuían toda clase de doctrinas perversas y llamaban a evitarlo como a un hombre extremadamente peligroso. A pesar de toda aquella violenta difamación, muchas veces escrita, Denck jamás pagó con la misma moneda en sus escritos. No se percibe en ellos ningún rastro de amargura o rencor hacia quienes lo calumniaban.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Aún más, en un tiempo de especial presión en su contra, escribió acerca de ellos: «Me aflige el corazón el estar en desunión con muchos de los cuales, de otra manera, no puedo considerar sino como mis hermanos, porque adoran al mismo Dios que yo adoro, y honran al Padre que yo honro. Por consiguiente, si Dios lo quiere y hasta donde es posible, no haré un adversario de mi hermano, tampoco de mi Padre un juez, pero, en tanto estoy en el camino, estaré reconciliado con todos mis adversarios».

Esta admirable declaración expresa muy bien la actitud con la que miles de hermanos enfrentaron la persecución e incluso el martirio durante aquellos días, dejando detrás de sí un imperecedero testimonio del verdadero espíritu del Señor Jesucristo y su evangelio.

Denck cumplió hasta el fin con este propósito. De Nüremberg pasó a Augsburgo, donde conoció a Hubmaier y fue bautizado, ligándose así con los hermanos anabaptistas. Después de un tiempo de ministerio allí, la obra creció rápidamente, pero debió huir nuevamente y buscar refugio en Estraburgo, donde existía una importante asamblea de hermanos bautizados. En esa ciudad los líderes del partido protestante eran Capito y Bucer. El primero simpatizaba con los hermanos y tenía esperanzas de llegar a un entendimiento con ellos. Sin embargo, Bucer recelaba de su influencia y solicitó a los magistrados que expulsaran a Denck.

Obligado por la situación, partió hacia Worms, donde se dio a la tarea de traducir e imprimir los Profetas Mayores y Menores. Volvió nuevamente a Augsburgo para una conferencia de hermanos venidos de varios distritos. Allí se opuso decididamente a aquellos que se inclinaban al uso de la fuerza contra quienes los perseguían. Se la llamó, «la conferencia de los mártires», debido al gran número de participantes que más tarde selló su vida con el martirio.

Finalmente, en 1527, después de ir de una parte a otra, perseguido y rechazado, y tras pasar por muchas aflicciones y necesidades, Denck llegó a Basel con su salud quebrantada. Allí volvió a encontrarse con los viejos amigos de su juventud. El compasivo reformador Ecolampadio lo encontró casi moribundo y lo acogió en su casa, donde poco tiempo después murió, en descanso y en paz al fin.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Poco antes de morir, escribió: «Dios sabe que no busco otro fruto, excepto el que realmente muchos, con un corazón y un alma, glorifiquen al Padre de Nuestro Señor Jesucristo, sean o no circuncidados y bautizados. Porque pienso de un modo muy distinto a aquellos que atan el Reino de Dios excesivamente a ceremonias y elementos de este mundo, cualesquiera que ellos sean». En aquellos días de escasa tolerancia, afirmó: «En asuntos de fe, todos deberían ser libres para actuar voluntariamente y por propia convicción».

Michael Sattler

Otro hermano destacado entre los anabaptistas fue Michael Sattler. Su trágica carrera acabó en 1527, tras la conferencia de los hermanos en Beden, donde ayudó a redactar los siete puntos en común de la práctica anabaptista. No se trataba de un credo o confesión de fe vinculante, pues los hermanos creían que la iglesia está unida solamente en Cristo:

Sólo deberían ser bautizados aquellos que han experimentado la obra regeneradora de Cristo.

- La expresión local de la iglesia es una compañía de gente regenerada, cuya vida diaria se vive de acuerdo con la fe que profesan. Su devoción está simbolizada en su participación conjunta en la cena del Señor, por medio de la cual recuerdan la obra redentora de Cristo.
- La disciplina debe ser ejercitada dentro de las iglesias, y la disciplina final es la excomunión.
- El pueblo de Dios debería vivir una vida de separación del pecado, del mundo, y del sometimiento a la carne, o cualquier cosa que pudiera comprometer su fe. Esto incluye una separación de los ritos de las facciones romana, luterana y zwingliana.
- Los oficios de una iglesia local deben ser apartados por la iglesia y es su responsabilidad la edificación de los creyentes por medio de la enseñanza de la Palabra de Dios.
- Los creyentes no deberían recurrir a la fuerza, sea en defensa propia o en una guerra ordenada por el estado.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

- Los creyentes no debieran prestar ningún juramento, ni tampoco recurrir a la ley.

Parece increíble que estas ideas fuesen consideradas como heréticas entre los protestantes y suscitara una cruel y amarga persecución. En 1527 Sattler fue arrestado en Rottenburgo y sentenciado a sufrir una muerte 'ejemplar' por sus captores católicos: «Michael Sattler será entregado al verdugo, el cual le cortará en la plaza primeramente la lengua, luego le atará a un carromato y allí con unas tenazas al rojo vivo le desgarrará el cuerpo dos veces, haciendo lo mismo yendo hacia el lugar de la ejecución durante cinco veces. En el lugar designado, quemarán su cuerpo hasta reducirlo a cenizas, por ser un archihereje». La sentencia fue cumplida fielmente, mientras que su esposa fue ahogada junto a otros hermanos.

La tragedia de Munster

Quizá el episodio que más contribuyó a desprestigiar la causa anabaptista fue la llamada «tragedia de Munster». Como se ha mencionado antes, durante el siglo XVI diferentes grupos de personas fueron llamadas anabaptistas. En medio de ellos existían algunos líderes exaltados, que propugnaban métodos violentos de acción, completamente opuestos a las enseñanzas pacíficas de los hermanos, y que, además, anunciaban el establecimiento inminente y material del reino de Dios en la tierra.

La difícil condición en que vivía la gente más pobre y la gran cantidad de abusos cometidos por los poderosos y los príncipes contra ellos, atrajeron a muchas de estas personas simples y crédulas hacia aquellos profetas exaltados. Por otro lado, algunos hermanos, que habían sufrido enormemente a manos de sus captores y perseguidores, fueron arrastrados tras sus promesas de justicia y vindicación. Así se preparó el escenario para la tragedia de Munster.

En 1537, dos de estos predicadores exaltados, Jan Mattys y John de Leyden, llegaron hasta la ciudad de Munster, proclamando que la Nueva Jerusalén sería establecida en ese lugar. Allí ya existía una congregación protestante que estaba bajo la conducción de Bernard Rothmann, un pastor amable y pacífico, que, sin embargo, cayó rápidamente bajo la influencia de los nuevos profetas. También hasta Munster, habían llegado además, muchos refugiados, pues el príncipe gobernante, Felipe, la había declarado una ciudad de refugio. Y entre ellos habían verdaderos creyentes y

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

otros tantos descontentos y fanáticos.

En medio de esa multitud heterogénea, ejercieron su influencia ambos predicadores, exaltando los ánimos en contra de los magistrados de la ciudad, a quienes pronto depusieron, para colocar otros completamente controlados por Matthys. Desde allí se dedicaron a decretar leyes extremas bajo la influencia de algunas supuestas ‘inspiraciones proféticas’. Así, se ordenó limpiar la ciudad de incrédulos y bautizar a todos sus habitantes por la fuerza. Entretanto, el obispo de Munster había sitiado la ciudad con sus tropas.

Entonces, Matthys, creyendo ser guiado por una ‘revelación’, atacó súbitamente las tropas del obispo y resultó muerto. Lo sucedió Leyden, quien reforzó el control y el extremismo, obligando a todos a vivir en comunidad de bienes e instituyendo la poligamia. Tomó como esposa a la viuda de Matthys y, con la cual se hizo coronar como rey y reina de la ciudad. Sin embargo, y finalmente, las tropas del obispo quebraron la dura resistencia de los defensores y penetraron en la ciudad asesinando a todos sus oponentes. Leyden fue torturado y ejecutado en el mismo sitio donde se había coronado rey.

En verdad, los exaltados de Munster tenían muy poco que ver con los pacíficos hermanos representados por Hubmeyer, Manz, Grebel, Denck, Sattler y otros. No obstante, los acontecimientos que protagonizaron contribuyeron a crear, entre la gente de su tiempo, una imagen negativa de los hermanos anabaptistas, pues se creía que todos eran parte del mismo movimiento. Esto dio pie para que sus perseguidores aprovecharan el episodio, justificando todavía más la represión de los hermanos y aumentando la ‘propaganda’ en su contra.

Crecimiento y persecuciones

Los hermanos se esparcieron rápidamente por Europa, siempre perseguidos y obligados a huir de un lado a otro. A través de toda Austria se levantaron numerosas congregaciones, como también en Alemania, Holanda y Moravia. En el Tirol y Gorz, cientos de hermanos fueron quemados en la hoguera, decapitados o ahogados. En Salzburgo, donde una congregación completa de setenta personas, fue condenada a muerte, una joven creyente provocó un gran sentimiento de compasión entre la

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

multitud reunida para presenciar la ejecución, debido a su juventud y belleza. Todos pidieron a gritos que fuera perdonada, sin embargo no se hizo excepción. Los ejecutores la colocaron bajo el peso de un inmenso abrevadero para caballos hasta que murió. Luego retiraron su cuerpo y lo arrojaron a las llamas. Así selló su heroico testimonio por Cristo.

Pero, ella fue sólo una más entre los miles de mártires anabaptistas. Entre tanto, muchos hermanos encontraron refugio en Moravia, donde fundaron varias comunidades en las que mantenían un régimen de comunidad de bienes, forma de vida que fue adoptada debido, en parte, a la gran cantidad de viudas y huérfanos que debían cuidar a causa de su elevado número de mártires; pero también, porque deseaban sinceramente seguir el ejemplo de la iglesia en Jerusalén, registrado en el libro de los Hechos.

Menno Simon

En consecuencia, el episodio de Munster exacerbó por todas partes la persecución contra los hermanos. Muchas congregaciones fueron acusadas, sin prueba alguna, de estar en complicidad con los líderes de Munster, y perseguidas con mayor violencia y crueldad aún. A tal punto que, en Alemania, Holanda y otros lugares, el movimiento casi se extinguió. Entonces surgió la figura de Menno Simon, quien ayudó a las menguadas y esparcidas congregaciones a reorganizarse y enfrentar la adversidad.

Menno, que viajó incansablemente, animando y fortaleciendo a los hermanos por todas partes, había sido previamente un sacerdote católico. Después de un tiempo de estudiar las Escrituras, asistió al heroico martirio de un creyente anabaptista llamado Sicke Snyder, quien fue decapitado por negar el bautismo de infantes. Quedó tan conmovido por su entereza y fe, que decidió unirse a la causa anabaptista.

Desde ese momento trabajó infatigablemente entre los hermanos. Y combatió ardientemente contra la errónea identificación de los hermanos con la «secta de Munster» En su autobiografía nos dice que, «Luego irrumpió la secta de Munster, con la que muchos corazones piadosos, también entre nosotros, fueron engañados. Mi alma estaba en una gran inquietud, porque notaba que eran celosos, pero doctrinalmente errados. Con mi pequeño don, a través de la predicación y la

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

enseñanza, me opuse al error, tanto como pude...».

Y después, en otro escrito, «Nadie puede de verdad acusarme de concordar con la enseñanza de Munster; por el contrario, durante diecisiete años, hasta el día presente, me he opuesto y luchado en su contra, privada y públicamente, con la voz o la pluma. Nunca reconoceremos como hermanos y hermanas a aquellos que, como el pueblo de Munster, rehúsan la cruz de Cristo, desprecian la palabra de Dios y practican las pasiones terrenales».

Trabajó estableciendo y confortando a las iglesias en Holanda con tanto éxito que, en 1543 el Emperador lo declaró fuera de la ley y puso un precio a su cabeza. Obligado, dejó el país, y se las arregló para escapar de sus captores durante los próximos veinticinco años sin ser aprehendido, enseñando y ayudando a las iglesias. Finalmente se estableció en Fresenburg, donde continuó trabajando y escribiendo en defensa de las creencias anabaptistas hasta que algunos de sus escritos llegaron a manos de las autoridades de varios países. Esto ayudó a aliviar un poco la persecución y la animadversión contra los hermanos, quienes consiguieron algún grado de libertad de culto.

Menno Simon murió de muerte natural en 1559. No obstante, debido a su gran influencia entre los hermanos anabaptistas, las congregaciones en las que trabajó comenzaron a llamarse, posteriormente, ‘menonitas’, algo con lo que, probablemente, él mismo no hubiese estado de acuerdo.

Legado

El valiente testimonio de los hermanos anabaptistas dejó una herencia invaluable para los creyentes que vinieron después. A ellos se debe la recuperación de la verdad de la iglesia como constituida por asambleas formadas exclusivamente por creyentes regenerados, separadas del mundo e independientes del estado, participativas y abiertas a la comunión con todos los que son de Cristo, en la sencillez de la enseñanza del evangelio. Regaron la semilla de la libertad cristiana con la sangre de sus mártires. En siglos posteriores otros creyentes tomarían la bandera de la causa anabaptista y la llevarían más adelante, en las así llamadas iglesias ‘no conformistas’ e ‘independientes’.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Además, su determinado pacifismo se levantó en medio de la intolerancia y fanatismo de su tiempo, como un imperecedero testimonio de cuál puede y debe ser siempre el verdadero espíritu del evangelio, cualesquiera que sean los tiempos, las épocas y las circunstancias.

Por último, al enfatizar la necesidad de una vida de santificación práctica y real, ayudaron a equilibrar los excesos de la enseñanza de la «justificación por la fe» entre los protestantes, que en muchos casos tendía a hacer de esta el único elemento de la salvación, olvidando la regeneración y los frutos de santificación como parte de una vida verdaderamente salva.

Es difícil no ver en la amarga y cruel persecución que tiñó de sangre su historia, el odio y la hostilidad del príncipe de este mundo, que está determinado a estorbar el testimonio de Cristo en esta tierra; pero también, la persistente fidelidad de Dios, que siempre se ha reservado un testimonio fiel y ha conducido a su pueblo aún a través de las noches más largas y oscuras. Como está escrito: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida».

Hermanos No Conformistas en Inglaterra

Retazos de luz entre nubes oscuras

Durante la Reforma, los anabaptistas habían enseñado y sacrificado sus vidas por la completa separación entre la iglesia y el mundo, incluyendo al poder político y civil del Estado. Una total independencia de cualquier potestad de este mundo para depender solamente de Cristo, su cabeza, había sido su meta. A continuación, Inglaterra se convirtió en el territorio donde estas verdades se encarnarían en numerosos grupos de hermanos que valientemente se enfrentaron al Estado y su determinación de establecer una iglesia que estuviese bajo su control.

En esta historia hemos de encontrar con tristeza, una y otra vez, la misma confusión de luces y sombras que caracterizó al período de la Reforma. Porque a ambos lados de la disputa hubo hermanos sinceros y convencidos de sus puntos de vista. Sin embargo, también la intolerancia hacia aquellos que pensaban distinto, así como la lealtad hacia sus reyes y gobernantes, pesó en muchos de ellos más que su vínculo espiritual con otros hermanos que anhelaban una iglesia más pura, simple y acorde con las enseñanzas del Nuevo Testamento. De esta manera, también en Inglaterra el Estado persiguió a aquellos creyentes que disentían de la iglesia oficial y sus prácticas. Estos hermanos perseguidos fueron conocidos en general con el nombre de No Conformistas.

La Reforma en Inglaterra

Sería un error pensar que todos aquellos disidentes de la iglesia oficial constituían un grupo organizado y homogéneo. Por el contrario, había entre ellos varios grupos, cuya diferencia radicaba en el grado de compromiso que concedían a la iglesia en su

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

relación con el Estado. Para entenderlo mejor, es necesario considerar primero las peculiares características que tuvo la Reforma en Inglaterra.

A diferencia del resto de Europa, la separación de la iglesia católica romana no se produjo por motivos religiosos, sino por la decisión política del rey Enrique VIII, quien deseaba divorciarse de su primera esposa, Catalina de Aragón. El Papa le negó el divorcio, debido a que España, a cuya casa real pertenecía Catalina, era el gran bastión político y militar del catolicismo. Apoyado por el arzobispo Cranmer, primado de la iglesia de Inglaterra, quien sostenía que la Reforma debía producirse haciendo del poder civil un poder superior al eclesiástico, Enrique VIII separó a la iglesia inglesa de Roma, para convertirla en una iglesia nacional, cuya cabeza suprema sería el mismo rey (año 1531).

Como consecuencia, surgió la Iglesia de Inglaterra, que en principio no se diferenciaba en nada de su fuente católica, excepto en su rechazo a la autoridad de Roma. Sin embargo, desde hacía algunos años, el fermento espiritual de la Reforma ya había estado actuando en el país, inclusive entre muchos obispos de la iglesia oficial. William Tyndale había publicado en 1525 su edición del Nuevo Testamento en inglés, a pesar de la oposición del clero, y, de esta manera, abrió la puerta del conocimiento de las Escrituras al pueblo inglés. Aunque Tyndale fue quemado en la estaca en Bélgica (1536), tras haber huido de Inglaterra, su traducción probó ser una invaluable aliada de las ideas reformistas que por todas partes comenzaban a invadir la isla.

Tras la muerte de Enrique VIII, lo sucedió su hijo Eduardo VI, bajo cuyo reinado la iglesia de Inglaterra se volvió definitivamente protestante en cuanto a sus doctrinas fundamentales, aunque no en cuanto a sus prácticas, debido a la influencia de algunos destacados obispos, como Latimer, Ridley, Coverdale y Cranmer. Sin embargo, a su breve reinado siguió el fanático gobierno de la católica reina María, quien, a causa de sus excesos y crueldades, fue llamada por sus compatriotas Bloody Mary (María la Sanguinaria).

Ésta intentó ahogar la Reforma en un baño de sangre, en el que sufrieron el martirio miles de creyentes, incluyendo los grandes obispos reformadores. No obstante, y paradójicamente, nada hizo más por la causa de la Reforma en Inglaterra como las

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

crueldades de María y el valiente martirio de aquellos nobles obispos. Como tinta indeleble se grabaron en el corazón del pueblo inglés las proféticas palabras que Latimer dirigió a Ridley cuando ambos enfrentaron juntos las llamas de la hoguera: «Ten ánimo, Maestro Ridley, y sé un hombre; este día nosotros, por la gracia de Dios, encenderemos en Inglaterra una antorcha que jamás podrá ser apagada».

Tras la muerte de María, ascendió al trono Isabel I, quien, forzada por las circunstancias, debió favorecer la causa protestante de la Iglesia de Inglaterra, ya que, siendo hija ilegítima del segundo matrimonio de Enrique VIII (rechazado por el Papa), nunca contó con la aprobación de Roma para reinar. Por lo mismo, debió buscar apoyo en las naciones protestantes contra la amenaza católica de Felipe II de España. Este hecho, unido a los ya mencionados anteriormente, inclinó la balanza de manera decisiva hacia el protestantismo en Inglaterra. Sin embargo, también dio ocasión para el nacimiento y la persecución de los hermanos disidentes, pues la Iglesia de Inglaterra tenía por cabeza a la Reina, y todos los súbditos del reino fueron forzados por ley a permanecer en ella.

Los No Conformistas

Por cierto, muchos creyentes se opusieron a que la iglesia tuviese por cabeza un rey humano, y no al Señor Jesucristo. Por otra parte, muchos rechazaron la falta de conformidad con las enseñanzas bíblicas en las prácticas de la iglesia oficial, que retuvieron mucho del ritual, la pompa y el ceremonial del catolicismo. Otros iban más lejos, y siguiendo las ideas de los anabaptistas, rechazaban por completo la idea de una iglesia sometida al Estado, que no distinguía entre creyentes y no creyentes. Por último, estaban aquellos que, al igual que los anabaptistas, rechazaban el bautismo de niños, y reclamaban un bautismo libre y responsable como señal distintiva de la separación entre la iglesia y el mundo.

Este estado de cosas cristalizó en diferentes grupos y movimientos no conformistas, que a veces actuaron de común acuerdo y en otras, en lados opuestos de la disputa, dependiendo de los vaivenes políticos de la nación. Todos ellos fueron conocidos como No Conformistas, debido a su rechazo de la iglesia establecida por el Estado.

Entre ellos, quienes aprobaban la existencia de una iglesia estatal, pero que, no

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

obstante, anhelaban que conformase sus prácticas a la Escritura según los lineamientos formulados por Calvino, y más aún por el reformador escocés John Knox, fueron conocidos como Presbiterianos. Estos, además, objetaban el gobierno episcopal, y proponían uno de tipo precisamente 'presbiteriano', aunque igualmente centralizado. Quienes rechazaban la unión de la iglesia y el Estado, aunque otorgaban a veces cierto rol al Estado como protector y defensor de la «fe verdadera», fueron conocidos como «Independientes». Y finalmente, aquellos que seguían la visión más radical de los anabaptistas, y rechazaban cualquier tipo de unión o protección del Estado, y a la vez rechazaban el bautismo de niños, fueron conocidos como Separatistas y, también, «Bautistas». Por supuesto, las líneas de separación entre todos estos no siempre fueron nítidas, pues se trató de una época en que muchos buscaban la verdad en las diversas facciones cristianas.

Tanto independientes como bautistas rechazaban cualquier gobierno eclesiástico por encima de cada congregación particular de creyentes, fuera episcopal o presbiteriano, y por eso fueron conocidos también como «congregacionalistas». Fue a través de ellos que vino la idea de que cada congregación debe ser considerada como una iglesia autónoma e independiente de cualquier gobierno superior, sea este eclesiástico o político.

En verdad ellos vieron en la Escritura un principio hasta entonces olvidado: que en el Nuevo Testamento cada congregación o iglesia era independiente de las demás en gobierno y administración, teniendo a Cristo como cabeza, aunque mantenían entre ellas lazos de hermandad y comunión. Así, un importante paso en la restauración de la iglesia fue dado en aquellos años por los así llamados hermanos No Conformistas. No obstante, como veremos luego, aquí también estuvo el origen del moderno denominacionalismo evangélico, con todas sus innumerables y dolorosas divisiones.

Todos estos grupos compartían un ideal de pureza, santidad y espiritualidad, tanto individual como congregacional, por cuya causa fueron también conocidos genéricamente como «Puritanos». Su interés principal fue la existencia de una iglesia pura, espiritual, libre de tradiciones humanas, y plasmada en congregaciones libres para seguir al Señor conforme a la dirección de su Palabra y su Espíritu. Daban, por lo mismo, un énfasis central a la predicación de la Palabra, pero no realizada de una manera formal y convencional, sino inspirada y profética. De hecho, muchos de ellos

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

empleaban la expresión «profetizar», tomada de 1ª Corintios 14, en lugar de «predicar». Y todos ellos adherían fervorosamente a las doctrinas reformadas, aunque haciendo un gran énfasis en la vida y la experiencia, antes que en el conocimiento meramente académico e intelectual de las mismas.

Iglesias independientes y persecuciones

Existen registros de que existían en Londres iglesias no conformistas en el año 1555, durante el reinado de Isabel I. También las había en otras partes de Inglaterra, muchas de las cuales llegaron a estar, más tarde, asociadas con las enseñanzas de Robert Browne.

Éste había estudiado en Cambridge y convertido en un puritano favorable a la idea de una iglesia estatal. Pero, por razones desconocidas, cuando tenía alrededor de 30 años, su perspectiva experimentó un cambio radical. En 1581, él y otros amigos establecieron una iglesia independiente en Norwich. Pronto su enseñanza atrajo sobre él y aquella congregación la persecución del Estado, pues la disensión de la iglesia oficial estaba prohibida y se castigaba con la prisión o la muerte. Por tanto, él y una gran parte de la congregación, huyeron de Inglaterra y se refugiaron en Holanda, que a la sazón se había convertido en refugio de muchos cristianos disidentes de la iglesia estatal, llegados de diversas partes de Europa.

Desde Holanda, Browne continuó escribiendo tratados en los que mostraba cómo la iglesia consiste en compañías de creyentes unidas a través de su comunión con Cristo. Cada congregación debe establecer sus propios oficios por los cuales debe ser gobernada (pastores y diáconos), de una manera totalmente independiente, aunque estrechamente vinculada con otras congregaciones por lazos espirituales de amor.

En 1583, dos hombres fueron ahorcados en Inglaterra por distribuir su literatura, mientras que sus libros fueron quemados. A pesar de todo Robert Browne retornó a Inglaterra, donde, después de ser perseguido y cazado, fue encarcelado. Allí su mente y su cuerpo colapsaron al fin bajo el intenso sufrimiento que debió soportar. Aceptó regresar por fuerza a la iglesia oficial, donde permaneció hasta su muerte en el año 1633.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Todo tipo de disensión de la iglesia oficial fue prohibida y perseguida: presbiterianos, y en especial independientes y bautistas. Cientos y quizá miles murieron en la cárcel debido al maltrato, las malas condiciones de vida y las enfermedades que sufrieron allí dentro.

Otras figuras prominentes entre los independientes fueron Barrowe, Greenwood y Penry. Los dos primeros fueron ahorcados por sostener que el único curso correcto para aquellos que no creían que la iglesia estatal fuese bíblica, era separarse de ella. Y que resultaba también deshonroso para un hombre aprobar aquello en lo que no creía, y aceptar incluso una posición dentro de ello y recibir además un pago (en referencia a la iglesia estatal). Por otra parte, Penry fue conmovido por la condición miserable de la gente en Gales, y trabajó infatigablemente entre ellos predicando, y estimulando a otros a hacer lo mismo. Era un hombre de carácter santo, amable y compasivo, por lo que fue muy estimado entre las personas comunes a quienes servía. Tuvo mucho éxito en la conversión y edificación de numerosos creyentes en Gales, Escocia e Inglaterra, dentro de congregaciones 'independientes'. Pero esto le atrajo la envidia y la enemistad del clero galés. Capturado finalmente en Londres, fue colgado poco después de sus compañeros de labor.

La iglesia que estos hermanos ayudaron a establecer en Londres fue conocida como «Privye Church». Se reunían sobre el principio de «dos o tres reunidos en el nombre del Señor», en diferentes casas, o bien al aire libre. En 1567 fueron sorprendidos mientras celebraban una de sus reuniones y catorce de sus miembros resultaron encarcelados.

En 1592, cincuenta y seis fueron capturados en otra reunión de adoración. Muchos de ellos pasaron largos años en prisión, reclusos en oscuros calabozos, aprisionados con grillos y cadenas, en la más completa indefensión y miseria. Un total de 41 hermanos de entre ellos murieron en la cárcel en el transcurso de varios años de persecuciones.

La posición de la Iglesia Oficial

La defensa oficial de la Iglesia de Inglaterra fue llevada a cabo por el obispo Richard Hooker, en oposición a los planteamientos no conformistas, en su libro «Política Eclesiástica». Resulta ilustrativo conocer sus ideas, pues en ellas se resumen

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

claramente los principales argumentos de aquellos que rechazan cualquier cambio del orden neotestamentario de la iglesia, y que abogan por la flexibilidad y la acomodación a las «circunstancias históricas» del mismo.

Describiendo los planteamientos no conformistas dice: «Porque está fuera de duda que el primer estado de cosas fue el mejor, que en el principio de la religión cristiana la fe fue más pura, las Escrituras de Dios mejor entendidas por todos los hombres... en consecuencia se sigue por necesidad que las costumbres, leyes y ordenanzas fabricadas después no son buenas para la Iglesia de Cristo; pero, que el mejor camino es cortar por completo las invenciones posteriores y reducir las cosas al antiguo estado en que estuvieron al principio».

Y su respuesta a esta posición fue la siguiente: «Así que al atar la Iglesia a las órdenes del tiempo de los apóstoles, la atan a una regla increíblemente incierta; ellos demandan que no se observe ninguna orden, salvo aquellas que puedan ser reconocidas como apostólicas por medio de los mismos escritos apostólicos... Estoy seguro de que el significado de estas no es que deberíamos congregarnos a nuestro pueblo en reuniones secretas y cerradas para servir a Dios; o que los ríos y arroyos deberían ser usados para bautizar; o que la eucaristía (Cena del Señor) debería ser ministrada después de una comida; o que la costumbre de que la iglesia festeje junta debería ser renovada; o que toda clase de provisión económica estatal para el ministerio debería ser completamente abolida, y su situación debería depender otra vez de la devoción voluntaria de los hombres. En estas cosas percibimos cuán inadecuado es en el presente lo que fue conveniente en la primera edad. La fe, el celo y la piedad de los primeros tiempos son dignas de ser honradas ¿Pero, prueba esto que las órdenes de la Iglesia de Cristo deben ser aún acomodadas a ellas; que nada puede ser a menos que haya sido entonces; o que, desde que estas costumbres han cesado, nada posterior es aceptable?».

Ahora bien, el asunto sólo podía responderse a partir de otra pregunta: ¿Las formas del Nuevo Testamento eran circunstanciales, temporales y producto de la contingencia, o expresaban de un modo único y verdadero la naturaleza de la Iglesia? Una cuidadosa e independiente revisión del Nuevo Testamento, hecha en un espíritu de obediencia, llevó a muchos hermanos a comprender que no se trataba de principios circunstanciales, sino de la esencia misma de la iglesia. Por ello, el regresar

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

no sólo a la doctrina del Nuevo Testamento, sino también a sus principios y formas de organización y funcionamiento, resultaba vital. La vida tiene su manera propia y única de crecer y desarrollarse, y ninguna circunstancia histórica puede justificar el desarrollo de estructuras e instituciones extrabíblicas para contenerla, pues eso significaría, a largo plazo, suprimirla, tal como la historia de la Iglesia se ha encargado de demostrar una y otra vez.

Por cierto, en aquel tiempo, como siempre sucede en estos casos, había diferentes grados de luz y no poca confusión. Distintos y opuestos puntos de vista eran sostenidos por hermanos igualmente honestos y sinceros en su fe. Esto no se puede juzgar ni condenar. Lo que resulta, sin embargo, injustificable, es el espíritu de resentimiento, intolerancia y rencor que siguió a toda la disputa.

El poder político y la gracia divina son básicamente incompatibles. Cuando el uno y el otro se encuentran unidos, la gracia, la compasión y la misericordia desaparecen, dejando lugar a un espíritu implacable y carente de misericordia. Pues el Estado tiene sus propios fines, por completo ajenos a los fines del evangelio. La iglesia ha debido sufrir demasiado a lo largo de los siglos debido al olvido, descuido o rechazo de esta verdad.

En esta extraña, compleja y, en ocasiones, trágica historia de la iglesia en Inglaterra, encontramos en germen de casi todo lo que hoy conocemos como cristianismo evangélico, con todas sus luces y sombras. Los diferentes grados de asociación con el Estado, desde el compromiso anglicano casi total en lo que se refiere a organización y gobierno (aunque no en cuanto a doctrina); pasando por la idea presbiteriana de un Estado cristiano más flexible, pero quizá aún muy comprometida; hasta la independencia total de las iglesias congregacionalistas, con dos posibles caminos a seguir: el denominacionalismo evangélico, o las iglesias neo-testamentarias. El primer camino fue seguido casi invariablemente por los creyentes independientes que vinieron después de aquella época. El segundo debió esperar por mucho tiempo más.

Sin embargo, aquel tiempo fue testigo de cómo muchos hermanos levantaron la antorcha de la restauración en medio una gran adversidad y oposición, y se sacrificaron, al igual que muchos antes de ellos, por ser fieles a la iglesia delineada en las páginas del Nuevo Testamento. En ellos podemos descubrir el río secreto del

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Espíritu que ha fluido a través de los siglos para mantener siempre sobre la tierra el testimonio de Dios. Más adelante veremos como ese testimonio se irá haciendo cada vez más explícito.

Las primeras congregaciones

Durante el reinado de Isabel I, toda forma de disentimiento de la Iglesia de Inglaterra fue prohibida y castigada con la cárcel. Sin embargo, hacia el final de su gobierno, se cambió la prisión por el exilio. En aquel tiempo florecieron en Gainsborough y Scrooby dos congregaciones independientes, bajo la conducción de John Smyth y John Robinson. Pero fueron hostigados constantemente hasta que, tras la muerte de Isabel y el advenimiento de Jacobo I, ambas congregaciones se vieron obligadas a huir masivamente a Holanda.

Emigraron juntas en 1607, en un largo viaje lleno de prisiones, y dolorosas separaciones. Y arribaron a Holanda separadas en pequeños grupos de hermanos, destituidos de sus bienes, casas y derechos civiles. Pero allí fueron recibidos con compasión por las iglesias nativas.

En Holanda formaron una iglesia de inmigrantes que perseveró unida por un tiempo. No obstante, en aquella época las iglesias del país estaban involucradas en severas disputas doctrinales. La más importante dividía amargamente a calvinistas y arminianos. Pronto la congregación se vio afectada por la misma disputa, al punto que la separación se hizo inevitable. Smyth fue excluido de la comunión junto a cuarenta hermanos más y formó una nueva congregación. Más tarde Robinson, quien rechazaba la forma presbiteriana de gobierno que otros líderes de la congregación apoyaban, se apartó también de ella y comenzó una nueva congregación en Leyden donde continuó con un influyente ministerio.

Todas estas dificultades ilustran el surgimiento de una nueva forma de concebir la organización de la iglesia, cuya influencia llega hasta nuestros días. En ella se abandona la unidad de los creyentes en Cristo como terreno común de la iglesia (los no conformistas habían luchado por la unidad visible de los verdaderos creyentes en iglesias independientes del estado) y se sustituye por doctrinas y formas de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

organización particulares. De hecho, a su regreso a Inglaterra, quienes sustentaban el punto de vista calvinista formaron las así llamadas iglesias «bautistas particulares», mientras que los de tendencia arminiana, establecieron las «iglesias bautistas generales». Hermanos que habían nacido y crecido juntos, ahora descubrían que ya no podían continuar juntos debido a sus diferencias doctrinales. Este fue el embrión del denominacionalismo evangélico con toda su serie de interminable de dolorosas divisiones entre los santos.

Otro evento de vastas consecuencias surgió de estas iglesias. Muchos hermanos, cansados de la persecución y la falta de libertad para vivir su fe, decidieron emigrar al «Nuevo Mundo», para formar una nueva nación. Pionera en este gran movimiento puritano fue la congregación de Leyden. Allí se formó el primer grupo de exiliados que embarcó en el Mayflower rumbo a América. Las iluminadas palabras de despedida que les dirigió John Robinson merecen recordarse:

«Les encomiendo delante de Dios y sus ángeles escogidos que no me sigan a mí más de lo que me han visto seguir al Señor Jesucristo. Si Dios revela algo por medio de cualquier otro de sus instrumentos, estén prontos para recibirlo tal como recibieron lo que hubo de verdad en mi ministerio. Porque estoy verdaderamente persuadido de que el Señor tiene aún más verdad que extraer de su santa Palabra. Por mi parte, no puedo lamentar lo suficiente la condición de aquellas iglesias reformadas que... al presente, no irán más allá de los instrumentos de su reformación. Los luteranos no pueden ser convencidos para ir más allá de lo que Lutero vio; cualesquiera que sean los aspectos de su voluntad que Dios reveló a Calvino, preferirían morir antes que abrazarlos. Y los calvinistas, como pueden ver, permanecen firmemente pegados en el mismo lugar donde los dejó aquel gran hombre de Dios, quien, sin embargo, no vio todas las cosas. Esta es una lamentable tragedia, porque a pesar de que ellos fueron brillantes luces que ardían en su tiempo, no comprendieron todo el consejo de Dios».

Tranquilidad y persecuciones

Durante largos años, tanto independientes como bautistas fueron perseguidos, puestos en prisión, mutilados y ejecutados debido a su rechazo de la iglesia estatal. Pero, a pesar de todo, el número de sus congregaciones aumentó. En 1641, la Cámara de los Lores de Inglaterra afirmó que existían cerca de ochenta reuniones «sectarias»

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

en Londres y sus alrededores.

La situación mejoró notablemente para las iglesias no conformistas durante la Guerra Civil, a pesar de que el elemento presbiteriano de entre ellas consiguió, con el apoyo del Parlamento, trazar las líneas de una «Nueva Iglesia», basada en la organización de la iglesia presbiteriana escocesa. Esta nueva forma, aceptada y ratificada por el Parlamento, se quiso imponer a toda Inglaterra para suprimir así toda forma de divergencia (tanto de independientes como bautistas). Sin embargo, su empeño no pudo realizarse, debido, en gran parte, a la oposición de Cromwell, el Lord Protector. Su ejército estaba compuesto por hombres de todas las tendencias cristianas, que habían peleado codo a codo, y no estaban dispuestos a que se limitara la libertad de conciencia por la que habían luchado. En una rápida acción, disolvieron el Parlamento y establecieron la República, donde la plena libertad de conciencia fue garantizada para todos.

En aquellos años de tolerancia, un importante esfuerzo por alcanzar la unidad entre las diferentes facciones no conformistas fue llevado a cabo bajo los auspicios de Oliver Cromwell, él mismo un independiente. En el año 1654 se reunió un grupo de teólogos puritanos para delinear el terreno esencial para la unidad evangélica. Lo que ellos buscaban era un «mínimo aceptable» para tener comunión. En las inspiradoras palabras de Robert Harris, miembro de la asamblea de Westminster, se puede ver mucho del espíritu que los animaba: «No me aventuro a definir lo que es tan simplemente fundamental y absolutamente necesario, sin lo cual no hay esperanza. Esto es de lo que estoy seguro: Primero, los puntos fundamentales son menos numerosos de lo que muchos, de ambos lados, piensan que son. Segundo, que ningún muro de arrimo y ninguna superestructura destruyen el fundamento». Aquí encontramos un iluminado llamado a la comunión con base en el fundamento esencial, que ninguna división posterior debiera destruir. Y agrega: «Los hombres humildes y de corazón sincero, a pesar de divergir en las opiniones, pueden andar juntos, orar juntos y amarse unos a otros, y es lo que de hecho hacen».

Esta comisión estuvo integrada, entre otros, por Richard Baxter y John Owen, ambos notables teólogos de la historia del Puritanismo. Sus conclusiones fueron redactadas en 16 puntos esenciales e inclusivos, que –pensaban– cualquier creyente verdadero podría firmar (no había alusiones a formas de organización, ni tampoco a doctrinas

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

específicas y controversiales). Sin embargo, a pesar de que supuso un notable esfuerzo en procura de una unidad real, fracasó, debido a que para muchos creyentes de esa época pesaron más los intereses particulares y partidistas. El camino del denominacionalismo evangélico había sido delineado y en el futuro los creyentes preferirían reunirse y caminar juntos sólo con aquellos que piensan y comparten sus puntos de vistas específicos, en adición a lo fundamental.

Durante toda la regencia de Cromwell, las iglesias no conformistas gozaron de una gran libertad para reunirse y predicar el evangelio. Los obispos anglicanos estaban en el exilio, y muchos pensaron que el nuevo estado de cosas era definitivo. Sin embargo, no fue así. La confianza que muchos creyentes pusieron en la acción política para establecer sus ideas religiosas se vio, una vez más, defraudada. A la muerte de Cromwell, el viejo orden monárquico fue restaurado, y los obispos exiliados retornaron a su lugar. En 1662 se dictó el «Acta de Uniformidad» por la cual todo ministro de Inglaterra debía declarar públicamente ante su congregación su asentimiento al libro de oración común de la «Iglesia de Inglaterra» (que reúne todos sus ritos y fórmulas), y obtener, además, su ordenación episcopal para seguir ejerciendo su función. Como consecuencia, alrededor de 2.000 ministros que rehusaron conformarse al acta fueron expulsados de sus congregaciones.

A continuación, el gobierno inglés dispuso severas medidas contra los hermanos disidentes. Se les prohibió ejercer cargos públicos, ocupar posiciones de autoridad y realizar reuniones con más de cinco personas presentes además de su familia. A los ministros expulsados se les prohibió acercarse a menos de 10 kilómetros del lugar en que habían ejercido antes su ministerio. Las penas para quienes transgredían estas normas eran excepcionalmente severas.

Estas duras y desiguales condiciones se mantuvieron desde mediados del siglo XVII hasta bien entrado el siglo XIX. Sin embargo, y a pesar de todo, los hermanos continuaron reuniéndose en secreto, durante aquellos largos años de persecución y sufrimientos. Entre tanto, dieron a luz una gran cantidad de literatura y música inspirada. Muchos hombres dotados de gracia y poder espiritual marcharon entre sus filas: Isaac Watts (1674-1748), un independiente, escribió muchos himnos que se cantan hasta hoy; John Owen (1616-1683) fue un poderoso exponente de las enseñanzas de los Hermanos; y, quizá el más conocido de todos, John Bunyan, quien

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

escribió uno de los libros con más difusión en la historia del cristianismo: «El Progreso del Peregrino».

Luces y sombras

Resulta imposible hacer una evaluación del legado de los Hermanos No Conformistas de Inglaterra, sin mencionar cuánto les debe el moderno movimiento evangélico en casi todas sus ramas y variantes, con todas sus luces y sombras.

De ellos, como vimos, vino el concepto de iglesia como sinónimo de congregación. Al revisar sus Biblias comprendieron que la «iglesia nacional» (v.gr. iglesia de Inglaterra, iglesia de Alemania, etc.) era una noción sin fundamento escritural, pues el uso regular de la palabra iglesia en el Nuevo Testamento se refiere a una congregación local, compuesta por creyentes regenerados y separados del mundo de manera visible. Cada congregación o iglesia es, por lo mismo, independiente en cuanto a su funcionamiento y administración de las demás congregaciones, con las cuales mantiene, no obstante, lazos de hermandad.

Este concepto de iglesia estaba unido a un fuerte énfasis en la doctrina cristiana como base de comunión. Por doctrina entendían las verdades escriturales que debían ser expuestas a la iglesia por medio de una predicación inspirada, directa y profética. No podía ser simple ortodoxia fría, sino una enseñanza viva y experimental. Por lo mismo, daban un gran énfasis a la función pastoral, cuyo centro era la predicación. De hecho, fue con ellos que surgió la costumbre de colocar el púlpito y la Biblia en el lugar central de las reuniones, tal como se hace hasta hoy en la mayoría de las congregaciones evangélicas.

Sin embargo, con el transcurso del tiempo, este énfasis en la doctrina correcta los llevó a dividirse por cuestiones doctrinarias no esenciales en congregaciones separadas y excluyentes, cuya base de comunión era el énfasis doctrinal específico que precisamente los separaba de otros hermanos (por ej., arrianismo vs calvinismo). Con esto se dio un paso decisivo hacia la conformación de asociaciones de iglesias en torno a sus doctrinas especiales. Aunque como hemos visto, se hicieron importantes esfuerzos por mantener la unidad de los creyentes por parte de sus líderes más dedicados y espirituales.

John Bunyan, al contemplar entristecido las divisiones que en sus días asolaban a los hermanos, escribió lo siguiente: «Y puesto que ustedes quisieran saber por qué nombre me gustaría distinguirme de otros, les digo que me gustaría ser, y espero que lo sea, un cristiano; ojalá Dios me considere digno de ser llamado cristiano, un creyente, o cualquier otro aprobado por el Espíritu Santo (Hech. 11:20). En cuanto a aquellos títulos facciosos de anabaptistas (bautistas), independientes, presbiterianos o semejantes, concluyo que no vienen de Jerusalén, ni de Antioquía... pues tienden naturalmente a las divisiones». Recordemos que estas palabras pertenecen a un escritor amado por todos los santos de las épocas posteriores y él mismo un no-conformista, pero que rehusaba cualquier nombre o título que dividiese a los hijos de Dios.

Ahora bien, como resultado de este fuerte énfasis en la doctrina correcta, la figura del pastor –como representante y guardián de la sana doctrina– se elevó hasta convertirse en el centro de las congregaciones no-conformistas, en desmedro, por cierto, de los demás dones y ministerios en el cuerpo de Cristo. De hecho, los puritanos desarrollaron la idea del pastor como el hombre especialmente ungido por Dios para conducir a la iglesia (entendida como congregación local).

Sin embargo, se debe reconocer que, en una época especialmente dura y compleja, los Hermanos buscaron ajustarse lo más posible a la luz que hallaron en la Escritura sobre la iglesia, y perseveraron en ella hasta el punto de sacrificar todo cuanto poseían, inclusive sus vidas. Por ello permanecen en la línea de muchos quienes, antes de ellos, elevaron la antorcha del testimonio en busca de ver restaurada la iglesia de Cristo sobre la tierra, en toda su pureza original. Si hubo sombras, se debió más bien a las limitaciones propias de su tiempo y circunstancias, y no al que no buscaran ver y obedecer a la Luz con todo su corazón. Gracias a ellos y su valiente testimonio la antorcha brilló aún un poco más.

Los Cuáqueros, guiados por la luz interior de la vida

En ciertos períodos de la historia, cuando la iglesia se ha inclinado peligrosamente hacia un extremo de la verdad –al punto de casi desviarse completamente– Dios ha respondido revelando y enfatizando el extremo opuesto, a fin de restaurar a los suyos, y traerlos de vuelta a su padrón celestial. Dicha respuesta tiene como propósito producir un efecto opuesto poderoso, capaz de traer el necesario equilibrio espiritual. Este principio se puede apreciar claramente en la vida e historia de George Fox y los Cuáqueros.

El contexto histórico

A principios del siglo XVII, Inglaterra se hallaba desgarrada por intensas luchas políticas y religiosas. Como ya vimos en los artículos pasados, la iglesia oficial y los disidentes no conformistas disputaban por el tipo de iglesia que debía consolidarse en el suelo inglés. Ambos eran protestantes, pero con enfoques radicalmente opuestos, no en cuanto a sus doctrinas esenciales, sino en cuanto a la forma exterior de la iglesia. Los anglicanos se aferraban a la iglesia legada por la tradición histórica, mientras que los disidentes querían una iglesia más ajustada al modelo del Nuevo Testamento, hasta donde ellos lo entendían. Se trataba, por tanto, de una lucha por cosas importantes, aunque exteriores.

Muy poco interesaba, en esos días, la experiencia real e interior. La vida cristiana había llegado a ser no mucho más que una profesión formal de ciertos credos protestantes considerados ortodoxos. Todo había sido reducido a la confesión exterior de un conjunto de doctrinas correctas, sin importar su verdadero impacto en la vida de quienes las profesaban. Las personas se consideraban «justificadas» por su adhesión a un credo ortodoxo formal, y no por una fe viva en Cristo muerto y

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

resucitado. Además, un calvinismo rígido, agobiante e intelectualizado llenaba los corazones de pesimismo, sobreenfatizando la condición corrupta de la naturaleza humana y su incapacidad de vivir una vida libre del poder del pecado. De este modo, se justificaban toda clase de vicios, y una relajación moral generalizada entre los así llamados cristianos. En verdad, lo que ocurría es que muy pocos conocían a Cristo por experiencia.

Este lamentable estado de cosas se reflejaba en ministros y clérigos incapaces de guiar a los hombres que pastoreaban hacia un conocimiento vivo de Cristo, pues ni aun ellos le conocían de verdad. Entre tanto, se entretenían en largos y acalorados debates teológicos, carentes de significación espiritual. Su ortodoxia era correcta, pero tan fría, muerta e impotente como un cementerio. Sin embargo, en esos días de escaso conocimiento espiritual, Dios iba a usar a un hombre llamado desde fuera de todo ese mundo religioso para comenzar a revertir la situación. Su nombre era George Fox.

Un hombre enviado por Dios

En su autobiografía, Fox nos dice que nació en Leicestershire, en Julio de 1624. Su padre, un tejedor de oficio, y su madre, que tenía mártires entre sus antepasados, eran considerados como personas rectas y cristianas. Desde niño, George mostró una seriedad poco común. Cuando tenía 19 años fue invitado a una fiesta con otros parientes ‘cristianos’, donde vio cómo algunos bebían en exceso. Disgustado al percibir tanta diferencia entre palabras y hechos, abandonó el lugar, y a partir de allí se entregó a una larga búsqueda espiritual. Viajó por diversos lugares de Inglaterra y conversó con ministros de todas las tendencias de su época, buscando respuestas a sus profundas inquietudes espirituales. En ese tiempo se sentía envuelto por densas y terribles tinieblas, pero nadie consiguió ayudarlo. Esto lo condujo a un estado de desesperación casi total. Todo a su alrededor parecía muerto e impotente. Los cristianos de sus días carecían de verdadera realidad espiritual.

Un día, mientras caminaba en dirección a la ciudad de Coventry, sintió que Dios hablaba a su corazón de manera directa, abriendo su entendimiento. Entonces comprendió súbitamente que todos, sean católicos o protestantes, si han pasado de muerte a vida, son verdaderos creyentes, mientras que quienes no han pasado por

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

esa experiencia, no lo son, aunque se llamen a sí mismos creyentes. Esa experiencia de ‘apertura’, como él la llamó, donde la verdad llegaba, ya formada, a su corazón, se repetiría en los días siguientes, y a lo largo de toda su vida. De la misma manera, entendió claramente que el haber estudiado en Oxford o en Cambridge no calificaba a un hombre para ser ministro de Cristo – a pesar de que esto iba en contra del punto de vista comúnmente aceptado, incluso por él mismo hasta ese momento.

Tras otra de esas ‘aperturas’, comprendió que Dios no habita en templos hechos por manos de hombre, sino en el corazón de la gente. Que su pueblo es su templo y que él habita en ellos. No obstante, una experiencia aún más profunda estaba por llegar. En su autobiografía nos cuenta que cuando todas sus esperanzas en ministros y predicadores, y aún en todo hombre, se habían agotado, de modo que no quedaba nada exterior en que apoyarse y nada más que él pudiera hacer, escuchó una voz que le decía, «Hay uno, Cristo Jesús, que puede responder a tu condición»¹. Entonces –nos dice– su corazón saltó de gozo. Nadie más que Cristo podía responder a su corazón entenebrecido, y esto, para que sólo Cristo tuviese la gloria. Todos, tal como él, están ennegrecidos bajo el pecado, y sólo Cristo puede alumbrarles, concediendo su gracia y poder. Sólo él tiene la preeminencia.

Este fue para él, recalca Fox, un conocimiento experimental. A partir de ese día todos sus sufrimientos, tinieblas y tentaciones se disiparon. Vio que Cristo era poderoso para vencer en él todas esas cosas y aún más. Ahora tenía la certeza de ser guardado por Cristo del poder del pecado, mediante el Espíritu Santo. Todas sus necesidades estaban satisfechas en Cristo. Tras este acontecimiento se sintió compelido a anunciar a todos los hombres aquello que había descubierto por experiencia propia, y comenzó un aguerrido ministerio itinerante. Este fue el comienzo de las «Sociedades de Amigos», a quienes sus detractores apodaron «Cuáqueros».

Sus enseñanzas y conducta

Los Cuáqueros, a partir de Fox y sus enseñanzas, rechazaban todos los aspectos exteriores de la religión de sus días, considerándolos como un formalismo vacío. Por el contrario, enfatizaban el conocimiento y las realidades espirituales interiores como lo único realmente válido. En días de ortodoxia fría y exterior, hicieron un osado llamado a «conocer la verdad en lo íntimo». La luz interior, decían, que mora en el

corazón de cada creyente, nos enseña todas las cosas. No es que menospreciaran la Biblia, como pretendían sus adversarios, sino que enfatizaban la absoluta necesidad de que el Espíritu Santo la revele en lo íntimo. Aparte de esa revelación interior, las doctrinas, y aún la misma Biblia –decían– carecen de significado. Todo debe ser evaluado por la experiencia interior.

Por ello, consideraban a la iglesia como una entidad exclusivamente espiritual, conformada por todos aquellos que han nacido de nuevo; y despreciaban todos sus aspectos exteriores como carentes de significado, inclusive el bautismo y la Cena del Señor, como parte de su reacción contra el formalismo excesivo de su tiempo. Para ellos, estos sacramentos eran interiores y espirituales. Además, rechazaban el ministerio oficial y profesional, afirmando que el verdadero ministerio era concedido por el Espíritu, aparte de los títulos y ordenaciones exteriores. Rechazaban, por otra parte, los templos, que en su tiempo eran considerados ‘lugares santos’, tildándolos de ‘casas campanarios’. Para ellos, el verdadero templo eran los creyentes, en quienes habitaba Dios en Espíritu.

En cuanto a la vida cristiana práctica, se negaban a pronunciar juramentos y detestaban todo tipo de simulación o hipocresía social. De hecho, consideraban a todos los hombres como iguales en dignidad, sin importar su origen o condición social. Se negaban a pagar ‘honorarios sociales’ a nobles u otros títulos sociales, pues sentían una aversión profunda hacia toda forma de servilismo (no obstante, reconocían los títulos de rey o juez). Jamás se quitaban el sombrero ante un poderoso o noble en señal de respeto, lo cual llevó a muchos de ellos a la cárcel.

Eran, además, pacifistas convencidos y militantes, que se negaban a usar las armas y prevenían a todos contra el uso de ellas, aún a riesgo de ser considerados como traidores. Todas las guerras sin excepción, a juicio de los hermanos, procedían de las pasiones humanas, de acuerdo con el texto de Santiago. También se oponían ardientemente a la esclavitud, pues para ellos todos los hombres eran iguales ante Dios. En suma, de acuerdo a los Cuáqueros, todo verdadero cristiano debía mostrar una vida consagrada y transformada por la vida interior del Espíritu.

Por otro lado, los hermanos creían firmemente en la vigencia de los carismas espirituales. George Fox relata numerosos incidentes de sanidades, liberaciones de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

demonios, profecías y palabras de conocimiento sobrenatural en su propia experiencia. No obstante, eran normalmente moderados y serios en el empleo de los mismos, evitando cualquier exceso emocional. Es interesante notar que unos cincuenta años más tarde, durante el avivamiento metodista, muchos cuáqueros se sintieron extrañados ante las manifestaciones emocionales que observaban en las reuniones de Whitefield y Wesley. Toda esa emotividad resultaba ajena a sus sentimientos, más acostumbrados a la quietud.

Su historia y sufrimientos

Se trataba de una verdadera protesta contra la religión formal y vacía de sus días. Muchos se sintieron atraídos por sus enseñanzas y para 1652 se reunió en Preston Patrick, al norte de Inglaterra, la primera «Sociedad de Amigos». Pronto aparecieron muchas más en todo el país. Aunque los Cuáqueros enfatizaban la importancia de la voz interior del Espíritu, sus reuniones estaban muy lejos de parecerse a los cultos pentecostales posteriores. Se congregaban quietamente, formando círculo o dos grupos de hileras opuestas, sin ningún tipo de ministro o dirección formal, y esperaban en silencio hasta que uno de ellos, o tal vez varios, recibiera una palabra que comunicar a sus hermanos. Se permitía hablar a todos, tanto hombres como mujeres, si ello se hacía bajo la dirección del Espíritu. Los Cuáqueros creían y practicaban el sacerdocio de todos los creyentes, basados en que todos tenían la Luz interior para guiarles.

Las circunstancias de la historia inglesa explican la terrible reacción que debieron soportar. Los disidentes no conformistas ascendieron momentáneamente al poder durante la regencia de Oliver Cromwell. Los obispos anglicanos fueron exiliados y por un tiempo se gozó de libertad de culto. Esto fue favorable para Fox y las sociedades de amigos, que se extendieron por toda Inglaterra. No obstante, el estilo confrontacional de algunos de ellos les atrajo varios problemas, incluso con el gobierno relativamente tolerante de Cromwell. Acostumbraban interrumpir las reuniones en los templos oficiales, normalmente tras el sermón, para exponer sus enseñanzas, provocando a veces desórdenes y ataques violentos de la multitud (aunque nunca respondían a las agresiones de sus atacantes). Alrededor de 3.200 de ellos sufrieron la prisión durante ese período, bajo terribles condiciones y abusos, no sólo por interrumpir cultos oficiales, sino también por supuestas blasfemias, no quitarse el sombrero ante

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

personas de rango social, y negarse a tomar las armas. George Fox mismo estuvo ocho veces en prisión a lo largo de su vida.

Tanto hombres como mujeres enfrentaron con admirable valor la persecución, los golpes y las humillaciones a que eran sometidos por el populacho enfurecido. No retrocedían, ni se escondían delante de sus perseguidores. De hecho, no hacían nada para evitar ser capturados y puestos en prisión. A pesar de todo, la Sociedad de Amigos creció e incluso envió misioneros a las reservaciones Indias en América del Norte, Holanda y Alemania.

Sin embargo, el sufrimiento más intenso habría de sobrevenir tras la muerte de Cromwell. La monarquía fue restaurada bajo Jacobo II, y esto trajo cierto alivio a los hermanos por un breve tiempo. Pero, más adelante, con la publicación del «Acta de Uniformidad», en la que se obligaba a todos los súbditos del reino a conformarse a la restaurada «Iglesia de Inglaterra», bajo amenaza de penas severas, miles sufrieron la prisión y la pérdida de todos sus bienes materiales, pues se negaron a aceptar el decreto y continuaron reuniéndose abiertamente, desafiando la prohibición – a diferencia de los grupos no conformistas, que continuaron adelante en secreto. Alrededor de 400 hermanos murieron en prisión durante aquellos años.

Debido a los enormes sufrimientos que debieron afrontar, tal como lo hicieron los Puritanos, algunos comenzaron a emigrar hacia América. William Penn, hijo de un famoso almirante inglés, había abrazado las ideas de de los Cuáqueros en 1666, y llegó a convertirse en uno de sus mayores predicadores y defensores. Éste decidió hallar en América del Norte un hogar libre para los suyos, y comenzó ayudando a enviar unos ochocientos de ellos a Nueva Jersey en 1667. Más adelante, obtuvo como pago de una deuda del Rey Carlos II la concesión de un gran territorio en el Nuevo Mundo, que fue más tarde conocido como Pennsylvania, en honor a su nombre. Allí se fundó Filadelfia, la primera ciudad cuáquera de América. Un nuevo capítulo se abrió así para la historia de los Cuáqueros refugiados.

Finalmente, en 1689, se dictó en Inglaterra un acta de tolerancia, y las sociedades de amigos pudieron al fin gozar de libertad de culto. George Fox murió poco tiempo después, en 1691, tras un incansable y sufrido ministerio itinerante.

Legado espiritual

Aunque los Cuáqueros fueron demasiado lejos en su rechazo de todas las formas exteriores de la iglesia, inclusive aquellas enseñadas en el Nuevo Testamento (con lo cual resulta difícil concordar), su valor radica en que por su intermedio fue restaurada la importancia de la morada interior del Espíritu Santo, como divino Conductor y Maestro de todos los creyentes.

Su convicción de que la Escritura, las doctrinas correctas y las prácticas eclesiásticas no significan mucho aparte de la vida que imparte el Espíritu, continúan vigentes hasta hoy. Porque el conocimiento de la verdad en lo íntimo, por revelación del Espíritu, es vital para la vida de los creyentes, tanto individual como corporativamente. Las cosas exteriores deben siempre ser la expresión de realidades exteriores y espirituales. De otra manera, se tornan vacías y muertas. En la Inglaterra de sus días ese era el caso y por eso reaccionaron con tanta osadía.

Era necesaria una restauración, y para ello se debía comenzar con lo esencial. Resultaba fundamental redescubrir a Cristo de una manera experimental. Sólo así el pecado, la religiosidad y la muerte que imperaban en su tiempo podían ser revertidas. Por ello, los Cuáqueros levantaron el estandarte del testimonio para recordar que Cristo no habita en las doctrinas correctas, los templos y los ritos exteriores, sino en el corazón de los creyentes, impartiendo su vida, poder y dirección para vencer en todas las cosas. Y, si se inclinaron demasiado hacia un extremo de la verdad, se debió sobre todo a que el Cristianismo de sus días se había inclinado mortalmente hacia el extremo contrario.

El pietismo: La necesidad de nacer de nuevo

A mediados del siglo XVII, el ímpetu de la iglesia luterana había decaído notablemente en Alemania. El fuego inicial de la Reforma había devenido progresivamente en una tibia religión institucionalizada. El fervor espiritual había cedido su lugar a una ortodoxia fría y altamente intelectualizada. La fe se convirtió, por obra de teólogos posteriores a Lutero, en poco más que una serie de verdades doctrinales en forma de proposiciones teológicas, transmitidas de una generación a otra. Y también, en materia de un debate interminable con otros credos y confesiones protestantes.

El cristianismo auténtico era considerado como mera corrección doctrinaria y sacramental, sin importar la condición espiritual y moral de los creyentes. El papel de los así llamados «laicos» era meramente pasivo, y se reducía a aceptar los dogmas de la iglesia y recibir los sacramentos. Esa era la «suma» de la vida cristiana en aquellos días. A todas luces, se trataba de un territorio demasiado árido para el desarrollo de la vida interior del Espíritu. En consecuencia, el estado espiritual de los creyentes era, en general, muy deplorable.

El pietismo fue una reacción contra este estado de cosas al interior de la iglesia luterana. Los pietistas no rechazaban la reforma ni la teología de Lutero; más bien las consideraban incompletas. Acostumbraban llamar a la ortodoxia luterana una «ortodoxia muerta», porque no revelaba ninguna realidad espiritual. De hecho, uno de sus lemas favoritos era: «Mejor una herejía viva que una ortodoxia muerta». Por ello, ponían un gran énfasis en la necesidad de una fe viva y real, experimentada en el corazón, que hiciera diferencia visible entre el cristianismo verdadero y el falso.

En verdad, debían lidiar con la pesada herencia de Lutero y su iglesia estatal de

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Alemania, donde era imposible distinguir entre creyentes y no creyentes. Los pietistas buscaron celosamente hacer visible la auténtica iglesia de Cristo y distinguirla de los falsos creyentes.

Para lograr su objetivo, siguieron un camino propio y original. Se negaron a separarse de la iglesia luterana e intentaron reformarla desde adentro. Intentaron aproximarse lo más posible al modelo de iglesia del Nuevo Testamento, creando una especie de «pequeña iglesia dentro de la iglesia» (ecclesiolae in ecclesia), donde se practicaba el sacerdocio de todos los creyentes – verdad cardinal del luteranismo, pero carente de expresión real hasta entonces. Así, su lema fue «La Reforma sigue en marcha».

Admiraban y aceptaban la teología de Lutero, pero consideraban que el reformador dejó su obra inconclusa. Paradójicamente, su mayor éxito se obtuvo fuera de los muros de su querida confesión luterana. Otros creyentes tomarían su estandarte y enseñanzas para encauzarlas en un poderoso torrente espiritual cuyas consecuencias siguen hoy plenamente vigentes.

Los comienzos

Muchos historiadores coinciden en señalar a Johann Arndt como el precursor del pietismo. En 1610 publicó un libro que sería considerado 'la Biblia' del movimiento, llamado «Cuatro libros sobre el cristianismo verdadero». En él enfatizaba la necesidad de que todo cristiano pase por la experiencia del nuevo nacimiento. La vida cristiana debía ser vivida, de acuerdo con él, en una unión viva y vital con Cristo. Argumentaba, además, que la pureza doctrinal sería mantenida mejor por una vida santa que por las disputas teológicas.

Arndt no fue, en estricto sentido, parte del movimiento pietista, pero contribuyó profundamente a modelar su espíritu y vocación característicos. Su libro circuló ampliamente por toda Alemania y alcanzó una fama sólo superada por la Biblia misma.

Tras Arndt, surgió la figura de Philipp Jakob Spener. Este fue un ministro luterano que, en sus años tempranos, resultó influenciado por las enseñanzas del reformador

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

de origen francés Jean de Labadie, quien trabajó arduamente por la unidad de la iglesia en Holanda, y por los escritos de Richard Baxter, el notable pastor puritano que encabezó un avivamiento en sus días.

Spener estaba profundamente preocupado con la condición espiritual en que se hallaba la iglesia de sus días. En 1670, siendo pastor en Frankfurt, comenzó un programa de reforma que tendría vastas consecuencias. Reunió en su casa un grupo de creyentes que compartían sus ideas, con el objetivo de orar, discutir los sermones del día domingo, y ayudarse mutuamente a profundizar su vida espiritual. Estos círculos de creyentes se extendieron por muchas congregaciones luteranas y fueron conocidos como «collegia pietatis» (grupos piadosos), de donde provino el nombre «pietismo».

Spener y los pietistas estaban decididamente convencidos de que la doctrina luterana del sacerdocio de todos los creyentes debía ser llevada a la práctica de manera efectiva. El mismo Spener declaró en cierta ocasión: «Oh, quien me diera conocer una asamblea recta en todas las cosas, doctrina, orden, y práctica; lo cual haría de ella lo que una asamblea cristiana y apostólica debiera ser, tanto en la doctrina como en la vida».

Un movimiento semejante difícilmente causaría rechazo en nuestros días. Sin embargo, fue ampliamente rechazado por algunos miembros del clero y la autoridad civil en días de Spener, pues parecía que contravenía gravemente la ortodoxia luterana oficial. Las acusaciones de herejía no se hicieron esperar.

Las ideas pietistas de Spener fueron expuestas en su libro «Pia Desideria» (deseos piadosos), que puede considerarse con justicia el tratado fundamental del movimiento. En él, Spener expone los males de la iglesia alemana y los pasos necesarios para su restauración. Entre esos males encuentra: la intromisión del gobierno en los asuntos de la iglesia (pues Lutero la había colocado bajo el control de los príncipes), la conducta poco cristiana de muchos clérigos, las inútiles disputas teológicas, y la ebriedad, ambición e inmoralidad reinante entre los laicos.

Su plan de reforma incluía la extensión de los círculos piadosos como una «ecclesiolae in ecclesia» a fin de fomentar la vida espiritual y la ayuda mutua entre los creyentes,

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

pues creía firmemente que una gran parte del problema radicaba en la condición pasiva de los llamados «laicos» en la iglesia, en contraposición a la clara enseñanza del Nuevo Testamento.

También abogaba por el fin de las controversias teológicas, pues decía que la verdad no se encuentra en los sistemas teológicos, sino en la experiencia del corazón. Según Spener, la transformación interior es el asunto vital de la experiencia cristiana. Por ello, defendía la necesidad de que los cargos clericales fueran ocupados por hombres verdaderamente regenerados, que mostrasen evidencias de una vida transformada.

En suma, se trataba de un verdadero plan de reforma, centrado en la renovación interior y la «religión del corazón», como les gustaba decir a los pietistas. Sin embargo, la reacción de una parte del clero no se hizo esperar, pues la crítica de Spener desnudaba demasiadas falencias. Fue acusado de herejía, en especial por su oposición a la «autoridad final» del credo luterano oficial, y su deseo de retornar a la Escritura como única fuente de autoridad.

La verdad es que Spener no se oponía a la teología de Lutero, sino a las prácticas luteranas de sus días. Escribió: «La doctrina de nuestra iglesia (luterana) no puede ser culpada por nada de esto, pues se opone vigorosamente a estas ilusiones».

Sin embargo, fue expulsado de Frankfurt y llegó a ser capellán de la corte del príncipe de Sajonia en Dresden. Allí continuó con sus actividades a favor de una reforma, pero también se enfrentó a la oposición de las universidades sajonas. Sus reuniones piadosas estaban en el centro de la controversia, y eran consideradas subversivas para la sana doctrina y la estabilidad de la iglesia, pues fomentaban el interés de los «laicos» por la teología y los asuntos eclesiásticos, poniendo en duda –se decía– la autoridad del clero.

También se le acusaba de divisionismo. Es cierto que Spener siempre se opuso a las tendencias separatistas dentro del pietismo, pero no es menos cierto que muchos de sus miembros llegaron a considerar como lógicamente inevitable la separación. Con todo, el pietismo nunca llegó a ser un movimiento organizado, sino, más bien, una profunda corriente espiritual que permearía la iglesia hasta hoy.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Spener se vio obligado a dejar Dresden tras reprender pastoralmente la intemperancia del príncipe elector. Aceptó entonces la invitación del príncipe elector de Brandenburgo, Enrique III, que más tarde sería rey de Prusia. Se estableció en Berlín, desde donde continuó su obra hasta su muerte en 1706, y permaneció como ministro luterano hasta el fin.

Augusto Herman Francke

Durante su estadía en Brandenburgo, Spener contribuiría a formar el mayor centro de influencia pietista de sus días, la Universidad de Halle (1691). Entre otras cosas, convenció al príncipe elector para que nombrase como profesor a otro de los grandes líderes del pietismo, Augusto Herman Francke. Se ha dicho, con justicia, que si Spener fue el padre fundador del pietismo, Francke fue su genio organizador.

Francke nació en la ciudad de Lübeck, en 1663, en un hogar profundamente influido por las enseñanzas de Spener y la ortodoxia luterana. De hecho, estudió en la Universidad de Leipzig, considerada un bastión del luteranismo ortodoxo. Estando allí, organizó y dirigió un círculo pietista al estilo de Spener al que llamó «grupo de amantes de la Biblia». Sin embargo la experiencia decisiva de su vida le habría de llegar en 1687. Hasta ese momento tenía «sólo conocimientos mentales y ninguna experiencia del corazón». Sin embargo una noche, según cuenta, cayó de rodillas con muchas preocupaciones y dudas, y se levantó lleno de una inefable certeza: «Cuando me arrodillé no creía que Dios existía, pero al levantarme creía al punto de derramar mi sangre».

Como todo pietista, Francke pensaba que su experiencia constituía un padrón de conversión genuina, y que era la única manera de obtener certeza en cuanto a la salvación. Los sentimientos del corazón debían estar en el centro de la vida cristiana auténtica.

Una vez graduado, Francke se unió a Spener en su lucha por reformar la iglesia luterana. De regreso en Leipzig comenzó a realizar conferencias entre los estudiantes, las que se tornaron muy populares. Pero algunos profesores de la universidad se le opusieron tenazmente y lo acusaron de sostener, junto con Spener, ¡más de 600 herejías! Finalmente, las autoridades de la ciudad lo conminaron a abandonarla

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

(1690), y Francke aceptó una invitación para ser diácono de la iglesia en Erfurt. Sin embargo, hasta allí lo siguieron sus adversarios y nuevamente consiguieron que fuese expulsado de la ciudad por las autoridades locales (1691). Fue entonces cuando le llegó la invitación del príncipe elector de Brandenburgo para ingresar como docente en la recién fundada Universidad de Halle. Allí Francke se convirtió en alma teológica de la universidad, que, bajo su influencia, se tornó en el centro más importante del pietismo de sus días.

El celo espiritual de Francke, sus inspiradas cátedras expositivas y su enorme energía organizadora, contribuyeron a dar forma a un ardiente movimiento misionero, en tiempos cuando el protestantismo en general no se interesaba en las misiones.

En 1706, los primeros misioneros de Halle fueron enviados a la India, bajo el auspicio del rey Enrique IV de Dinamarca. Sus nombres eran Bartolomé Ziegenbald y Enrique Plütchau. Durante el siglo XVIII, salieron desde Halle y otras instituciones asociadas 75 misioneros hacia el extranjero, entre los cuales el más renombrado sería Cristian Federico Schwartz (1726-1798), quien trabajó casi 40 años en la India, hasta su muerte. En verdad, debe considerarse este esfuerzo misionero como el primero de los tiempos contemporáneos, realizado casi 100 años antes de la empresa misionera moderna de alcance mundial comenzada con Guillermo Carey.

Paralelamente, Francke organizó y dirigió varias obras educativas y de caridad. La compasión hacia los más débiles y necesitados caracterizó desde siempre al movimiento pietista. En 1795 inauguró una escuela para niños pobres, la que luego amplió debido a la gran cantidad de solicitudes, e inició una famosa escuela de adaptación. En 1698 abrió su conocido orfanato. Asombrosamente, todas estas obras las realizó casi sin medios económicos, sostenido únicamente por la fe en la provisión de Dios. Cien años más tarde, su obra serviría de inspiración a otro hombre, que había de fundar y conducir un orfanato bajo las mismas premisas de fe: George Muller, de Bristol.

Fue tal su influencia, que, a su muerte era reconocido y admirado por toda Europa como líder del pietismo y una de las fuerzas más poderosas del protestantismo. Era admitido libremente entre pobres y acomodados, pequeños y poderosos. Sin embargo, usaba siempre su influencia entre los ricos y poderosos para ayudar a los

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

más pobres. Un historiador observa: «El fue el iniciador, el fundador y el líder vitalicio de una empresa caritativa que conquistó la mente y la admiración de personas del mundo entero. Nunca se había visto algo semejante en la larga historia de la iglesia cristiana».

Tras él, la historia posterior del pietismo estaría asociada a una antigua compañía de cristianos perseguidos, conocidos como «Unitas Fratrum» (Hermanos Unidos), quienes después de largos años de peregrinación encontraron finalmente un hogar en las tierras de un poderoso noble alemán, el conde Nicolás Von Zinzendorf, formado profundamente en las enseñanzas de Spener y Francke. Junto a él iniciarían un nuevo capítulo en la historia del pietismo, cuyas consecuencias serían de vasto alcance. La historia posterior los conocería como «los hermanos moravos».

Legado del pietismo

Sin duda, el pietismo ha cavado un poderoso surco en la historia de la restauración de la iglesia hacia el modelo neotestamentario. Su énfasis en el nuevo nacimiento como experiencia cardinal de todo cristiano auténtico, así como una subsiguiente vida transformada, resulta perenne. La mera adopción mental de un credo ortodoxo – enseñaban– no basta para salvar a los hombres. Es necesario un nuevo nacimiento que transforme a los hombres desde la raíz de su ser.

La fe no debe ser entendida sólo en la cabeza, sino sobre todo experimentada en el corazón, vale decir, y hablando bíblicamente, en el centro emotivo y volitivo del hombre. Debe afectar la totalidad de la experiencia y conducta humanas. Esta fue siempre la esencia del cristianismo verdadero. Y fue el estandarte que tomaron de manos del pietismo tanto los hermanos moravos, como el avivamiento metodista posterior de Withfield y los hermanos Wesley.

Por otra parte, los pietistas vieron correctamente que las controversias teológicas contribuían a establecer un clima propenso a un cristianismo meramente mental, carente de experiencia espiritual. Por ello, al enfatizar la vida por encima del conocimiento meramente intelectual de la doctrina cristiana, redescubrieron el genuino fundamento de la unidad de la iglesia.

La parte de la historia de la Iglesia que no ha sido debidamente contada

Contribuyeron, además, al surgimiento de una gran cantidad de literatura devocional que enfatiza la comunión viva del creyente con Dios, como también una gran parte de la música de inspiración y adoración contemporánea.

Y, finalmente, y no menos importante, pusieron un decidido énfasis en el sacerdocio de todos los creyentes, abogando por el surgimiento de una iglesia más orgánica en su vida y expresión, donde todos los santos fuesen participantes activos del ministerio. Sus éxitos en este campo fueron parciales debido quizá, a su intento de reformar la iglesia «desde adentro».

El tiempo probaría que su idea de la «ecclesiolae in ecclesia» no era viable. O los círculos pietistas acabaron por separarse de la iglesia luterana de sus días, o bien, fueron reabsorbidos y desaparecieron. De todo ello, nos queda como enseñanza que la iglesia del Nuevo Testamento sólo puede surgir y crecer allí donde está libre de las limitaciones que impone cualquier estructura u organización humana extraña a su esencia; libre para seguir fielmente la dirección de la vida que opera en su interior.